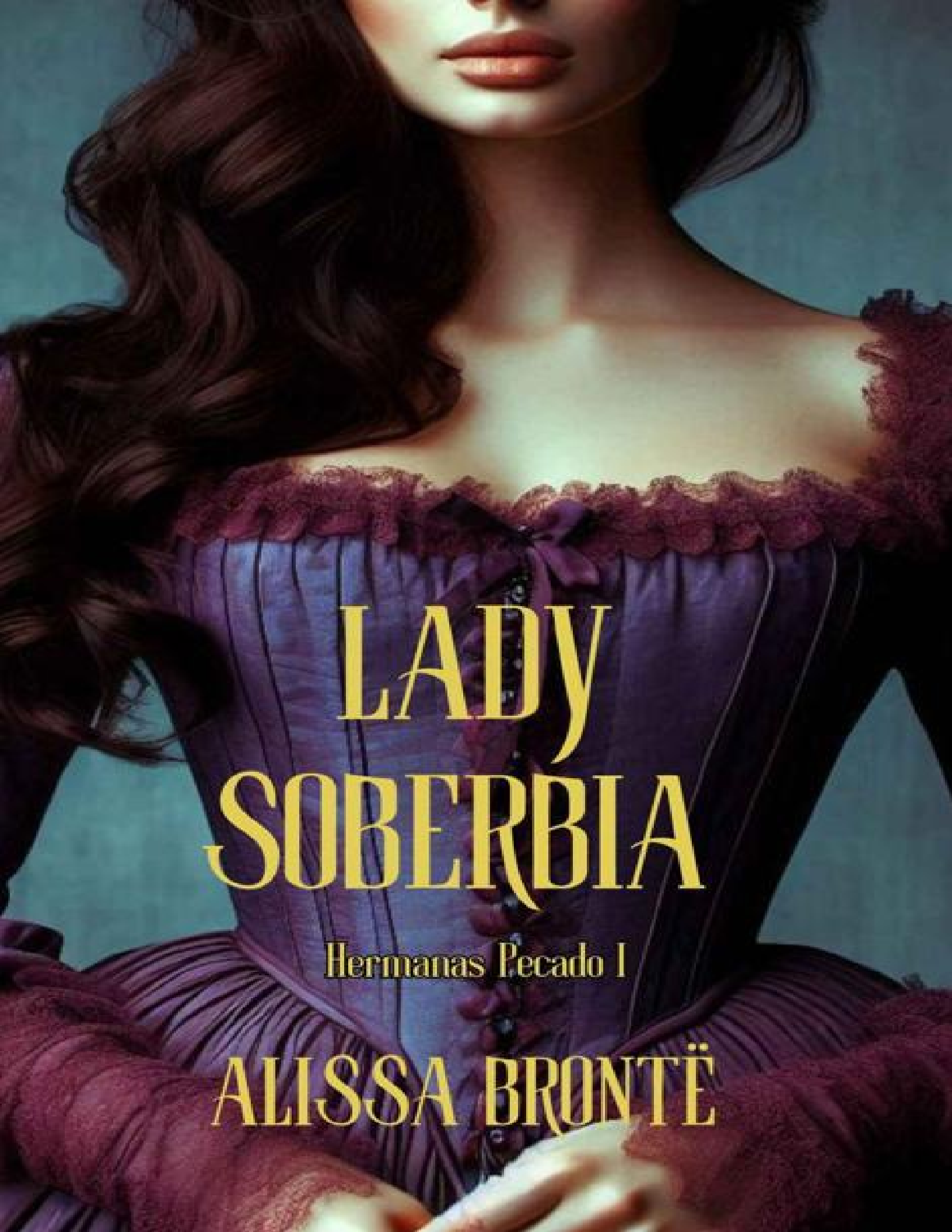

LADY
SOBERBIA
Hermanas Pecado 1
ALISSA BRONTË

Alissa Brontë

Lady Soberbia
Hermanas Pecado I

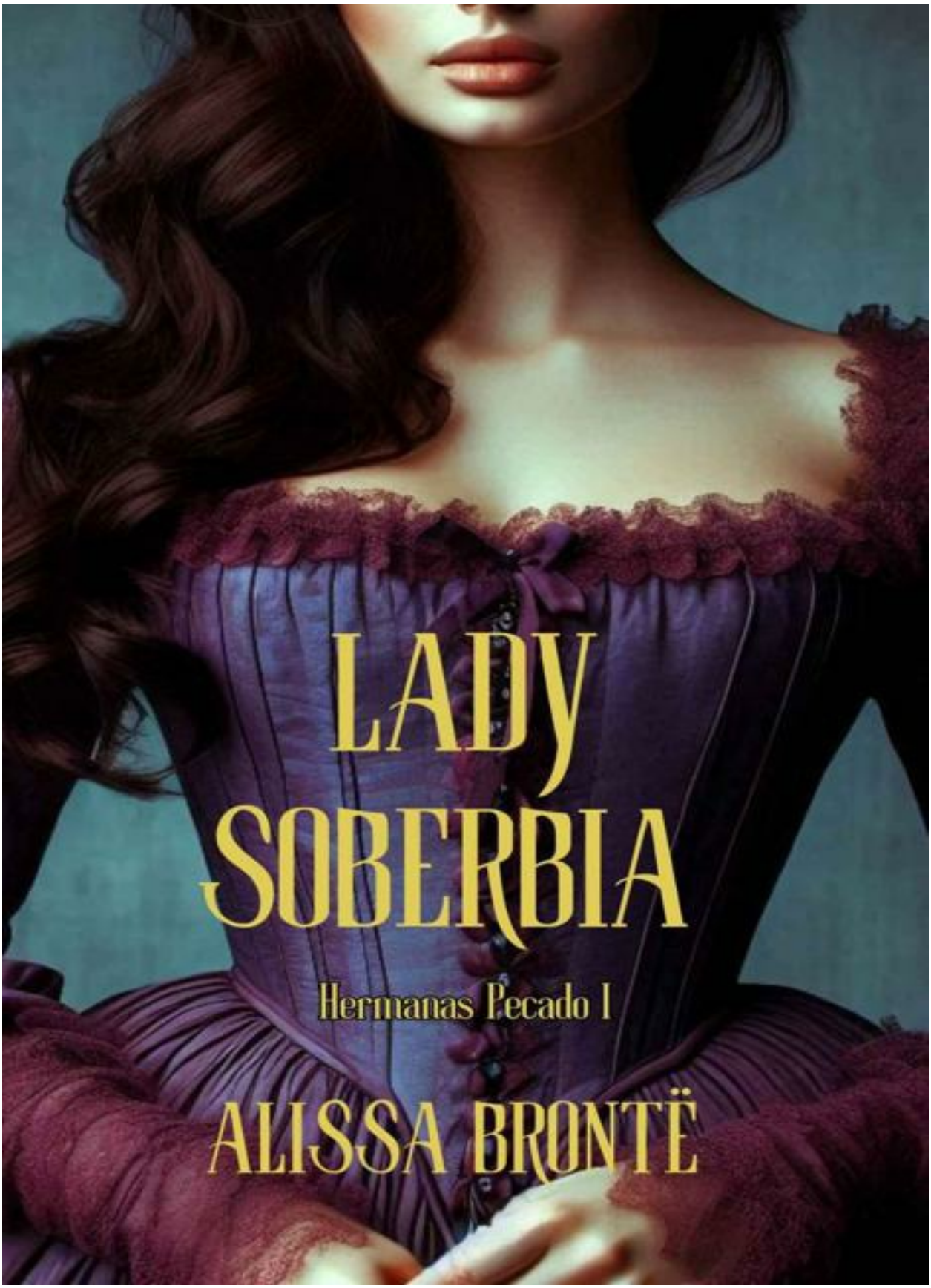
Copyrig© Alissa Brontë 2024
Publicado de manera independiente
1ª Edición octubre 2024

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos por la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimientos, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito del titular del copyright. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código penal).

Nota de la autora:
Tienes en tus manos una obra de ficción Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos recogidos son producto de la imaginación de la autora y ficticios. Cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia.

Todos los derechos reservados.

ISBN: B0DKDFFR4N


LADY
SOBERBIA
Hermanas Pecado I
ALISSA BRONTË

A todas las mujeres que, con su fuerza y valentía, han roto esas cadenas invisibles tejidas por el tiempo y las costumbres.
A todas aquellas que nos enseñaron a levantar la voz cuando se nos pedía silencio, a las disputas mudas, a esos silencios que pedían igualdad, a las que se atrevieron a perseguir sueños que les decían que eran imposibles de lograr.
A las que abrieron caminos donde solo había altos muros, a las que nos enseñaron, con sus sacrificios, que la fuerza de las mujeres es inquebrantable, que también tenemos poder.
A las que dieron esperanzas a todas las que llegamos después, haciéndonos el camino un poco más fácil.
A todas, gracias.

PRÓLOGO
CAPÍTULO 1 TIC TAC…
CAPÍTULO 2 UN BAILE… ¿INOLVIDABLE?
CAPÍTULO 3 SEBASTIAN BLACKWOOD
CAPÍTULO 4 SOBERBIA Y ORGULLO
CAPÍTULO 5 UNA VISITA INESPERADA
CAPÍTULO 6 UN PASEO BAJO LAS ESTRELLAS
CAPÍTULO 7 CONFIDENCIAS MATUTINAS
CAPÍTULO 8 CENA DE BRAVUCONERÍAS
CAPÍTULO 9 UNA CAZA Y DOS PRETENDIENTES
CAPÍTULO 10 LA SEGUNDA DANZA
CAPÍTULO 11 LA ELECCIÓN
CAPÍTULO 12: RED DE RUMORES
CAPÍTULO 13 UN BESO ROBADO
CAPÍTULO 14 SUSURROS DE PAPEL
CAPÍTULO 15 ALMACK´S
CAPÍTULO 16 REPUTACIÓN Y PODER
CAPÍTULO 17 WHITE'S CLUB
CAPÍTULO 18 RUMORES Y REFLEXIONES
CAPÍTULO 19 TENSIÓN EN EL AIRE
CAPÍTULO 20 HYDE PARK
CAPÍTULO 21 LORD KENSINGTON
CAPÍTULO 22 VESTIDOS
CAPÍTULO 23 EL BAILE DEL DESTINO
CAPÍTULO 24 LA PAREJA PERFECTA
CAPÍTULO 25 ¿Y SI ME ARREPIENTO?
CAPÍTULO 26 ERES HOMBRE MUERTO
CAPÍTULO 27 LADY SOBERBIA
CAPÍTULO 28 A LA CAZA DE… PRETENDIENTES
EPÍLOGO
EPÍLOGO DOS

Prólogo

Siete pecados, así las llaman. Son la deshonra de su padre, Lord Ashford, duque y miembro de la Cámara de los Lores, y la comidilla de todo Londres. No, no solo de Londres, de toda Gran Bretaña.

Lord Ashford solo tuvo hijas, siete en total, y a todas ellas las llaman, entre dientes, las *Hermanas Pecado*. A cada una de ellas se les endilgó uno de los pecados por algún que otro pequeño asuntillo en el que fueron pilladas in fraganti. Su padre no lo soporta. Es la peor y más pesada carga que lleva sobre sus hombros.

Y, para su desgracia, no hay fiesta o reunión en la que no se pronuncie el nombre de alguna de ellas. Lady Clementine es Lady Gula, y no solo porque es la más redondeada de todas, sino porque dicen que la cogieron con las manos en la masa del cocinero dentro de la mansión. También rumorean que si no hubiesen interrumpido a tiempo esa actitud melosa que mostraba al susodicho, este la habría rellenado… de dulce. La pobre lloró desconsolada durante días, Lord Ashford despidió *ipso facto* a su adorado cocinero y tras ese desdichado asunto, lo único en lo que encuentra consuelo es en una buena bandeja de pastas recién horneadas y algún que otro *scone* acompañado de té.

La siguiente es Lady Rowena, alias Lady Ira. La verdad es que se lo merece, siempre está enfadada y grita sin parar, a todo el mundo. A veces da que pensar que incluso se atrevería a gritarle a la mismísima reina. Se rumorea que su ira fue provocada por su padre como consecuencia de una relación fallida. Al parecer hubo un hombre que la cortejó y del que se enamoró hasta perder la cordura, pero su padre, Lord Ashford, decidió que el candidato no cumplía los estándares mínimos en cuanto a posición y nombre, y no aceptó la proposición de matrimonio de este, alejándolo de su hija. Desde ese día está enfadada con el mundo y no se molesta en disimularlo.

Lady Serena, también conocida como Lady Pereza. En realidad, es un sobrenombre acertado. Si hay algo que destaca en esta joven de la alta sociedad londinense, es su falta de entusiasmo. Vive sumida en una apatía tal, que suele recordar a un renacuajo aletargado, solo que su letargo dura demasiado y no da signos de dejarlo ni cuando comienza a llegar la primavera. Es la más recatada y tranquila de las siete. Siempre pasa desapercibida y no participa en ningún tipo de entretenimiento típico de las damas de clase alta: no le gusta bordar, ni montar a caballo, no le gusta pasear por la orilla del lago en primavera ni patinar sobre su superficie helada en invierno. No acude apenas a fiestas, ni al teatro… Es casi como un mueble más dentro

de la gran mansión.

Lady Ophelia es… espectacular. Es conocida como Lady Avaricia y ese sería su único defecto: la ciega el ansia de poseer más. Ningún pretendiente le parece suficiente, siempre quiere más y más. Nunca tiene bastantes vestidos, ni joyas, ni caballos. Es un pozo inagotable de vacío.

Lady Ivy es una de mis favoritas. Lady Envidia no es apodada así porque ella sienta envidia de nada ni de nadie. Es, por el contrario, porque es la más envidiada de toda la isla. Tiene un cabello rojo como el fuego y unos ojos tan verdes que pueden confundirse con esmeraldas. Es una dama que, aunque quisiera, no pasaría desapercibida. Es hermosa hasta rozar la perfección. Daría igual que llevara un camisón, un traje de sirvienta o estuviera manchada del barro de las cochiqueras, de igual forma dejaría sin sentido a hombres y mujeres por igual.

Y, para terminar, llegan las gemelas: Lady Alexandra y Lady Scarlett. Lady Alexandra es llamada Lady Soberbia. Y no les falta razón a aquellos que la han identificado con este pecado. Su orgullo sobrepasa su altura, y es alta para ser mujer. Lo ha heredado de su padre, o eso es lo que Lord Ashford no deja de repetir siempre entre dientes.

Lady Scarlett se ha llevado uno de los peores pecados: el de la Lujuria. Así que nuestra Lady Lujuria fue apodada así porque posee un atractivo provocador, un cuerpo repleto de curvas escandalosas que incitan ese sentimiento en cualquier hombre que la contemple y no sea de mármol. Para ella es una maldición, porque todos los hombres que se han acercado a ella solo buscaban meterse entre sus piernas, pero nada serio. Nada más allá. Solo son capaces de ver su atractivo, no se molestan en escarbar un poco más y descubrir quién es en realidad. Tiene, además, una pequeña debilidad llamada Lady Soberbia, adora a su hermana gemela y se ha ganado más de una regañina por tomar partido a favor de esta, aunque no tuviera razón.

Las hermanas no estaban, por supuesto, de acuerdo con esos calificativos que les habían impuesto sin permiso. La noche en la que todas acudían al primer baile de la temporada por primera vez, las mujeres que asistieron les hicieron la vida imposible. Si hasta ese instante soportar a las cinco hermanas mayores en cada baile había sido una tortura, la noche en la que las siete aparecieron robando miradas por doquier, ya fuera por un motivo u otro, hizo explotar la pólvora.

Así que, tras ese baile que se tornó infernal, tomaron una decisión que iba a cambiar sus vidas desde ese instante: se convertirían en las Hermanas Pecado. Esa noche, desoladas y reunidas en una misma habitación, tomaron la decisión de que, a partir del día siguiente, se comportarían como se suponía que debían hacerlo. Tal y como esperaban los demás que lo hicieran para el disgusto de sus padres.

Nada les importaría ya, sellaron un pacto que cumplirían hasta el final: se casarían todas a la vez y, siendo siete, era algo imposible. Desde ese juramento que hicieron y al que no quieren

faltar, su padre se ha empeñado con más ahínco en buscarles esposo. Lord Ashford no deja de pasearse sudoroso de un lado a otro, día sí y día también, tratando de hacer entrar en razón a su esposa que, por alguna extraña razón, se ha puesto del lado de sus hijas.

Así que, con el fin de desposarlas a todas, Lord Ashford va a celebrar siete bailes en siete semanas en las que espera encontrar un pretendiente para cada una de ellas. Lo que no sabe es que ninguna está dispuesta a caer rendida a los pies de ningún noble y han decidido que, si su padre quiere jugar… pues que comience el juego.

¿Estáis listas para pecar?

Capítulo 1 Tic Tac…

Lady Alexandra se encontraba de pie frente al gran espejo de su habitación, mientras su doncella, Mary, ajustaba los últimos detalles de su vestido. El intenso púrpura de la seda caía en ondas perfectas, reflejando su estatus y carácter. Desde que tenía memoria, Alexandra había sabido que era especial, que estaba destinada a grandes cosas. Su reflejo le devolvía la mirada de una joven que lo tenía todo: belleza, inteligencia y un orgullo bien ganado.

—Estará deslumbrante esta noche, milady —comentó Mary, enderezando una de las horquillas en el cabello de Alexandra. La joven doncella era la única que conocía los pequeños gestos de su señora que indicaban nerviosismo, aunque estos fueran imperceptibles para os demás.

—Eso espero, Mary —respondió Alexandra con un suspiro casi imperceptible.
Aunque siempre segura de sí misma, había algo en el aire esa noche que la hacía sentir una ligera inquietud. Quizás era la obligación de asistir a esa maratón de bailes que su padre había organizado y a los que las obligaba a asistir.

Mary, acostumbrada a los silencios de su señora, decidió que era el momento adecuado para compartir un pequeño chismorreo.

—Dicen que esta noche estará presente Lord Blackwood, milady. Se dice que es tan misterioso como rico, y que aún no ha mostrado interés en ninguna dama en particular.

Alexandra arqueó una ceja, captando el interés de inmediato.

—¿Lord Blackwood? No he escuchado nada sobre él. ¿Qué más dicen? —interrogó más por diversión que por otra cosa, el pacto que había hecho con sus hermanas era sagrado y ninguna se desposaría a no ser que las otras seis lo hicieran, algo imposible que su padre se había empeñado en hacer realidad.

Mary sonrió, complacida por haber captado la atención de su señora.

—Bueno, los rumores dicen que es un hombre de pocas palabras, pero de gran presencia. Ha pasado mucho tiempo fuera del país, en sus propiedades en el extranjero, y esta es una de sus primeras apariciones en sociedad desde su regreso.

Alexandra asintió, pensativa. «Interesante. Parece que esta noche será más entretenida de lo que imaginaba».

Cuando Alexandra estuvo lista, se miró de nuevo en el espejo. El reloj marcó las seis en punto, el baile comenzaba de forma oficial y estaba segura de que estaba repleto. Desde la

mañana su madre se había paseado nerviosa por toda la casa, vigilando los últimos detalles para la fiesta.

La lista de invitados era larga, demasiado. Todas las hermanas, habían observado desde la habitación de Alexandra y Scarlett cómo los coches de caballos llegaban y dejaban, unos tras otros, a sus ocupantes. La gran mayoría se quedarían entre la casa principal y la casa de invitados del jardín, que había sido adaptada para tal fin.

Casi todos los invitados eran hombres jóvenes y casaderos que llegaban en bandada de toda Gran Bretaña para conocerlas. Al parecer la leyenda de su belleza, y la maldición de sus pecados, había traspasado fronteras atrayendo a pretendientes del otro lado del mar, desde Francia, Irlanda o España.

Alexandra sonrió, su padre pensaba que iba a ganar la apuesta, pero ellas estaban decididas a seguir con el pacto hasta el final. Ninguna iba a caer rendida ante ningún hombre, lo habían prometido.

—Milady, el baile…

—Lo sé, Mary, voy a llegar tarde a propósito —la interrumpió.

Alexandra había aprendido, gracias a experiencias pasadas, que una entrada bien cronometrada podía llegar a ser más impactante que cualquier otra cosa en una fiesta.

Pasó sus manos por los pliegues imaginarios de su vestido y dejó escapar el aire mientras se dirigía a las escaleras que la llevarían a la sala de baile. Cada paso que la acercaba más a su destino hacía que la suave música y las conversaciones fueran más nítidas.

Al llegar a la parte superior de la gran escalera, su presencia causó el impacto que había esperado. Las charlas cesaron cuando los invitados levantaron la vista para verla descender con la elegancia de alguien entrenada para ese momento en el que todos los ojos estaban sobre ella.

El vestido púrpura capturaba la luz de las lámparas de araña, creando un efecto hipnótico que parecía tener hechizados a todos. Sus ojos color índigo no se centraban en nadie en concreto, como si no fuesen capaz de ver nada ni a nadie.

Al pie de la escalera, varios jóvenes se acercaron a esperarla, con el brazo preparado para que ella se dignara a tomar alguno, algo que no haría. Esbozó una media sonrisa al darse cuenta de cómo la observaban un grupo de mujeres jóvenes que no intentaban, ni por cortesía, ocultar su envidia.

Al bajar el último escalón, se dirigió hacia donde estaba su madre, ignorando a todos y cada uno de los caballeros que la esperaban para escoltarla. Su madre estaba rodeada de un pequeño grupo de damas, cuyo mayor entretenimiento eran los chismorreos y buscar marido a las jóvenes en edad de desposarse.

—Alexandra, querida, estás perfecta. Como siempre —murmuró su madre cuando llegó hasta ella, tomando su mano con cariño y dedicando una sonrisa de disculpa a los decepcionados

jóvenes—. Aunque llegas un poco tarde —la riñó de manera sutil.

—Tanto arreglo necesita su tiempo —escuchó el primer comentario hiriente de la noche.

—¿Cuánto tiempo la ha llevado parecer… presentable, lady Wickham? —preguntó con malicia.

La joven dejó escapar un resoplido muy poco apropiado de su estatus y se giró molesta, pero Alexandra tuvo tiempo de ver cómo sus mejillas se habían coloreado de un rojo intenso, eso la hizo esbozar una sonrisa.

—Hija, ven, quiero presentarte a alguien —dijo su madre pegando un suave tirón de su brazo. Alexandra sabía que eso había sido una advertencia.

—¿Alguien de importancia, madre? —preguntó sin mostrar curiosidad.

—Es lord Sebastian Blackwood —susurró su madre en tono confidencial—. Acaba de regresar a Londres y es, sin duda alguna, uno de los solteros más codiciados de la temporada. Pero, por lo que he oído, no es nada fácil de impresionar.

—¿Nada fácil de impresionar, madre? ¿Y eso qué significa?

—Al parecer ha rechazado acudir a cualquier reunión o fiesta de este tipo desde que llegó. Esta es a la primera que asiste.

La informaba su madre mientras la guiaba hacia un grupo cercano de invitados, Alexandra sintió una mezcla de curiosidad y expectación. Cuando llegaron, un hombre alto y de porte elegante se giró y sus ojos oscuros se clavaron en los de ella.

Alexandra sintió un tirón incómodo en su estómago que la hizo retener el aliento durante unos segundos. Justo hasta que su madre habló.

—Esta es mi hija mayor, lord Blackwood, lady Alexandra Ashford —terminó su madre la presentación.

—Un placer conocerlo, lord Blackwood —dijo con una leve inclinación.

El hombre no pronunció palabra, lo que la dejó confusa un segundo, hasta que se acercó a ella lo justo para desestabilizarla, tomó su mano y se inclinó para dejar un beso en ella.

—Por supuesto que lo es, milady —afirmó con voz profunda.

«¿Por supuesto que lo es?».

Alexandra no era fácil de acallar, pero ese desconocido la había dejado sin palabras. No podía quitarle la vista de encima. Había algo en su postura, en la forma en la que la miraba, en sus palabras… que la hicieron sentir esa chispa de desafío que tanto echaba de menos.

Alexandra todavía sentía la quemazón en su estómago mientras caminaba entre los invitados, con su mente divagando en la breve interacción con Lord Blackwood. «Por supuesto que lo es», repetía la frase en su cabeza, una y otra vez, intentando descifrar si había sido una burla o, tan solo, una afirmación casual.

Cuando vio a sus hermanas en un rincón apartado del salón, riendo con disimulo mientras

observaban a los pretendientes que circulaban delante de ellas, exhibiéndose como sementales, decidió acercarse y quitarse el mal humor que ese lord… como se llamara, le había dejado.

—Por fin apareces —dijo Scarlett, con una sonrisa cómplice—. Estábamos a punto de ir a buscarte. ¿Qué tal el nuevo lord? —interrogó mirando hacia dónde estaba.

Alexandra dejó escapar un suspiro mientras tomaba una copa de champán de una bandeja que pasaba cerca.

—Sí, lo he conocido… —masculló, tratando de mantener la voz indiferente, pero no pudo evitar que su tono reflejara la incomodidad que sentía.

Ivy arqueó una ceja y se inclinó hacia adelante, curiosa.

—He escuchado rumores sobre él. ¿Es tan misterioso como dicen?

Alexandra entrecerró los ojos, sintiendo que su orgullo estaba un poco herido, ¿solo un poco?

—Misterioso, sí. Arrogante también. —Tomó un sorbo de su copa, tratando de calmar la frustración que se agitaba en su interior—. Me ha dejado sin palabras. Y eso, queridas hermanas, es algo que no me pasa a menudo.

Scarlett esbozó una disimulada sonrisa a la vez que tocaba la mano de Alexandra con afecto.

—Vaya, Alex, parece que has encontrado a alguien que puede igualarte en ingenio. ¿Qué ha dicho para dejarte sin… palabras?

—«Por supuesto que lo es» —repitió las palabras, y las hermanas compartieron una mirada curiosa.

Ophelia sonrió con un brillo travieso en sus ojos.

—¿Eso es todo? Vamos, Alexandra, no me digas que te has ofendido por una simple afirmación.

Alexandra apretó los labios, sabiendo que sus hermanas la estaban provocando, pero también que había algo más profundo en su reacción que no podía explicar.

—No es lo que dijo, sino cómo lo dijo —replicó.

—No entiendo qué es lo que te ha molestado, ¿acaso no es un placer conocerte, hermana? —preguntó Ivy confusa.

—Es que no lo ha dicho por mí, no.

—¿Entonces? —interrogó Scarlett.

—Cuando le he dicho que era un placer conocerlo, él ha respondido: «Por supuesto que lo es».

La risa de sus hermanas se alzó por encima del bullicio, atrayendo miradas indiscretas. Entre ellas la mirada oscura de ese hombre que la observó primero a ella y luego a Scarlett, al parecer la leyenda de su belleza y sus pecados anulaban el hecho de que eran gemelas.

—No me parece divertido —susurró regresando la mirada a sus hermanas.

—Creo que lo has malinterpretado —lo defendió Ophelia.

—Nada de eso. Te lo aseguro, además había en su voz un tono…

—¿Un tono? —la animó a continuar Ivy.

—Como si supiera exactamente cómo me afectaría.

Scarlett levantó una ceja, una sonrisa traviesa curvando sus labios.

—Quizás te ha lanzado un desafío, Alex. Y ya sabemos cuánto te gusta un buen desafío.

Alexandra esbozó una sonrisa forzada, pero no podía sacudirse la sensación de que había más en Lord Blackwood de lo que parecía a simple vista.

—¿Nos cambiamos el vestido y te encargas tú de él? —preguntó a su hermana con una pícara sonrisa en sus labios. Sin duda recordado cuando de niñas lo hacían y volvían a todos locos en la gran casa.

—Tal vez funcionaba cuando éramos niñas, pero ahora… No podría meterme en tus vestidos, te llevaste las pulgadas en la altura y yo en las caderas y en el busto —farfulló Scarlett dando un sorbo a la copa de champán.

—Sea como sea, no pienso dejar que ningún hombre capte mi atención. No olvidéis, hermanas, que estamos en esto juntas. Ninguna de nosotras caerá en las redes del matrimonio sin que las demás lo hagan también.

—O todas… —dijo Scarlett.

—O ninguna —terminó Ophelia.

Todas asintieron con resolución, sus rostros reflejaban la complicidad del pacto que las unía.

—Por supuesto, Alex —dijo Ivy, su voz suave pero firme—. Estamos listas para el juego, y no perderemos.

Alexandra sonrió, sintiendo que el apoyo de sus hermanas le devolvía la confianza. No la habían educado para dejarse impresionar con facilidad y, por supuesto, no sería fácil de conquistar.

Capítulo 2 Un baile… ¿inolvidable?

—Niñas, ¿dónde está Clementine? No logro encontrarla por ninguna parte —las interrumpió su madre alterada.

—¿Has mirado en la cocina? —preguntó Scarlett con malicia.

Todas sabían que su madre odiaba que dijera que estaba en la cocina, primero porque le recordaba el incidente con el pastelero y segundo porque si estaba en la cocina era para comer.

—Claro, en la cocina —masculló molesta—. ¿Y de Serena sabéis algo?

—Seguirá en su habitación —dijo Ophelia.

—O en las escaleras, pensando si bajar o no —soltó Ivy, sonriendo con maldad. Sabía que a su madre la actitud reposada de su hermana, como si no hubiera nada en el mundo que la emocionara, la ponía de los nervios.

—Tampoco sé nada de Rowena…

—Estará gritándole a alguien —afirmó Scarlett.

Su madre la miró con los ojos desorbitados antes de llevarse la mano a la frente.

—¿Y mis sales? Siento que me desvanezco… —protestó su madre exagerando todo como siempre—. ¡Qué Dios me ampare! ¿Queréis matarme? ¿Siete bailes? Tu padre ha sido poseído por algún espíritu. ¿No sé si voy a sobrevivir a este baile y todavía quiere que organice seis más? Ay, mis nervios, mis nervios… el… abanico… —pidió sin aliento.

—Madre, el abanico —dijo Alexandra seria.

—¿No os importa la salud de vuestra madre? ¿Ni la de mis nervios? Vais a acabar conmigo. Voy a pedirle a vuestro padre que deje mi tumba preparada, estoy segura de que allí terminaré cuando finalice el último baile.

—¿Y se meterá en ella para no preparar las bodas, madre? —interrogó con maldad Scarlett disimulando una risa.

—Mis nervios… mis nervios…

—Tenga las sales, madre.

—Bendita la hora en la que permití esta locura, casadas deberías estar ya todas, desde hace siglos. ¡Siglos! —levantó la voz.

—Madre, van a pensar que tenemos más años de los que ya tenemos y así no conseguiremos marido ninguna de las siete —recalcó Ophelia, uniéndose al ataque por parte de sus hermanas.

—¡Que Dios me asista! Os quiero a todas bailando, de inmediato. A ti la primera, Alex, eres la mayor…

—Solo nací dos minutos antes que Scarlett —puntualizó.

—He dicho que… Lord Blackwood —dijo esbozando una sonrisa y recomponiéndose en un segundo.

—Lady Ashford, señoritas —saludó a las demás con una leve inclinación.

«¿Qué diablos quiere ahora?», pasó por la cabeza de Alexandra.

—Estás son mis otras hijas, lord Blackwood. Las hermanas de Alex… andra —terminó el nombre. No le gustaba que llamaran a su hija Alex fuera del círculo familiar—. Ella es lady Scarlett, la gemela de lady Alexandra, lady Ivy y lady Ophelia.

—Encantada, lord Blackwood —corearon las tres a la vez.

—El placer es mío, señoritas —afirmó para sorpresa de Alexandra que lo miró tratando de controlar la ira que quería apoderarse de ella, pero ella no era Rowena, ella podía controlarse, tenía… no, debía, porque era una obligación, estar a la altura de su estatus.

Aún así, sus hermanas la miraron sabiendo, sin duda, lo que pasaba por su cabeza.

—Las estaba reprendiendo porque no han bailado con nadie en toda la noche, lord Blackwood, ¡y son las anfitrionas! Es imperdonable, ¿verdad? —buscó el apoyo del joven.

—Vamos a ponerle remedio ahora mismo, lady Ashford. ¿Me concedería este baile, lady Alexandra? —le preguntó de repente, extendiendo su mano hacia ella—. Sería todo un honor —afirmó sin dejar de mirarla y con una media sonrisa que solo curvaba su boca de un lado.

Alexandra asintió, con esa sonrisa fría y distante tan estudiada que gritaba a todos lo inalcanzable que era.

—Por supuesto que lo es —respondió alto y claro, aceptando su mano.

Blackwood sonrió y sus hermanas contenían la risa. No las podía ver camino de la pista de baile, pero no hacía falta, las conocía muy bien.

La pareja llamó la atención de todos los allí presentes. Alexandra sentía las miradas de envidia de las jóvenes damas que habían acudido a su baile y saber que el hombre que la llevaba a bailar a ella, era el motivo de sus celos la hizo sentir…. bien.

Tenía que reconocer que, en elegancia, altura y atractivo, lord Blackwood estaba muy, pero muy, por encima de la media. Quizás era el único con posibilidades reales de estar a su altura.

Llegaron a la pista, la música llenaba el salón y las parejas se movían al ritmo del vals que tocaban en ese instante los músicos. Sebastian la tomó de la mano, la hizo girar hasta posicionarla frente a él y llevó su masculina mano a la estrecha cintura de Alexandra que se obligó a centrarse en el vals y no en ese calor que la mano de ese hombre provocaba en las zonas que rozaba.

Tras un par de vueltas, Alexandra se dejó llevar. Tenía que reconocer que se movían en perfecta sincronía desde el primer momento. Estaba claro que no era como los demás pretendientes. Tampoco parecía necesitar estatus ni mejorar su economía, ¿qué quería entonces?

—He escuchado rumores, lady Alexandra.

—No todo lo que se dice es cierto, lord Blackwood —respondió sin perder la compostura.

—No podría tener más razón, lady Alexandra. Los rumores sobre su belleza se quedan muy lejos de la realidad.

—¿Y esa realidad es, lord Blackwood?

—Tiene algo que hace… complicado mirar hacia otro lado.

—¿Complicado? Así que no imposible —susurró la última frase.

Alexandra estaba acostumbrada a los cumplidos, por lo general eran palabras vacías, dichas tan solo con el fin de agradar a la otra persona para conseguir lo que quisieran de ella. Sin embargo, ese hombre hablaba con una sinceridad que la desconcertaba, algo que la alarmó y la hizo ser más cautelosa que de costumbre.

—Empiezo a pensar, lady Alexandra, que imposible es justo la palabra que buscaba…

Se había acercado demasiado, su aliento rozó su rostro cuando le dijo esas palabras que por un segundo la hicieron perder la compostura. Algo inaceptable, ¿quién se creía que era?

—Y, sin embargo, no parece un hombre que se deje llevar por las apariencias, lord Blackwood.

—Así es, lady Alexandra, me resulta… complicado —volvió a usar la misma maldita palabra— encontrar algo que llame mi atención. O que me distraiga. Y, al parecer, usted lo consigue.

La confesión la pilló tan desprevenida que no se dio cuenta de que el baile había terminado y que ese hombre seguía con la mano en su cintura, moviéndola de arriba abajo sin parar, no eran movimientos bruscos, tan solo un centímetro arriba y abajo, pero era suficiente para distraerla.

Los aplausos llenaron la sala de baile y fue cuando se dio cuenta del comportamiento tan poco apropiado que había tenido. Un leve rubor inundó sus mejillas y notó su pecho subir y bajar deprisa.

Sebasitan inclinó la cabeza, despidiéndose con cortesía, y se alejó. Ella, a su pesar, no pudo moverse del sitio, y no dejó de observarlo hasta que no despareció entre los demás invitados.

Se llevó, de manera inconsciente, la mano a su estómago y tomó una profunda bocanada de aire.

—Parece que, al fin, has encontrado a alguien que capte tu atención, hermanita —afirmó Rowena a su lado.

—No sé a qué te refieres —mintió, tratando de sonar indiferente, aunque era consciente de que sus hermanas la conocían muy bien, eran las únicas que podían ver más allá de las apariencias.

Y, aunque no quisiera, tenía que reconocer que había algo en ese hombre que la desconcertaba y despertaba su curiosidad al mismo tiempo.

—Lord Blackwood no es como la mayoría de lores que conocemos. Es diferente… y parece que eso ha llamado tu atención, hermanita.

Alexandra no respondió de inmediato, pero las palabras de Rowena resonaron en su mente mientras el baile continuaba a su alrededor. Había algo diferente en él, algo que la hacía sentir que, por primera vez, no tenía el control total. Y eso, curiosamente, le parecía tan desconcertante como atractivo.

—Parce que he acertado… —canturreó.

—¿No tienes que ir a gritarle a nadie, hermanita? —preguntó molesta, aunque la verdad era que estaba enfadada con ella misma, no con su hermana.

—No, creo que ya he gritado a todos aquí —contesto indiferente, mirándose la manicura.

Alexandra tomó la falda de su vestido y se alejó de la pista de baile. Necesitaba beber algo, necesitaba desvanecer su aroma, hacer desaparecer la sensación de su mano en su espalda y el de su aliento al rozar su cara y, más que nada, acallar su voz resonando en su cabeza sin parar.

«Y, al parecer, usted lo consigue».

Capítulo 3 Sebastian Blackwood

La fiesta continuó hasta bien entrada la noche, aunque los pensamientos de Alexandra se centraban en su encuentro con Sebastian. Mientras despedía a las invitadas de su madre, no pudo dejar de pensar en que había algo diferente en él.

Necesitaba un respiro de esa velada que había resultado tan diferente a como la había planeado, así que caminó por pasillos más oscuros, alejándose del bullicio que aún quedaba y de las brillantes luces de las lámparas de araña, buscando un lugar menos concurrido.

Al girar por el largo pasillo que terminaba en una salida hacia los jardines, una presencia a su espalda la hizo detenerse. Un escalofrío recorrió su espalda, avisándola del… ¿peligro?

Se giró tras unos segundos de duda para encontrárselo. Era él. De nuevo.

Sebastian Blackwood estaba allí, su figura seguía siendo imponente a pesar de la que la penumbra ocultaba parte de ella.

—Lord Sebastian —saludó con corrección. No tenía permitido olvidar sus modales, ni un solo instante.

—Lady Alexandra —devolvió el saludo—. Parece que ambos buscábamos un poco de paz —dijo en voz baja, aunque resonó en el silencioso pasillo como el eco de sus pensamientos.

Alexandra sintió cómo su corazón se aceleraba, aunque no estaba segura de si era por miedo o por la presencia imponente del hombre que tenía frente a ella. Aun así, se obligó a mantener la compostura.

—¿Y ha encontrado la suya, Lord Blackwood? —preguntó, alzando una ceja con desafío.

Sebastian esbozó una sonrisa que no era amable. Había algo en su expresión que la advertía de que él disfrutaba con su incomodidad.

—No todavía, aunque estoy seguro de que lo haré —respondió, dando un paso hacia ella —. Quizás, lady Alexandra —susurró de nuevo muy cerca de ella—, podría ayudarme a encontrarla.

Alexandra sintió cómo ese hombre invadía su espacio personal y, por un momento, pensó en retroceder. Pero su orgullo le impidió moverse y se quedó en su lugar, enfrentándose a su mirada oscura. Si creía que ella se iba a amedrentar por su figura enorme y esa intensa mirada que parecía guardar la profundidad de un mar revuelto en su interior, estaba muy equivocado. No había nacido el hombre que la hiciera perder el control.

—Le sugiero, lord Blackwood —susurró acercándose un paso más, dejando solo unas pulgadas entre de aire entre los dos como única barrera—, que lo intente en otra parte —afirmó manteniendo la voz firme a pesar de la tensión que sentía.

Sebastian no respondió de inmediato. En lugar de eso, dejó que el silencio se alargara, un silencio cargado de una tensión que Alexandra no había experimentado antes. Podía ver las pupilas de sus ojos dilatadas, nada más que un reflejo de las suyas. El aire parecía cargado de una electricidad nerviosa, a la espera de ese algo que la ayudara a encender la chispa necesaria para que el fuego se iniciara.

Era la primera vez que estaba tan cerca de un hombre que no fuera su padre, el calor entre ellos hizo que una leve capa de sudor apareciera en su nuca y una extraña necesidad de abanicarse la asaltó de pronto junto con una leve sensación de mareo. ¿Se estaba convirtiendo en su madre?

Apretó las manos en dos fuertes puños, esperaría a que él tuviera alguna reacción. No iba a irse la primera, no se rendiría en esa extraña batalla silenciosa que parecía haber entre los dos.

Sebastian no podía ni parpadear, esa mujer tenía un fuego dentro del que, estaba seguro, no era consciente. Había algo en ella que lo atraía como si fuera un faro en la noche y él una inocente polilla. Nunca, jamás, ninguna mujer había llamado tanto su atención. No recordaba una fiesta en la que no hubiera estado pendiente de cerrar negocios por buscar, entre los demás, a esa mujer.

Y no solo era porque su belleza era innegable, no, no era eso, había conocido -y estado- con muchas mujeres hermosas, no era eso. Tal vez era que podía ver la cadena que apretaba su cuello, que la obligaba a controlar su verdadera personalidad, una que deseaba correr libre, sin las pesadas ataduras de su posición y rango.

O quizás eran esos malditos ojos de un azul tan intenso que parecían irreales. O esa boca, de labios llenos, que estaba seguro nadie había besado antes. O, puede, que fuera esa mirada afilada que gritaba que estaba en la cima y que nadie era capaz de escalar tan alto para alcanzarla. No estaba seguro, y era la primera en mucho tiempo que tenía dudas. Lo único que tenía claro era que había tenido que alejarse de ella tras el baile porque el calor que su cercanía había prendido había estado a punto de consumirlo. Y no podía caer en la tentación. Su matrimonio tenía que ser un negocio más. Solo eso.

Por fin, asintió despacio, como si estuviera considerando algo.

—Quizás lo haga —afirmó, aunque sus ojos no dejaban los de ella—. Aunque tengo la sensación de que volveremos a cruzarnos esta noche, Lady Alexandra.

Alexandra mantuvo su postura firme, sin permitir que la tensión que la invadía se reflejara en su expresión. No estaba dispuesta a mostrar debilidad frente a Lord Blackwood, un hombre que, aunque misterioso, parecía disfrutar con la idea de desestabilizarla. Sin embargo, había algo en su mirada, en la forma en que la observaba, que la desarmaba, aunque no lo admitiría ni siquiera ante sí misma.

—El destino es caprichoso —respondió ella, con una ligera inclinación de cabeza, como

si con ese gesto pudiera controlar la situación—. Aunque confío en que sabrá comportarse con la corrección de lo que es, milord.

Sebastian esbozó una media sonrisa que era más una advertencia que un gesto de amabilidad.

—Y, ¿qué es lo que soy, lady Alexandra? —interrogó acercándose un poco más.

Alexandra se agarró la falda de su vestido, como si ese gesto le fuera a dar la fortaleza que necesitaba en ese instante para no recular y perder la batalla que, un segundo antes, daba por ganada.

—Un caballero, por supuesto —susurró. Y se dio cuenta de que su voz tampoco tenía la fuerza que le habría gustado.

—Así que un caballero… —murmuró con esa sonrisa que la descolocaba—. ¿Está segura de eso, lady Alexandra? —lanzó la pregunta a la vez que tomaba uno de sus largos y oscuros mechones para, con deliberada lentitud, colocarlo tras su oreja. Al hacerlo, rozó esa zona sensible y la sonrisa de ese hombre se volvió más… diabólica.

—Así lo creía, hasta hace unos segundos, lord Blackwood —contestó a la vez que trababa saliva.

—¿Ya no?

—No, ya no.

—Y, dígame, lady Alexandra, ¿qué clase de hombre cree usted que soy?

—¿En este instante? Un canalla —confesó.

—¿Y qué va a hacer, lady Alexandra, si en realidad soy un canalla que se disfraza de caballero?

—Todo lo que esté en mi mano para mantenerme lejos de usted —soltó sin pensar en el doble sentido que él podría darle a esa afirmación.

—De eso no me cabe la menor duda —afirmó, su voz volvió a resonar suave, más peligrosa que nunca—. Hasta muy pronto, lady Alexandra.

Con una última mirada que parecía prometer que justo haría lo que decía, Sebastian se dio la vuelta y desapareció en la oscuridad del pasillo. Alexandra permaneció inmóvil, intentando recuperar el aliento que no se había dado cuenta de que estaba conteniendo. Sabía que había algo en él que no podía ignorar, algo que despertaba en ella una mezcla de emociones que no sabía cómo manejar. Y eso la asustaba más que el infierno.

El sonido de sus pasos se desvaneció en la distancia, dejándola sola en la penumbra. Cuando estuvo segura de que estaba de nuevo a solas, se permitió cerrar los ojos por un momento, intentando calmar los latidos acelerados de su corazón. No entendía cómo un hombre que acababa de conocer podía afectarla de esa manera. Era peligroso, odiaba reconocerlo, pero lo era. Por eso tenía que mantenerse lejos de él.

La noche aún no había terminado, ni los bailes. Aún quedaban seis. Solo seis más y todo acabaría. Lo conseguiría, era lady Alexandra Ashford, la hermana que portaba, con orgullo, el pecado de la soberbia. Y nada, ni nadie, ni siquiera él, impedirían que no cumpliera con su promesa.

Con valor renovado, se enderezó y comenzó a caminar de regreso al salón principal. Había aprendido a manejar las intrigas de la alta sociedad con elegancia, pero la presencia de Lord Blackwood había añadido una nueva capa de complejidad a su mundo. A ese mundo en el que la habían recluido a la fuerza.

Al entrar de nuevo en el salón, Alexandra sintió cómo todas las miradas se volvían hacia ella. Sonrió, recuperando su habitual máscara de serenidad y confianza. Si algo había aprendido de su madre era que, en la sociedad londinense, las apariencias lo eran todo. Aunque en ese instante, más que nunca, sentía que su mundo, ordenado en torno a la perfección, estaba a punto de ser sacudido.

La fiesta continuó hasta bien entrada la madrugada, y nada logró distraerla lo bastante de Sebastian Blackwood. El recuerdo del baile, o el tono de su voz al susurrarle, se negaban a dejarla con una persistencia digna de admiración. Había repasado todo en su cabeza muchas veces, cada gesto, cada roce, cada susurro, cada palabra… y tuvo que reconocer que había algo en él que despertaba su reticencia y también su curiosidad en igual medida. Y tenía claro que su encuentro en el solitario pasillo no sería el último.

Cuando por fin pudo regresar a su habitación, lo primero que hizo fuer mirarse en el espejo una vez más, igual que había hecho al inicio de la velada. El recuerdo de ese hombre susurrándole a poca distancia, esas palabras que parecían tener una promesa oculta, su olor, su presencia… hicieron que su corazón se acelerara, que su respiración fuera más agitada y que sus mejillas se colorearan de un rojo intenso.

Dio un paso más para acercarse al espejo, tratando de no despertar a Scarlett que dormía en el otro extremo de la enorme habitación y no dio crédito a lo que contemplaba. Su reflejo era…, era extraño, porque era ella, pero a la vez no lo parecía. Observaba su pecho subir y bajar tan deprisa que temió que uno de sus senos escapara del apretado corsé, sus mejillas estaban cubiertas de ese rojo llamativo que le recordó a la cara de su hermana Rowena cada vez que el fuego de su ira la consumía y esa extraña sensación en el estómago que bajaba hasta sus piernas haciéndola sentir… débil.

Todo era desconocido para ella y tuvo que reconocerse a sí misma que sentía una nueva emoción a la que no tenía ni idea de como llamarla.

«Lord Sebastian Blackwood, ¿tan solo un encuentro y logras esto? No puedo esperar para ver qué sucederá después».

Capítulo 4 Soberbia y orgullo

El sol apenas comenzaba a despuntar en el horizonte cuando Lady Alexandra se despertó antes de lo habitual, sintiendo un nudo en el estómago que no lograba deshacer. La noche anterior había sido agotadora, no solo por el baile interminable, sino por la presencia constante en su mente de Lord Sebastian Blackwood. Aunque había intentado centrarse en las conversaciones y las sonrisas educadas, su mente siempre volvía a él, a esos ojos oscuros que la habían desafiado en más de un sentido. No había podido quitárselo de la cabeza ni en sus sueños que habían estado repletos de esa atractiva oscuridad que parecía irradiar.

Un ligero susurro la aviso de que Scarlett iba hacia su cama. Su gemela era un pájaro madrugador, así que no le sorprendía que estuviera despierta tan temprano. La cama se hundió bajo el cuerpo repleto de curvas de su hermana, tan parecidas y tan diferentes, y sintió una seguridad indescriptible cuando se metió bajo las sábanas y la abrazó.

—¿Cómo es que estás despierta tan temprano, Alex? —preguntó a la vez que un gran bostezo salió de su boca, contagiando a Alexandra—. Espera, no me irás a decir que no has dormido nada, ¿verdad? —interrogó mirándola con incredulidad con sus grandes ojos azules. Tener una hermana tan parecida a ella era a veces desconcertante, era como mirarse a un espejo que te devolvía un reflejo inexacto de ti misma—. Porque te ves como si hubieras pasado la noche en vela.

—¿Y cómo es eso?

—Horrible —murmuró acurrucándose contra su pecho.

Alexandra intentó sonreír, pero sabía que su hermana la conocía demasiado bien para dejarse engañar por una simple mueca, aunque ni siquiera la mirara. La conexión entre ambas era muy especial y fuerte. Una mirada decía tanto sin necesidad de palabras que Alexandra siempre pensó que si encontraba a un hombre con el que tuviera ese tipo de relación lo daría todo por él.

—He dormido, pero… no lo suficiente —respondió, tratando de sonar despreocupada.

—Mentirosa —replicó Scarlett, abriendo los ojos para mirarla con esa mezcla de burla y preocupación que tanto la caracterizaba—. Algo te ronda la cabeza, y no voy a dejarte tranquila hasta que me lo cuentes.

Alexandra suspiró, sabiendo que no había manera de evadir a su hermana. Scarlett podía ser un torbellino cuando se lo proponía, y esa mañana parecía más que decidida a averiguar qué era lo que perturbaba su calma.

—Está bien, lo confieso. Es por lo que sucedió anoche —empezó, sentándose en la cama y mirando hacia la ventana, donde los primeros rayos del sol comenzaban a iluminar la

habitación—. Después del baile, me encontré con Lord Blackwood en uno de los pasillos.

—¿Y…? —la animó a continuar.

—Tuvimos una conversación… intensa —reveló. Lo cierto era que no tenía claro que palabra usar que mejor describiera lo que había sucedido ahí. El recuerdo de la cercanía de Sebastian, la sensación de su mano en la cintura mientras bailaban…

—¡Lo sabía! —exclamó Scarlett, incorporándose de inmediato—. ¿Y qué pasó? ¡Cuéntamelo todo! —exclamó, de pronto su mirada estaba despejada de sueño y su sonrisa llenaba su hermoso rostro.

Alexandra no pudo evitar sonreír ante la reacción de su hermana. Siempre había admirado la energía y la curiosidad insaciable de Scarlett, aunque en ese momento le resultaba un poco abrumadora.

—Hablamos, y bueno… fue diferente a cualquier otra conversación que haya tenido con un hombre —admitió, sin saber muy bien cómo expresar lo que había sentido—. No sé cómo explicarlo, Scarlett. Hay algo en él que me…

—¿Qué? ¿Qué sientes, Alex?

—No sé, es raro. El estómago lo siento pesado y las piernas ligeras, como si de pronto no pudieran sostener mi peso. Además…

—¿Además…? —insistió su hermana, esa mañana las palabras parecían resistirse a ser pronunciadas.

—Además… me ruboricé.

Scarlett la miró con atención, con esa expresión que solo usaba cuando estaba pensando en algo muy serio.

—¿Te gusta, Alex? —preguntó al fin, con una mezcla de recelo y cautela.

—Por supuesto que no —respondió Alexandra, sin poder evitar la frustración que se filtraba en su voz—. Aunque es diferente a todos los demás. Me desafía, me provoca, y siento que lo odio. Hasta la médula. Pero hay algo, Scarlett, algo que no me deja apartarlo de mi mente.

Scarlett frunció el ceño, pensativa. Luego, se acercó un poco más a su hermana y, con un tono más serio, preguntó:

—¿Y qué vas a hacer al respecto? No olvides el pacto, Alex. Estamos juntas en esto. Ninguna de nosotras puede caer en las redes del matrimonio sin que las demás lo hagan también.

—¿Matrimonio? ¿Con él? —bufó molesta—. ¿En qué piensas, Scarlett? No voy a romper nuestra promesa por ningún hombre, y menos por alguien como lord Sebastian Blackwood.

—Pues me ha dado la sensación de que, si alguien puede hacer que la rompas, tal vez sea él.

—No atraigas a la mala suerte, Scarlett. Ni siquiera es un caballero… —masculló.

—¿A qué te refieres? ¿Acaso intentó algo… indecoroso? —preguntó bajando la vez a un

leve susurro.

—Claro que no, nunca se lo permitiría —aclaró—. Me dijo que no era un caballero.

—¿Entonces, qué es? —interrogó con inocencia.

—Si no es un caballero, entonces solo puede ser un canalla, ¿cierto?

—¿Y qué vas a hacer?

—¿Qué más podría hacer? Mantenerme lejos de él —repitió lo mismo que le dijo a él hacía tan solo unas horas.

Scarlett la observó por un momento más antes de asentir con comprensión.

—Tal vez solo sea que te ha desafiado, ¿no? Quizás en unos días veas todo con más claridad.

—Tal vez… Voy a salir a caminar —anunció, levantándose de la cama y buscando ropa más adecuada para un paseo matutino—. Necesito aire fresco.

—¿Quieres que te acompañe? —se ofreció.

—Gracias, pero prefiero salir sola y despejarme.

—Bien —respondió Scarlett, esta vez sin la usual burla en su voz—. Y recuerda, estamos todas juntas en esto, Alex.

—Lo sé —respondió, esbozando una leve sonrisa antes de salir de la habitación en silencio.



El cielo aún estaba teñido de tonos rosados y naranjas cuando salió al jardín, sintiendo el rocío bajo sus pies mientras caminaba por el sendero de grava. Cada paso la alejaba de la mansión y la acercaba al pequeño lago que siempre había sido su refugio cuando necesitaba escapar de las presiones de su vida. El agua reflejaba el cielo, calmado y sereno, en contraste con la tormenta que se desataba en su interior.

Al llegar al borde del lago, se detuvo, cerrando los ojos e inhalando profundamente el aire fresco. La paz del lugar la ayudó a relajar los hombros, aunque solo por un momento. No podía ignorar la sensación de que algo estaba a punto de cambiar, algo que la inquietaba más de lo que quería admitir. A pesar de que no era capaz de saber qué era. Siempre había sido muy intuitiva, desde niña, y tenía la certeza de que todo cambiaría en sus vidas tras esos siete bailes que su padre se había empeñado en celebrar.

De repente, un ruido de pasos sobre la grava la hizo abrir los ojos y volverse hacia el

sonido. Su corazón dio un vuelco al reconocer la figura que se acercaba. Era él, Sebastián, caminando con la misma elegancia y seguridad que había mostrado la noche anterior. Sus pensamientos se agitaron de nuevo, pero se mantuvo firme, decidida a no mostrar la confusión que sentía.

—Buenos días, lady Alexandra, parece que ambos compartimos el gusto por la tranquilidad de la mañana —saludó al llegar a su lado, inclinando ligeramente la cabeza en señal de respeto.

—Lord Blackwood —respondió Alexandra, con la voz controlada—. ¿Está seguro de que soy lady Alexandra y no lady Scarlett? —preguntó. Quería saber si de verdad era capaz de distinguirlas.

—De pocas cosas estaría tan seguro, lady Alexandra —afirmó con esa provocadora sonrisa que demostraba que había ganado. Y eso la molestaba más de lo que debería. Más de lo que admitiría.

—No esperaba encontrar compañía aquí tan temprano —dijo, sin embargo, dejando de lado el comentario.

—Debo admitir que yo tampoco esperaba que hubiera alguien más despierto tras la fiesta, aunque debo decir que su presencia es una agradable sorpresa.

Sebastian se situó a su lado, contemplando el lago con la misma expresión reflexiva que ella había tenido momentos antes. El silencio entre ellos no era incómodo, algo que Alexandra encontraba tan desconcertante como atractivo.

—¿Suele pasear a estas horas? —preguntó, más por romper el silencio que por verdadero interés.

—Solo cuando siento que necesito claridad —respondió, girando la cabeza para mirarla. Su mirada intensa no dejaba espacio para la duda—. Y debo admitir que después de nuestra conversación de anoche, sentí la urgente necesidad de despejarme.

Alexandra notó cómo su corazón volvía a latir con fuerza al recordar su encuentro. Por más que intentara mantener la compostura, la cercanía de Sebastian la afectaba de una manera que no lograba comprender del todo.

—Yo también —admitió en un susurro. Se arrepintió del comentario nada más salió de su boca y regresó la mirada de nuevo al lago para evitar la profundidad de su mirada.

Sebastian dio un paso hacia ella y, aunque no la tocó, Alexandra sintió su cercanía como si una corriente eléctrica pasara entre ambos. La tensión era palpable y, por un instante, deseó poder escapar de lo que sentía. Pero no lo hizo. Algo la retenía allí, algo que la obligaba a enfrentarse a esos sentimientos que la confundían tanto.

—Hay algo en usted, Lady Alexandra, que me resulta difícil de ignorar —confesó

Sebastian, su voz baja pero firme.

Alexandra giró la cabeza para mirarlo, sorprendida por la sinceridad en sus palabras. No era el típico cumplido vacío que solía recibir en los bailes. Había una seriedad en su tono que la desarmaba.

—Y, sin embargo, apenas nos conocemos —respondió, tratando de mantener un tono neutral, aunque el temblor en su voz la traicionaba.

—Quizás, pero no siempre es necesario conocer a alguien durante años para que deje una impresión duradera.

Alexandra no supo qué responder. La intensidad de sus palabras, combinada con la calma de la mañana, la dejaba sin defensas. Durante años, había construido muros a su alrededor para protegerse de los pretendientes interesados solo en su estatus o su fortuna. Pero Sebastian no parecía ser como los demás, y eso la aterraba más de lo que estaba dispuesta a admitir.

—Supongo que conoce mi… mala fama, ¿cierto, milord? —interrogó tratando de hacerle perder el interés en ella.

—¿Se refiere a que se dirigen a usted como lady Soberbia? —preguntó a su vez, dejando claro que conocía ese dato sobre ellas también.

Alexandra no dijo nada, ni desvió la mirada del lago, tan solo se limitó a asentir. Esperaba que eso lo alejara de ella. Su fama era bien conocida entre la nobleza londinense y estaba segura de que más de una alcahueta había hablado de ellas para quitarle de la cabeza que se fijara en alguna de las hermanas.

—Siento decirle, lady Alexandra, que para mí la soberbia no es algo malo. Sin mi orgullo no había llegado a donde estoy. Creo que es algo bueno tenerse en alta estima y buscar algo a la altura de las expectativas que cada uno tiene —afirmó sin rastro de burla o ironía en su voz.

—¿Su orgullo? —interrogó—. ¿Qué puede tener de noble el orgullo, cuando no es más que un escudo para ocultar inseguridades? —murmuró. Era la primera vez que lo decía en voz alta.

—Es posible que tenga razón, milady. Aunque a veces ese escudo es todo lo que tenemos para protegernos de los demás. No todos podemos permitirnos el lujo de mostrar vulnerabilidad —afirmó mirándola con un ardor que la dejó sin aliento.

—¿Herido? No parece el tipo de hombre que permita que algo lo lastime.

—Se podría decir, milady, que he aprendido a no dejar que me afecte. La soberbia, lady Alexandra, es el precio de mantener la dignidad en un mundo que intenta constantemente arrebatárnosla.

Alexandra sintió, por primera vez en su vida, que alguien que no fueran sus hermanas, podía leer dentro de ella. Y no le gustaba. Había pasado toda su vida fabricando esa fachada de indiferencia para que nadie la llegara a conocer de verdad.

Tenía que claro que al final tendrían que tomar esposo y se había prometido que no sentiría

nada por el elegido. Sería un matrimonio basado en las apariencias, como lo era todo en su vida.

—Tal vez deberíamos volver a la mansión —sugirió, dando un paso hacia atrás, aunque sin apartar la mirada de sus ojos.

—Si es lo que desea, la acompañaré —respondió Sebastian, con una leve sonrisa que sugería que había ganado una pequeña batalla.

Mientras caminaban de regreso por el sendero de grava, el silencio volvió a instalarse entre ellos, aunque esta vez era más pesado, cargado de secretos que ninguno de los dos estaba dispuesto a revelar con facilidad.

Capítulo 5 Una visita inesperada

Apenas unas horas después de su paseo matutino, Alexandra se encontraba en su habitación, tratando de distraerse con la lectura de un libro que había abandonado hacía semanas. Sin embargo, las palabras no lograban captar su atención; su mente volvía una y otra vez al encuentro con Sebastian junto al lago. La firmeza de su voz, la fuerza de su mirada… Todo en él despertaba una confusión en su interior que no lograba disipar, enfureciéndola.

No le gustaba sentirse débil, ni que no tenía el control de todo, y ese hombre conseguía las dos cosas sin aparente esfuerzo. Antes de que pudiera seguir divagando, la puerta de su habitación se abrió de golpe, y Scarlett entró con su habitual energía, seguida de Ivy, que lucía una expresión de ligera preocupación.

—Alex, tenemos visita —anunció Scarlett con su tono vivaz.

—¿Visita? —repitió Alexandra, cerrando el libro y levantándose de la silla.

—Sí, un viejo amigo de la familia —explicó Ivy, con un tono que sugería que había algo más detrás de esas palabras.

—Lord Kensington ha venido a visitarnos —añadió Scarlett, con una sonrisa que no alcanzaba sus ojos.

El nombre de Lord Kensington hizo que Alexandra frunciera el ceño. Conocía a Lord William Kensington desde que eran niños, y aunque era un hombre agradable, nunca había sentido por él más que una leve simpatía. Sin embargo, sabía que su padre lo consideraba un buen partido y había mencionado en más de una ocasión la posibilidad de un matrimonio entre ellos.

«Un matrimonio con lord Kensington», resonó en su mente y un desagradable escalofrío la recorrió por entero.

—Nuestro padre lo ha recibido en el salón principal —continuó Ivy, mirando a Alexandra con una mezcla de compasión y advertencia—. Creo que deberías bajar.

—De inmediato —concluyó Scarlett, arrastrando a Alexandra hacia la puerta antes de que pudiera protestar.

Mientras descendía las escaleras, Alexandra sintió cómo una sensación de malestar se instalaba en su pecho. La idea de ver a Lord Kensington en ese momento, con su mente aún nublada por los pensamientos sobre Sebastian, no era en absoluto atractiva. Peor aún, el constante bullicio en la casa, lleno de jóvenes y sus familias, hacía que el ambiente se sintiera

más asfixiante.

Al llegar al salón, vio a Lord Kensington de pie junto a su padre, conversando animadamente. Era un hombre de porte elegante, con cabello castaño claro y una sonrisa constante. Al verla, sus ojos se iluminaron, y dio un paso hacia ella.

—Lady Alexandra, qué placer verla de nuevo —dijo, inclinándose para besar su mano.

«¿Placer? Estoy segura de que no me distinguiría de Scarlett…».

—Lord Kensington, el placer es mío —mintió con una sonrisa que no alcanzaba sus ojos.

—He venido a pasar unos días con su familia, lady Alexandra. Su padre ha sido muy amable al invitarme. Siete bailes en siete semanas… —puntualizó con un tono de voz que mostraba admiración por su padre.

—Tantos como hijas tengo. Y todas terminarán comprometidas al final de nuestra temporada de bailes —afirmó su progenitor, orgulloso.

Alexandra lanzó una mirada rápida a su padre, que le devolvió una sonrisa satisfecho, como si ya tuviera todo planeado.

—Por supuesto, siempre es bienvenido en nuestra casa —respondió, aunque por dentro sentía que todo su mundo se tambaleaba. Era consciente de que, a pesar de su pacto con sus hermanas, si su padre así lo deseaba las podía obligar a desposarse con los candidatos elegidos.

Alexandra no pudo pasar por alto el bullicio de un salón que empezaba a llenarse de una energía inquieta. Los jóvenes se esforzaban por captar la atención de sus hermanas, cada uno tratando de mostrarse más interesante y digno de ser el elegido por encima de los demás.

En la amplia estancia, se habían dispuesto mesas para el té alrededor de las cuales se reunían en grupos que charlaban animadamente, aunque las risas sonaban un tanto forzadas, como si la tensión de competir por la mano de una de sus hermanas los estuviera afectando más de lo que querían admitir.

Ophelia estaba en una esquina, rodeada de un grupo de caballeros que parecían dispuestos a ofrecerle hasta la luna si así lo pidiera. Ella, con su habitual elegancia, los mantenía a todos a raya con una mezcla de coquetería y frialdad calculada. En otra parte del salón, Ivy se encontraba en una conversación animada con un joven de ojos brillantes, su risa cristalina atrayendo la atención de más de uno. Pero, entre toda esa vivacidad, Alexandra no pudo evitar sentir que Lord Kensington parecía fuera de lugar.

Mientras todos a su alrededor parecían estar llenos de energía y emoción, Lord Kensington era, en comparación, un remanso de calma casi aburrida. Sus comentarios eran corteses, pero carentes de originalidad. Hablaba con una cadencia monótona, sin mostrar ningún interés genuino en los temas de conversación. Mientras otros caballeros compartían anécdotas, hacían bromas o intentaban demostrar su intelecto, Lord Kensington se limitaba a sonreír y asentir, aportando observaciones que no lograban captar la atención de nadie.

—¿No es maravilloso el clima de hoy, Lady Alexandra? —preguntó, mientras la ayudaba a sentarse en uno de los sillones cercanos.

—Sí, es… agradable —respondió, esforzándose por mantener la cortesía, aunque su mente estaba muy lejos de la conversación sobre el clima.

A su alrededor, podía sentir las miradas de otros jóvenes, cada uno esperando su turno para acercarse a alguna de las hermanas. El salón era un hervidero de actividades, pero Alexandra no podía dejar de notar lo insípido que resultaba todo en comparación con la intensidad que había experimentado esa mañana junto a Sebastian.

—He estado pensando en lo que su padre mencionó antes sobre los bailes —continuó Lord Kensington—. Me parece una iniciativa encantadora —«¿Una iniciativa encantadora?»—. Estoy seguro de que muchas jóvenes en Londres desearían tener un padre tan considerado.

Esbozó una sonrisa forzada, pero sus pensamientos estaban en otro lugar. Sabía que su padre no estaba siendo considerado, sino calculador. Los bailes no eran para su disfrute, sino para asegurar que todas sus hijas estuvieran comprometidas antes de que la temporada terminara. Y Lord Kensington, aunque no era desagradable, tampoco era alguien que despertara en ella ningún tipo de emoción.

Tal vez su soberbia mantenía alejados a todos los posibles pretendientes porque pensaban que serían descalificados con solo una mirada por no estar a la altura. Y lo cierto era que no estaban equivocados. Los hubiera despreciado a todos. O casi todos.

—¿Lady Alexandra? —llamó su atención

—Sí, lord Kensington, es una iniciativa… ambiciosa, sin duda —respondió, con tono neutral.

El joven asintió, sin captar la falta de entusiasmo en su voz.

—Su padre tiene una gran visión para el futuro de su familia. Espero poder estar a la altura de sus expectativas —añadió sin dejar de mirarla.

Alexandra apenas contuvo un suspiro. La conversación con Lord Kensington era predecible, vacía de contenido real. Mientras él hablaba, su mente volvía a vagar hacia la orilla del lago, donde el eco de las palabras de Sebastian, junto a la profundidad de su mirada y su voz ronca, hacían parecer a lord Kensington poco más que una triste sombra.

De repente, Scarlett apareció a su lado, radiante como siempre, con una sonrisa que podía iluminar la habitación.

—Lady Scarlett —la saludó—. Está usted tan hermosa como siempre.

—Sí, eso dicen todos, lord Kensington, empieza a aburrirme, la verdad —reveló serena, sin importarle si el comentario lo molestaba—. Alexandra, querida, ¿por qué no nos unimos al grupo junto a la ventana? —preguntó, señalando hacia donde Ophelia y otras de sus hermanas

estaban conversando con un grupo de caballeros.

—Por supuesto —aceptó, aprovechando la oportunidad para alejarse de la compañía de Lord Kensington.

Se levantó, disculpándose con una inclinación de cabeza, y siguió a Scarlett a través de la multitud. Mientras caminaban, Scarlett se inclinó hacia ella y susurró:

—Lord Kensington no podría ser más aburrido, ¿verdad?

Alexandra no pudo evitar una sonrisa. Su hermana siempre lograba decir lo que todos pensaban y nadie se atrevía a expresar en voz alta.

—Es amable —admitió Alexandra—, pero sí, insulso es la palabra —murmuró a su vez.

Cuando llegaron al grupo junto a la ventana, la diferencia era palpable. Los caballeros que rodeaban a Ophelia y a Ivy parecían estar llenos de vida, de ideas y de chistes, compitiendo por ganar una sonrisa o una carcajada de las hermanas. Alexandra se sintió, de inmediato, más a gusto, a pesar de que la sombra de Sebastian Blackwood parecía hacerse cada vez más grande, corriendo el peligro de ser engullida por ella.

Y, como si sus pensamientos lo hubieran invocado, allí estaba él. Lord Sebastian Blackwood, de pie al borde del grupo, observando con esa mirada que parecía ver más allá de las apariencias. Cuando sus ojos se encontraron con los de Alexandra, ella sintió un escalofrío recorrer su columna. Había algo en la forma en que la miraba, algo que la desafiaba y la inquietaba a partes iguales.

—Lady Alexandra, qué grata coincidencia encontrarla aquí —dijo Sebastian, acercándose con esa seguridad que lo caracterizaba.

—Lord Blackwood —respondió Alexandra, con una inclinación de cabeza que trataba de mantener la compostura—, teniendo en cuenta que estamos en mi casa, no debería considerarse una coincidencia, ¿cierto? —lo molestó—. Sin embargo, a mí me sorprende verlo en una reunión tan concurrida, pensé que prefería lugares más tranquilos.

—A veces, incluso las reuniones más concurridas pueden ofrecer momentos de inesperada tranquilidad —replicó él, con una leve sonrisa.

Lord Kensington, que había seguido a Alexandra hasta el grupo, se colocó a su lado, incómodo con la presencia de Sebastian.

—Lady Alexandra y yo estábamos hablando sobre la visión de su padre para esta temporada de bailes —intervino Kensington, con una voz que intentaba sonar entusiasta pero que carecía de la profundidad de la de Sebastian.

—Ah, sí, la famosa visión del duque —dijo Sebastian, girando su atención hacia Alexandra, ignorando casi por completo a Kensington—. Estoy seguro de que debe ser un alivio para usted saber que su futuro está tan bien planificado.

El tono de Sebastian era cortés, pero Alexandra podía sentir el trasfondo de ironía en sus

palabras.

—Mi futuro siempre ha sido una cuestión de gran interés para mi padre —respondió Alexandra, alzando una ceja—. Aunque no todos compartimos su entusiasmo por los compromisos preestablecidos —susurró más para sí que para los demás.

—No entiendo, lord Blaxwood, qué podría haber de malo con tener un futuro bien planificado. Los matrimonios deberían considerarse un negocio más. No todos los aquí presentes están a la altura de lady Alexandra, por ejemplo —defendió.

—No he querido decir lord… —se interrumpió, a la espera de que dijera su nombre. Dejaba claro que, aunque lord Kensington sabía quién era Sebastian, él no sabía quién era él.

—Lord William Kensington —se presentó con orgullo.

—Lord William Kensington —continuó llamándolo por el nombre completo—, que tengan algo de malo. Es solo que algunos de nosotros preferimos decidir nuestro propio destino, sin importar las expectativas de los demás —replicó, mientras su mirada seguía sin apartarse de la de Alexandra.

—¿Qué sería de un mundo sin expectativas, lord Blackwood? —insistió.

—Las expectativas están bien, pero las propias. Nadie debería vivir bajo las expectativas de los demás.

—Eso es fácil de decir cuando se es hombre, lord Blackwood. Para mi desgracia nací siendo tan solo una moneda de intercambio —afirmó sin perder la compostura.

—No es tan complicado, lady Alexandra. Y, si me lo permite, no creo que la mayoría de los aquí presentes consideren una desgracia que haya nacido mujer.

—¿No lo cree, lord Blackwood? —preguntó de nuevo, sin ser consciente de lo cerca que estaban.

—No, más bien…

—¿Más bien?

—Lo consideraría una bendición, lady Alexandra —susurró, su aliento rozando la piel de Alexandra, borrando cualquier distancia entre ellos.

El aire entre ellos parecía cargarse de una tensión palpable. Lord Kensington, ajeno a la corriente subterránea entre Alexandra y Sebastian, intentó intervenir de nuevo, sin mucho éxito.

—Estoy seguro de que su padre solo quiere lo mejor para usted, lady Alexandra —dijo Kensington, con una sonrisa nerviosa.

—Eso no lo dudo, Lord Kensington —respondió Alexandra, con un tono educado aunque frío—. Pero a veces lo que los demás consideran lo mejor para nosotros no coincide con lo que de verdad deseamos —confesó con la mirada todavía perdida en la Sebastian.

Blackwood sonrió ante la respuesta de Alexandra, como si estuviera satisfecho con su

audacia.

—Es refrescante encontrar a alguien que no teme expresar sus verdaderos deseos —comentó, su voz baja pero cargada de significado—. Aunque solo lo haga en contadas ocasiones. Debería dejarse llevar más, lady Alexandra y no en lo que la sociedad espera de usted.

Lord Kensington, sintiéndose cada vez más fuera de lugar, asintió con timidez, sin saber cómo continuar la conversación. Estaba claro que no podía competir con el ímpetu de Sebastian ni con la conexión que parecía estar desarrollándose entre él y Alexandra.

—Supongo que todos deberíamos encontrar nuestro propio camino, incluso si a veces eso significa desafiar las normas establecidas —dijo Alexandra, sin apartar la mirada de Sebastian.

—Exactamente, Lady Alexandra —respondió él—. Y estoy seguro de que usted lo haría con gran destreza.

—No todo es tan simple, lord Blackwood. Hay normas establecidas que se han de cumplir.

—¿Por qué?

—¿Por qué? —repitió la pregunta, confusa.

—¿Por qué tiene que cumplir esas normas, lady Alexandra? Si me da una buena razón no insistiré más.

Con esas palabras, la conversación parecía haber llegado a un punto álgido, dejando a Lord Kensington aún más relegado a un segundo plano, como un florero que nadie se molesta en mover. Incapaz de soportar más la tensión, Kensington se excusó.

—Si me disculpan, creo que debería hablar con su padre, Lady Alexandra —dijo, intentando parecer calmado.

—Por supuesto, Lord Kensington —respondió Alexandra, agradecida de que se retirara.

Cuando Kensington se alejó, la intensidad de la conversación entre Alexandra y Sebastian quedó aún más marcada. Ninguno de los dos habló durante unos momentos, tan solo se miraron, cada uno midiendo al otro. Fue Alexandra quien rompió el silencio.

—¿Siempre disfruta de poner a la gente en situaciones incómodas, Lord Blackwood? —espetó.

Sebastian sonrió con una chispa de desafío en los ojos.

—Solo cuando creo que hay algo más interesante debajo de la superficie, milady.

—Tal vez no debería buscar tanto —advirtió Alexandra, aunque había una ligera sonrisa en sus labios.

—O tal vez debería buscar aún más —replicó con una inclinación de cabeza—. Nunca se sabe lo que uno puede encontrar.

Alexandra no pudo evitar reír ante su comentario. A pesar de la provocación, había algo en la forma en que hablaba, en la forma en que la desafiaba, que la atraía como un imán.

—Tendrá que tener cuidado, Lord Blackwood. Podría descubrir más de lo que espera y, tal vez, lo decepcione.

—Estoy dispuesto a correr ese riesgo —dijo él, sin apartar la mirada—. Aunque algo me dice, lady Alexandra, que lo que pueda encentrar me resultará todavía más interesante.

El momento quedó suspendido en el aire, lleno de palabras no dichas. Scarlett se acercó de nuevo, interrumpiendo la tensión.

—Alexandra, deberíamos reunirnos con nuestras hermanas. Nos esperan —se excusó Scarlett, lanzando una mirada curiosa a Sebastian.

—Por supuesto —dijo Alexandra, dirigiéndose a Scarlett pero con la mente aún en las palabras de Sebastian—. Nos veremos en otro momento, Lord Blackwood —dijo a modo de despedida.

—No lo dude, Lady Alexandra —respondió, inclinando la cabeza.

Mientras se alejaba con Scarlett, Alexandra no pudo evitar pensar en cómo una simple conversación había revelado tanto, no solo sobre Sebastian, sino sobre ella misma. Y aunque el salón estaba lleno de gente, habían llegado a desaparecer, como si hubieran estado solos en ese intercambio de palabras.

Capítulo 6 Un paseo bajo las estrellas

El resto de la tarde transcurrió entre conversaciones educadas y sonrisas forzadas. Alexandra intentó mantener la compostura, pero no pudo evitar comparar a cada uno de los caballeros presentes con Sebastian Blackwood. Mientras ellos eran más educados y correctos, todos carecían del vigor y la pasión que había visto en Sebastian. Sus palabras, aunque corteses, le resultaban vacías. Y eso solo lograba hacerla sentir sofocada. Cuanto más tiempo pasaba rodeada de ellos, más evidente se volvía que ninguno podía despertar en ella esa mezcla de emociones que él provocaba con una facilidad desconcertante.

Sentada en su tocador, contemplaba su reflejo en el redondeado espejo. Su madre les había ordenado asearse y cambiarse para la cena, dejándole entrever que su padre estaba decidido a conceder su mano a lord Kensington si ella no encontraba un candidato mejor.

Su mente estaba dividida entre la obligación y ese deseo que comenzaba a susurrarle que, por una vez, se olvidara de lo correcto. No podía negar la atracción que sentía por Sebastian, pero tampoco podía ignorar las expectativas de su familia. Y en medio de ese torbellino de emociones, la llegada de Lord Kensington complicaba aún más sus sentimientos.

Era temprano y la mansión bullía con actividad. Los criados iban y venían, asegurándose de que todo estuviera en orden para la cena. Alexandra sabía lo que sus padres pretendían, pero no podía obedecer. No esa noche. Todo parecía cerrarse en torno a ella y la asfixiaba más que el corsé que llevaba.

—Scarlett, necesito pedirte un favor —pidió a su gemela.

—¿Qué tipo de favor? —preguntó Scarlett, con una mezcla de curiosidad y picardía.

—Quiero que te hagas pasar por mí por un rato —respondió Alexandra, mientras se acercaba a la ventana y miraba hacia los jardines.

Scarlett frunció el ceño, algo poco habitual en ella.

—¿Pasar por ti? ¿Por qué? ¿Algo va mal?

—Necesito salir de aquí, aunque solo sea por un momento. La presencia de Lord Kensington, madre, padre, las obligaciones… todo me abruma, y necesito despejarme.

Scarlett soltó una risita suave.

—Así que quieres huir de tu admirador. ¿Y hacia dónde planeas ir?

—No lo sé aún, tal vez solo un paseo por los alrededores. Pero necesito que nadie, sobre todo madre, se percate de mi ausencia.

Scarlett la miró con ojos entrecerrados, evaluando a su hermana. Al fin, asintió.

—Está bien, dame tu vestido —pidió mientras se quitaba el suyo—, pero no desaparezcas por mucho tiempo. Si mamá descubre que no soy tú, ambas estaremos en problemas.

A las gemelas, su madre, les había asignado colores diferentes cuando eran niñas para no confundirlas. Conforme la familia fue creciendo con más niñas tan parecidas entre sí a excepción de Ivy que destacaba con su melena rojiza, Ophelia con ese tono de cabello rubio, casi plateado, heredado de su abuela materna y Clementine que lucía un cabello castaño claro, las otras tenían un parecido tal que podrían pasar por cuatrillizas. Altas, de pelo oscuro y ojos de diferentes tonos de azul habían complicado a las doncellas distinguirlas. Conforme fueron creciendo, ese hábito se fue marcando con cada personalidad, así que Alexandra solía vestir de púrpura, un color a la altura de su estatus, por supuesto, y Scarlett elegía prendas de color negro en un intento vano de disimular su atractivo.

Alexandra sonrió, agradecida. Se apresuró a cambiarse su vestido por el de su hermana y se cubrió con una capa oscura que cubría su cabello y parte de su rostro. Antes de salir, se giró hacia Scarlett.

—¿Parezco tú? —indagó.

—¿Lo dudas? —respondió con esa amplia y bonita sonrisa que tenía.

—Gracias. Te lo compensaré.

Scarlett hizo un gesto con la mano, restando importancia al asunto.

—Vete, antes de que cambie de opinión. No me gusta el púrpura —refunfuñó en broma.

Alexandra salió por la puerta trasera, asegurándose de que nadie la viera. El aire fresco de la noche la recibió como un bálsamo, despejando su mente. Se dirigió hacia los establos, con la intención de tomar su caballo y salir al camino que rodeaba la propiedad. Sin embargo, no había llegado muy lejos cuando escuchó unos pasos rápidos detrás de ella.

—¿Lady Scarlett?

Alexandra se detuvo en seco y se giró para encontrarse con Sebastian Blackwood, montado en su caballo, observándola con una mezcla de diversión y curiosidad.

—Lord Blackwood —saludó, pero él la interrumpió.

—¿Cree que puede engañarme con tanta facilidad, lady Alexandra? —murmuró sin apartar la vista de ella.

Alexandra parpadeó, sorprendida, no tenía ni idea de cómo había podido descubrir su disfraz tan rápido. Pero antes de que pudiera responder, escucharon una voz familiar llamándola desde la distancia.

—¿Lady Alexandra? —escuchó la voz de Kensington llamarla. ¿La había seguido desde la casa?

—Mis disculpas, milord, pero he de irme —se excusó con rapidez, sin molestarse en afirmar o desmentir la suposición de Blackwood.

Y comenzó a alejarse hacia la oscuridad de la noche que empezaba a cerrarse sobre ella, buscando el amparo de las sombras que le prometían un poco de paz a la batalla que se llevaba a cabo en su cabeza.

—¿Lady Alexandra? —volvió a resonar la voz de William que resollaba por la carrera.

Aligeró el paso, sabía que si la alcanza se vería obligada a acudir a la cena, a volver a ser esa mujer perfecta inalcanzable para todos los allí presentes. Volver a representar ese papel que le habían asignado por su orden de nacimiento y al que no había podido renunciar, tan solo aceptarlo y representarlo hasta tal punto que le resultaba complicado saber dónde acababa el personaje y empezaba ella.

Escuchó el sonido de unos cascos, pero antes de que pudiera girarse, Sebastian alargó la mano, la tomó por la cintura y la subió a la montura. Delante de él. La espalda de Alexandra soldada al pecho del canalla que se atrevía a tratarla… así.

—Permítame, lady Alexandra, que la ayude en su precipitada huía —dijo pegando su boca a su oído, con una sonrisa que desafiaba las normas de cortesía y que era visible aun sin verla.

Sin darle tiempo a protestar, Sebastian espoleó al caballo y salieron al galope por el sendero que rodeaba la propiedad. Alexandra se agarró a las crines del animal con fuerza,
sintiendo cómo el viento despeinaba sus cabellos y la adrenalina corría por sus venas.
No sabía si debía sentirse preocupada o emocionada por la situación. Era la primera vez que se encontraba en una posición tan vulnerable y, sin embargo, que fuera Sebastian la hacía sentir extrañamente segura.

Cabalgaron en silencio durante lo que parecieron minutos eternos, dejando atrás la mansión y adentrándose en campo abierto. El sonido de los cascos resonaba en el silencio de la noche, y Alexandra sintió cómo su corazón comenzaba a calmarse, aunque no podía apartar la mente de lo que acababa de suceder. Ni podía apagar la electricidad que recorría su espalda, justo donde rozaba el pecho masculino. No quería ni pensar en la cercanía del resto de su cuerpo del de él.

Cuando ya estaban a una distancia considerable de la casa, Sebastian redujo la velocidad del caballo y el galope se convirtió en un suave trote pausado. Seguían sin hablar, y la comodidad que sentía en los silencios entre ambos la inquietó. Se suponía que no tenía que sentirse cómoda, ni segura a su lado: era el enemigo a batir.

—¿Por qué intentaba huir? —preguntó Sebastian, rompiendo el silencio.

Alexandra dudó antes de responder. Había algo en la oscuridad de la noche, en la intimidad del momento, que la hacía sentir más abierta, más dispuesta a hablar de lo que la perturbaba.

—No huía… —afirmó, pero luego corrigió—. Tal vez sí que lo hacía. Solo… necesitaba

un poco de espacio para pensar.

—¿Y Lord Kensington es la razón por la que necesitaba ese espacio? —inquirió Sebastian, con un tono que no dejaba claro si estaba celoso o tan solo curioso.

Alexandra giró la cabeza para responderle de frente, algo de lo que se arrepintió al instante; la intensidad de su mirada fue demasiado par ella que se vio obligada a hacer algo que no solía hacer nunca; bajar la suya.

—Mi padre lo considera un buen partido, y él parece más que dispuesto a aceptar los planes de mi padre —confesó.

Sebastian no respondió de inmediato. Parecía estar considerando sus palabras con cuidado antes de hablar.

—Y usted, lady Alexandra, ¿qué es lo que desea?

La pregunta la tomó por sorpresa. No estaba acostumbrada a que alguien le preguntara lo que ella quería. La mayoría de las veces, sus deseos estaban subordinados a las expectativas de su familia o a las normas de la sociedad. Pero Sebastian parecía interesado en lo que ella pensaba, en lo que ella deseaba.

—No…, no lo sé —admitió, sintiendo que esa era la respuesta más honesta que podía dar en ese momento.

Él asintió, como si entendiera su confusión. Detuvo al animal y se bajó de la montura, sin pedir permiso, la tomó a ella por la cintura y la ayudó a descender. Sebastian sintió la agonía de ese gesto, el tener su cuerpo cálido rozando el suyo, el tener su boca tan cerca como para besarla, pero incapaz de romper, todavía, la barrera que los separaba.

Esa mujer a la que tildaban de soberbia, era mucho más que orgullo. Era inteligente, tenaz, divertida, con un sentido del humor único y un amor por sus hermanas que pocas veces había visto.

Por eso llamaba tanto su atención, por eso quería conocerla de verdad, porque sentía que nadie más podía ver todo eso bajo el disfraz que usaba. Y, además, era la mujer más hermosa que habían visto nunca. Una mujer que sin pretenderlo le hacía vacilar, sentirse de nuevo esa inseguridad de la adolescencia y esa necesidad de tenerla a su lado. Tenía… algo que impedía que apartara la mirada de ella.

Sus ojos regresaron a los de ella. La capucha de la capa se había despendido por la brusquedad del movimiento y sus enormes ojos azul índigo lo miraban asombrados. Fue cuando se dio cuenta de que si no la dejaba en el suelo iba a besarla. Y todavía no era el momento adecuado.

—Entonces, lady Alexandra —susurró dejándola sobre la húmeda tierra—, debería tomar este tiempo para descubrirlo —sugirió a la vez que le ofrecía su brazo—. Y disfrutar de la noche, del paseo.

Alexandra tomó su brazo, agradecida por el alivio temporal que le ofrecía su compañía. Juntos caminaron por el claro, alejándose aún más de la mansión y de las complicaciones que los esperaban allí.

—¿Milord…? —empezó, dudando por un instante antes de continuar—. ¿Por qué hace esto? ¿Por qué le interesa lo que quiero? —indagó, curiosa.

Sebastian detuvo el paso y la miró, sus ojos reflejaban la luz de la luna.

—¿Por qué cree usted? —interrogó a su vez.

Alexandra guardó silencio unos segundos para poner en orden las palabras que quería expresar.

—No lo tengo claro, milord, por eso le pregunto. No parece un hombre que busque posición, ya la tiene, y estoy segura de que riqueza no le falta. Por eso me pregunto por qué parece interesado en mí —se sinceró.

Y ahí estaba, esa vulnerabilidad que ocultaba bajo las pesadas capas de arrogancia con las que se había ido cubriendo cada año que pasaba.

—¿Tan extraño le resulta que un hombre se interese en usted? —volvió a preguntar.

—Si es porque busca posición, o riqueza, no. Pero sí me resulta extraño si no tengo claro que sea por uno de esos motivos.

—Quizás, lady Alexandra, me interesa porque me parece que detrás de esa fachada orgullosa e inalcanzable, hay una mujer que merece ser vista y escuchada por lo que es —respondió en voz baja pero firme.

Alexandra sintió cómo sus palabras la afectaban más de lo que habría querido reconocer. Había algo en la manera en que la miraba, en la sinceridad de su tono, que hacía que sus defensas se tambalearan.

—Nadie me había dicho eso antes —murmuró, casi sin darse cuenta de que hablaba en voz alta.

—Creo que ya era hora de que alguien lo hiciera —respondió Sebastian, tomando su mano y llevándola hacia el borde del claro, donde el cielo se extendía en un manto estrellado—. Y he de confesar que me alegra haber sido el primero.

Se quedaron allí, en silencio, contemplando las estrellas que brillaban con intensidad en la noche clara. Alexandra no podía recordar la última vez que se había sentido tan en paz, tan conectada con alguien que no fuera alguna de sus hermanas. La sensación de libertad que había buscado al huir de la casa se había transformado en algo más profundo, algo que no había esperado encontrar.

—Debemos regresar antes de que noten mi ausencia —afirmó, aunque en realidad no quería que ese momento terminara.

—Tiene razón —respondió Sebastian, aunque no hizo ningún movimiento para irse.

Pasaron unos minutos más en silencio, antes de que decidieran regresar. Sebastian ayudó a Alexandra a subir de nuevo al caballo, esta vez tras él, y emprendieron el camino de vuelta a la mansión. El galope fue más lento, más controlado, como si ambos quisieran prolongar el momento un poco más.

Cuando llegaron a la mansión, se aseguraron de entrar por la puerta trasera, evitando ser vistos por los invitados o el personal de servicio. Sebastian la dejó cerca de la entrada de la casa, pero antes de que se fuera, Alexandra lo llamó.

—¿Cómo es posible, milord, que me haya reconocido con tanta facilidad? —preguntó intentando ocultar la curiosidad que sentía.

Sebastian se acercó un paso más a ella, rozó su mano y se inclinó más cerca de su oído, haciendo que su voz resonara en la noche.

—Porque, milady, me resultaría imposible confundirla con nadie más —susurró, dejando claro que, para él, Alexandra destacaba entre todas las demás de una manera que no podía explicar con palabras.

Aunque hubiera querido, no habría podido decir nada. Estaba sin palabras y su respiración de nuevo se sentía agitada.

—Recuerde lo que hablamos, lady Alexandra. No deje que las expectativas de los demás definan quién es o lo que desea.

Ella asintió, sintiendo que sus palabras resonaban en su interior.

—Lo recordaré —prometió sin dejar de mirarlo mientras desaparecía de su vista—. Ahora, más que nunca, lord Blackwood, voy a tener que mantenerme alejada de usted —susurró a la noche vacía.

Una vez en su habitación, en la que para su sorpresa no estaba su hermana, sus pensamientos volvieron al paseo con Sebastian. No podía negar lo que había sentido, la conexión que había surgido entre ellos, ni las palabras que él le había dicho. Sin embargo, la realidad de la situación no tardó en regresar, recordándole que su vida no era tan simple como un paseo bajo las estrellas.

Y eso la hizo sonreír porque había descubierto esa noche, que un paseo bajo las estrellas podía ser de todo menos simple.

Y una nueva determinación empezó a crecer en su interior. Tal vez, solo tal vez, era hora de empezar a considerar lo que de verdad quería, y no solo lo que los demás esperaban de ella.

Capítulo 7 Confidencias matutinas

El sol había salido hacía rato cuando Alexandra bajó al comedor familiar que, como de costumbre, estaba a rebosar de vida. La mesa, cubierta de frutas frescas, panecillos recién horneados, mermeladas caseras y tazas de té humeante, ofrecía una imagen de tranquilidad engañosa, ya que, en el ambiente, flotaba esa familiar tensión que solo las hermanas Ashford podían detectar, un juego constante de palabras que escondía mucho más de lo que revelaba.

Sus hermanas ya estaban acomodadas, y Lady Ashford se encontraba en su lugar habitual, la cabecera de la mesa, con una taza de té en la mano y la vista puesta en las cartas que la doncella acababa de entregarle.

Alexandra se sentó en su lugar habitual y alzó la vista justo cuando Clementine habló.

—Qué honor que por fin te dignes a unirte a nosotras, Alex —bromeó desde su lugar en la mesa, alzando una ceja mientras tomaba un scone de la bandeja—. Pensé que seguirías durmiendo hasta la próxima temporada de bailes.

—Déjala, Clem —intervino Scarlett con una sonrisa traviesa—. Es que nuestra querida Alexandra se sigue recuperando de… bueno, ya sabes. Toda la atención que acaparó en el baile de hace dos noches puede ser agotadora.

—Lo dice la pobrecita a la que nadie miró… —intervino Ivy, resoplando.

—Algunos invitados parecían más interesados en nuestros pecados que en nuestras virtudes —cambió de tema Scarlett.

—Siendo tantas como somos, los jóvenes no sabían hacia dónde mirar —agregó Ivy, riendo entre dientes—. Vi a varios tropezar con sus propias palabras al intentar mantener conversaciones coherentes.

—Por no mencionar los pies —añadió Clementine con una sonrisa traviesa—. Uno de ellos pisó el dobladillo de mi vestido intentando no tropezar consigo mismo.

—A algunos les vendría bien aprender a bailar antes de asistir a estos eventos —intervino Ophelia, con su tono siempre calmado, pero con una chispa de ironía en los ojos.

Serena, con su habitual pereza, tomó un sorbo de su té antes de hablar, como si cada palabra requiriera un esfuerzo titánico.

—No todos tienen esa gracia natural que tanto valoramos, Ophelia. Aunque, debo decir que algunos hicieron un esfuerzo loable… por no desmayarse ante nosotras.

El comentario provocó risas entre las hermanas, pero Lady Ashford, siempre consciente

del propósito de esos eventos, decidió dirigir la conversación hacia un tema más sustancial.

—Es natural que algunos caballeros se sientan intimidados por vosotras —dijo con un leve gesto de aprobación—. Sin embargo, no olvidemos que este es el primer baile de la temporada, y cada uno de ellos es una oportunidad para conocer mejor a quienes podrían convertirse en vuestros futuros esposos.

Alexandra sintió que el tema se dirigía hacia una dirección peligrosa. No estaba lista para una conversación sobre matrimonios. Sobre todo, después de la noche que había pasado. Scarlett, siempre atenta, notó la tensión en su hermana y decidió intervenir.

—Madre, hemos recibido a un buen número de pretendientes —comentó Scarlett con tono casual—. Quizás deberíamos evaluar quiénes nos impresionaron más. Podría ser divertido.

—¿Y cuál sería tu elección, Scarlett? —preguntó Ivy con curiosidad.

—Bueno, si tengo que elegir basándome tan solo en la conversación… —empezó Scarlett, mirando a sus hermanas con picardía—. Diría que Lord Kensington es… —hizo una pausa teatral—, extremadamente… educado.

Las risas resonaron en la mesa. Incluso Alexandra esbozó una sonrisa, apreciando la sutil burla de su hermana.

—¿Educado? —repitió Clementine, conteniendo la risa—. Parece un eufemismo para decir aburrido, Scarlett.

—Quizás sea demasiado correcto para nuestro gusto —intervino Ophelia con una sonrisa indulgente—. Pero no se puede negar que es un caballero respetable.

—Respetable sí, pero con falta de… chispa, ¿no creéis? —preguntó Ivy, alzando una ceja con una mirada inquisitiva hacia Alexandra.

—Tal vez no supo cómo destacar entre tanta competencia —agregó Serena, levantando su taza de té—. No todos pueden soportar la presión de estar rodeados de siete hermanas pecadoras —puntualizó con ironía.

—¡Dios nos asista! ¿No tenemos suficiente con que las malas lenguas digan que sois los siete pecados? Ay, mi abanico —resopló su madre disgustada.

—Ser predecible tiene su valor, Alexandra —dijo Serena con suavidad—. En una vida donde tantas cosas pueden ser inciertas, un esposo estable y previsible no es algo a desestimar.

—¿Qué te pasaba anoche, Alex? No parecías tú —afirmó Rowena con ese tono rotundo que no daba lugar a discusión alguna.

—De hecho —dijo Lady Ashford, sin levantar la vista de su té—, todos notaron que estuviste algo… diferente durante la cena de ayer, Alexandra. No parecías tú misma. Varias personas me lo comentaron.

Alexandra miró a su hermana gemela con complicidad, ambas compartiendo una mirada cargada de significado. Solo ellas sabían que no había sido Alexandra la que asistió a la cena la

noche anterior, sino Scarlett, suplantándola para que ella pudiera escaparse por un rato. Se removió en su asiento, inquieta, sintiendo las miradas de todas sus hermanas sobre ella. Volvió la vista a Scarlett, intercambiado una de esas miradas que decían tanto sin pronunciar palabra. Ahora estaba arrepentida por no haber preguntado antes qué sucedió en la cena.

—¿Diferente? —dijo Alexandra, esforzándose por sonar indiferente—. No tengo ni la menor idea de por qué lo dice, madre.

—Pues nosotras sí —intervino Ivy con una sonrisa astuta—. ¿Te he dicho que tus comentarios a Lord Kensington anoche fueron, cómo decirlo, muy poco… diplomáticos? Por lo general eres tan comedida… —la acusó.

Clementine soltó una carcajada, mientras Scarlett fingía un aire inocente y desviaba la mirada hacia otro lugar.

—¿Ah, sí? ¿Alexandra estuvo poco diplomática? —dijo Scarlett, incapaz de evitar la sonrisa mientras jugaba con un pedazo de pan—. ¿Qué sucedió? Siempre me pierdo las mejores ocasiones —se quejó.

—De todas formas, ¿por qué ser diplomática con Lord Kensington? Es un hombre tan aburrido que haría bostezar a una piedra…

—Pero a padre le gusta como marido para Alex —afirmó Ophelia.

—A padre le gustará cualquiera dispuesto a llevarnos al altar… —suspiró Serena.

—Haría buena pareja contigo, Serena, sois los dos igual de aburridos —la picó Rowena.

—Prefiero ser aburrida que pasar todo el día discutiendo y gritando por todo. Debías hacer nacido chico —se defendió Serena.

—¿Y con quién haría buena pareja nuestra orgullosa Alex? —lanzó la pregunta al aire Scarlett con una inocencia que no tenía.

—Parece que tu jaqueca ha mejorado, hija —puntualizó lady Ashford.

—Por suerte madre, anoche no podía ni abrir los ojos… —se quejó—. Así que apiadaros de mí y ponedme al día de todo, absolutamente todo, lo que sucedió anoche.

Alexandra lanzó una mirada a Scarlett, advirtiéndole que no siguiera por ese camino, pero Scarlett solo alzó las cejas, disfrutando del juego.

—La cierto es —continuó Clementine—, que todos notamos que fuiste algo más… distante con Lord Kensington. Incluso te diría que pobre lord William parecía un poco…, ¿desconcertado? Por lo general sueles ser bastante amable con él.

Alexandra se tensó, sabiendo que había perdido el control sobre la conversación. No era ella quien había estado en esa cena, y ahora se encontraba frente a comentarios que no comprendía del todo.

—Era evidente que lord William estaba desconcertado —dijo Ivy con fingida preocupación—. Aunque no todo el mundo puede estar a la altura de nuestra Alexandra,

¿verdad?

Lady Ashford alzó la vista de su té, observando a sus hijas con atención.

—Lord William no es hombre para ella —insistió Rowena.

—Pues espero que estés preparada, Alexandra, porque lord William Kensington parece más que dispuesto a continuar su cortejo —comentó Lady Ashford, inclinándose hacia Alexandra con una sonrisa—. Y Alexandra, hija, si lord William no te interesa, debes decírselo a tu padre lo antes posible… o elegirá por ti. Y la riqueza de Kensington y su estatus son una gran tentación para tu padre —la advirtió.

—No voy a casarme, madre, si no se casan todas mis hermanas también. Ya lo sabe —anunció con firmeza.

—O, querida, yo lo sé, pero tu padre no lo acepta. Solo te digo que el compromiso, de todas y cada una de vosotras, llegará tarde o temprano, por lo que elegid bien.

—Madre, lo que pasa es que no está segura de si prefiere a Lord Kensington o a alguien más —comentó Ophelia, tomando un sorbo de té, pero con la mirada fija en Alexandra, disfrutando del pequeño tormento.

—Sí, alguien más —repitió Clementine con tono sugerente—. Quizá… ¿Lord Blackwood?

Alexandra iba a protestar, pero su gemela tomó la delantera.

—¿Qué le parece lord Blackwood para Alexandra, madre? —peguntó Scarlett que sintió como la mirada de su hermana la taladraba.

Alexandra suspiró y dejó su taza en el plato con un leve «clink», notando cómo todas las miradas se centraban en ella.

—No creo que sea necesario hablar de lord Blackwood ahora —murmuró, intentando mantener la calma, aunque el nombre de aquel hombre la hacía estremecerse sin quererlo.

—Oh, vamos, Alex, ¿de verdad no quieres compararlos? —insistió Ivy con una sonrisa que solo podía describirse como pícara—. Lord Kensington es educado, amable, dedicado… todo lo que cualquier dama debería desear. Pero luego está Blackwood, que es… bueno, una tormenta —dijo, y todas las hermanas estallaron en risitas.

—Una tormenta que Alexandra parece disfrutar más de lo que admite —añadió Ophelia con una sonrisa satisfecha.

Lady Ashford dejó su taza con un suave suspiro, pero no intervino, permitiendo que la conversación siguiera su curso.

—Si tuviera que elegir entre los dos —continuó Clementine, divirtiéndose con la situación—, diría que lord Blackwood tiene… algo más interesante, ¿no creéis? Tal vez sea su mirada penetrante o la forma en que parece que siempre sabe más de lo que deja ver.

—No es solo la mirada —interrumpió Ivy—. Es la manera en que no se molesta en seguir

las reglas, como si el mundo fuera suyo y todos estuviéramos aquí solo para entretenerle.

—Exacto, pero lord Kensington es todo lo contrario —comentó Ophelia, inclinándose hacia Alexandra—. Él seguiría las reglas y las normas. Sería el esposo perfecto, dedicado y devoto.

—Creo que lord Blackwood sería un semental, y lord Kensington un caballo de paseo —afirmó Rowena dando un sorbo a su té.

—¿Caballos? ¿Los has comparado con caballos, hermana? —interrogó Serena.

—¿Con qué los compararías tú?

—Creo que uno es un apacible lago y el otro un mar embravecido —contestó.

—Yo lo tengo claro, elegiría al que tenga más riqueza —simplificó Ophelia.

—Querida, nunca es bastante para ti. Como no «caces» un rey… —afirmó con ironía Clementine.

—Yo no tengo bastantes joyas y para ti nunca hay suficiente comida —se defendió.

—¿Y tú, Alex? —preguntó Scarlett, ignorando los susurros del resto—. Si tuvieras que elegir ahora mismo, ¿a quién escogerías? ¿Al apacible lago o al mar embravecido?

Alexandra se dio cuenta de que todas habían dejado sus pequeñas discusiones para escuchar su respuesta. Sentía la presión de las expectativas de su madre, de las bromas de sus hermanas, y la confusión de sus propios sentimientos. Aún recordaba las palabras de Blackwood bajo las estrellas y el paseo que compartieron, pero también sabía que Lord Kensington representaba la estabilidad que se esperaba de ella.

—Teniendo en cuenta, queridas hermanas, que decidimos no casarnos si las siete nos estábamos comprometidas —señaló ya que parecía que todas se habían olvidado de su pacto—, debo reconocer que ambos tienen cualidades… dispares entre sí. Pero una elección de este tipo no debería tomarse a la ligera, ¿verdad, madre? —inquirió buscando su aprobación.

Lady Ashford asintió, satisfecha con la respuesta.

—Es cierto, Alexandra. Es una importante decisión, aunque estoy segura de que comprendes mejor que nadie la importancia de elegir bien. Tienes tiempo aún, pero no tanto como para dudar para siempre —aclaró su madre, mirándolas a todas una por una—. Es cierto que en posición lord Kensington puede que esté por encima de lord Blackwood, pero, por los rumores que me han llegado, y me consta que son ciertos, en riqueza la de lord Blackwood es comparable a la del rey —susurró.

—¿A la del rey? —se interesó Ophelia.

—No pierdas tu tiempo en él, no le quitó la mirada a Alexandra en toda la noche. Ni un segundooo —canturreó Rowena.

—Sería una buena elección, Alexandra —señaló su madre—. Creo que lord Blackwood estaría a la altura —sentenció.

Alexandra bajó la cabeza y esbozó una sonrisa que no llegó a su mirada. Tenía claro que el tiempo se les agotaría y que su juego para evitar las bodas no era más que eso; un simple juego. Para su desgracia, su padre mandaba por encima de ellas. Y él se había decidido a desposarlas. Ahora todo era cuestión de alargar la derrota todo lo que pudieran.

Mientras las bromas de sus hermanas continuaban, ella permaneció en silencio, absorta en sus pensamientos. La comparación entre William y Blackwood no era tan simple, y cuanto más pensaba en ello, más se daba cuenta de que su corazón ya había comenzado a inclinarse hacia un lado. El problema era que no estaba segura de si debía seguirlo o no.

Capítulo 8 Cena de bravuconerías

Alexandra se dio cuenta de que la tarde se había esfumado con rapidez cuando las llamaron para la cena. Se dio unos últimos retoques en las mejillas y cuando consideró que estaba lista dejó escapar toda la tensión que había acumulado en su pecho, mirando a su hermana Scarlett tan despreocupada como siempre.

—¿Qué te preocupa, Alex?

—Nada, no es nada, es solo que…

—Lo sé, todo el asunto de nuestras bodas te tiene preocupada, pero quiero que seas consciente de algo, Alexandra —dijo abrazándola—. Todas sabemos que tarde o temprano nos desposaremos, es solo que este juego de resistirnos es tan divertido que vamos a alargarlo todo cuanto podamos.

—A veces siento que todo es tan injusto…

—Deberías haber aceptado hace mucho tiempo que no somos nada sin un buen matrimonio. Ni siquiera podremos heredar cuando padre no esté…

—Pero no entiendo por qué debería aceptarlo, si algo no está bien, si algo no es justo, ¿no deberíamos tratar de cambiarlo?

—Me temo que no si perteneces a la nobleza londinense —canturreó—. Ahora vamos. Si tardamos mucho, madre necesitará sus sales y volverá a hablarnos de sus nervios.

—Tienes razón, bajemos antes de que sus nervios hagan su aparición —bromearon caminando hacia la escalera.

Justo cuando llegaron al inicio de la escalinata, las luces del comedor principal se encendieron, iluminando la lujosa sala con candelabros dorados y velas altas, y una mesa impecablemente decorada. Lord Ashford, al centro de la mesa, observaba con un aire satisfecho a los pocos invitados que habían sido seleccionados para una cena más íntima. Prefería este tipo de eventos pequeños, donde podían observar con mayor detenimiento a los pretendientes y analizar sus personalidades sin el ruido y el caos de los grandes bailes.

Scarlett carraspeó cuando comenzaron a bajar, y acto seguido Lord Kensington se levantó para ir a recibir a las damas. Blackwood no dejó de observar a Alexandra, esa mujer que tanto le fascinaba.

Cuando estaba a punto de llegar, se acercó para escoltarla. Lord Kensington ya esperaba con esa sonrisa bobalicona que siempre ponía cuando la veía, pero Scarlett fue más rápida y tomó la mano de Kensington, dejándolo sin palabras. Como buen caballero inglés, la escoltó

disimulando que la jugada de la gemela de la mujer que pretendía no le había molestado.

Alexandra sintió su estómago inquieto, así era estar en presencia de lord Blackwood; un mar revuelto. Lo cierto era que sus hermanas lo habían descrito bastante bien, era comparable a cualquier evento peligroso de la naturaleza, ya fuera un mar embravecido, una tormenta de nieve o un semental.

—Lady Alexandra —susurró cuando ella posó su mano sobre el brazo de él—, permítame decirle que está preciosa esta noche.

—¿Acaso no lo estoy siempre, lord Blackwood? Tal vez tenga que sentirme ofendida…

—O dedicar más tiempo a arreglarse —terminó la frase por ella, acompañando las palabras con una de sus sonrisas de medio lado que tanto la desconcertaban.

—También existe una tercera opción, lord Blackwood —continuó la conversación mientras se dirigían a la mesa que, esa noche, parecía estar a millas de distancia.

—Ilústreme, lady Alexandra.

—Escoltar a alguna de mis hermanas, por supuesto —afirmó con una media sonrisa que dejaba claro que su comentario no le había gustado.

—Creo que hice mi elección hace ya algunas noches, milady, y no soy hombre que cambie de opinión con facilidad —reveló y ese comentario hizo que su corazón latiera un poco más aprisa.

—Y…, ¿está seguro de que no se equivocó? Le recuerdo que el parecido con alguna de mis hermanas es más que notable y que las confusiones, sobre todo con alguna copa de vino de más, son algo natural y, por supuesto, aceptables.

Blackwood sonrió de nuevo, no quería que la distancia terminara nunca, podía caminar y escoltar a esa mujer durante días y no se cansaría. Tenía algo… refrescante. Quizás era esa soberbia que tanta fama le había dado, o que no parecía decir nunca lo que pensaba, o tal vez sus respuestas ágiles y cortantes… No estaba seguro, pero quería averiguarlo y no cejaría en su empeño.

—Creía, milady, que la otra noche había dejado claro que no podría confundirla con nadie más.

Alexandra se detuvo un segundo, llevó su mano al estómago, y se recompuso lo más rápido posible. No quería que nadie en el salón notara que algo la incomodaba.

—Lady Alexandra —dijo en voz alta retirando la silla para ella.

Alexandra asintió, tomó asiento y Blackwood fue a ocupar el suyo, justo frente a ella. Los caballeros la saludaron con una leve inclinación de cabeza, había dos o tres más, además de William y Sebastian, sentados todos frente a las hermanas que, con elegancia y cierto aire de picardía, intercambiaban miradas y comentarios entre ellas.

Alexandra, en su lugar, observaba en silencio. Podía sentir la expectación en el aire, y

aunque trataba de mantener una postura neutral, cada comentario que oía sobre el comportamiento o las habilidades de los pretendientes le provocaba una sonrisa interior. Era una noche para estudiar más de cerca a aquellos hombres que, de una manera u otra, buscaban conquistar a alguna de las hermanas.

—Entonces, Lord Kensington —comenzó Ophelia, con su habitual tono suave y esa chispa de ironía en los ojos—, ¿es cierto lo que he escuchado? ¿Que habéis ganado varios torneos ecuestres en Londres?

Kensington, encantado por la pregunta, sonrió con ese aire de falsa modestia que se había vuelto su marca personal.

—Me halaga, Lady Ophelia, pero es cierto. He participado en algunas competiciones. Nada fuera de lo común, aunque debo decir que disfruto bastante de la equitación.

—¿Solo disfrutáis de ella, milord? —intervino Scarlett, con una sonrisa afilada—. ¿O quizás preferís las victorias?

Kensington se irguió un poco, consciente de que la atención de la mesa se había centrado en él. Alexandra pensó en él como si fuera un pavo real y, aún así, no era el tipo de hombre que ella deseaba en su vida.

—Bueno, no soy quien para presumir, pero he tenido algunos éxitos en los últimos años —respondió, tratando de mantener su humildad, aunque orgulloso de sus logros.

Antes de que alguna de las hermanas pudiera añadir algo más, Lord Ashford aprovechó la oportunidad para saltar a la conversación.

—¿Éxitos, cierto? —repitió, con un brillo en los ojos que indicaba que tenía algo en mente—. Siempre he creído que la equitación es una prueba excelente del carácter de un hombre. Por supuesto, una cosa es ganar torneos y otra es enfrentarse a la naturaleza misma, ¿no les parece, caballeros?

Los ojos de Sebastian se alzaron con interés ante el comentario de Lord Ashford. Aunque no había dicho mucho durante la cena, estaba observando todo con ese carisma que lo hacía destacar, aun cuando permanecía en silencio.

—Tiene toda la razón, padre —comentó Ivy, sin dejar pasar la oportunidad de añadir un poco de sal a la conversación—. No es lo mismo cabalgar en un campo preparado que afrontar algo impredecible, como… una tormenta, por ejemplo —puntualizó.

La referencia no pasó desapercibida para Alexandra, que apenas logró disimular una sonrisa al recordar las bromas de aquella mañana. Lord Kensington, por su parte, pareció no captar del todo la insinuación.

—Sin duda, cabalgar en campo abierto tiene su propia serie de desafíos —respondió Kensington, sin mucha convicción—. Aunque lo veo como algo de… salvajes. No somos escoceses —bromeó, aunque nadie, salvo otro de los caballeros, rio por su comentario.

—No es cuestión de ser un salvaje, lord Kensington, es tan solo que la naturaleza no se deja domar con la misma… facilidad que una pista de carreras —afirmó.

—No veo la necesidad de domar algo que otros harán por uno, siempre y cuando se disponga de los recursos y riqueza necesaria.

—¿Insinúa, lord Kensington, que todo puede conseguirse con dinero? —interrogó Scarlett.

—No lo insinúo, lady Scarlett, lo afirmo con rotundidad.

—¿Y dónde está el valor de que otros lo hagan por usted, lord Kensington? Creo que es precisamente en la incertidumbre, en los desafíos, dónde un hombre muestra su verdadero carácter.

—¿Acaso está diciendo, lord Blackwood, que no tengo carácter?

—Por supuesto que no, lord Kensington, tan solo expreso mi opinión.

La tensión aumentó con esas palabras, y aunque Lord Blackwood no alzó la voz, su presencia dominaba la mesa. Alexandra sintió el cambio en el ambiente. Sebastian no había dicho nada que pudiera considerarse una burla directa, pero todos comprendieron el desafío implícito.

—Disfruto más de la equitación que de cualquier otro deporte, eso no significa que, llegado el caso, pudiera participar en cualquier otra actividad menos… refinada —dijo con una media sonrisa que distaba mucho de ser sincera.

Lord Ashford, que había observado con interés la pequeña interacción, sonrió.

—Me gusta cuando hay opiniones diferentes, ¿por qué no lo ponemos a prueba? —interrogó, su voz resonando en la mesa—. Organizaré una cacería. Veremos cómo se desenvuelven fuera de los salones de baile.

—Me parece una gran idea —afirmó Kensington dando un sorbo a su copa, aunque Alexandra sabía que no estaba contento, se conocían desde hacía años y podía leer en él con una facilidad pasmosa.

—Estaré esperando, con ansias, ver sus habilidades, lord Kensington, en un entorno menos… controlado.

El silencio en la mesa fue palpable por un momento, antes de que lady Ashford rompiera la tensión con una carcajada inocente.

—Parece que tendremos un espectáculo interesante —comentó Ivy, mirando de reojo a Alexandra, cuya mente ya comenzaba a imaginarse la jornada del día siguiente.

—¿Debería encargar algo de picoteo en cocina? —preguntó Clementine con los ojos brillantes ante la expectativa de disfrutar un buen espectáculo acompañado de algo delicioso.

—O, quizás, padre, podríamos hacerlo más interesante —añadió Rowena.

—¿De qué manera, Row? —se interesó su padre.

—Como…, ¡ya lo tengo! ¿Qué tal un premio para el vencedor?

—¿Un trofeo? —preguntó Serena.

—El ganador tendrá la opción de bailar con la que desee en el siguiente baile, sin esperar turno —añadió Ophelia con los ojos brillantes.

La sugerencia arrancó aplausos y cuchicheos entre las hermanas y conformidad por parte de los caballeros, logrando que la tensión se disipara y todo volviera a ser más distendido.

—Si todos están de acuerdo… —dijo lord Ashford—, por mi parte me parece una recompensa justa —terminó con una sonrisa de satisfacción que dejaba claro que su plan había salido a pedir de boca.

Lady Ashford, que hasta el momento había permanecido en silencio, sonrió con satisfacción. Había algo en sus ojos que indicaba que aprobaba la decisión de su esposo. Después de todo, no había mejor manera de evaluar a los pretendientes que viendo cómo se comportaban bajo presión.

—Estoy segura de que mañana será un día… revelador —afirmó, mirando de manera significativa a Alexandra, quien solo pudo asentir.



Mientras los criados servían el siguiente plato, Alexandra notó que el ambiente alrededor de la mesa se tornaba más tenso, aunque a simple vista pareciera que todo seguía su curso normal. Las hermanas continuaban conversando, intercambiando risas y comentarios mordaces, pero las miradas entre los caballeros hablaban de otra cosa.

Lord Kensington tomó una copa de vino, y con una leve inclinación, dirigió la conversación hacia su éxito reciente en las carreras de Ascot.

—Sin duda, la competencia es dura en Londres, pero con el caballo adecuado y un poco de estrategia, todo se puede ganar —dijo, manteniendo su mirada fija en Alexandra, como esperando que ella lo elogiara por su destreza.

Blackwood permaneció en silencio por un momento, pero Alexandra notó cómo sus dedos jugaban con el borde de su copa, como si estuviera esperando el momento adecuado para intervenir.

—Es curioso, milord —dijo al fin, su tono tan suave que Alexandra casi tuvo que inclinarse para escuchar—, pero por mi propia experiencia puedo asegurar que no hay estrategia que pueda imponerse a un animal que no quiere ser dominado. La verdadera habilidad radica en

leer al caballo, no en imponerle una táctica.

Los ojos de Lord Kensington se estrecharon un poco, su sonrisa se tensó, pero mantuvo la compostura.

—Quizás sea así en vuestras tierras, lord Blackwood. Pero aquí en Londres, el control es una de las virtudes más valoradas, tanto en los caballos como en… otros aspectos de la vida.

Scarlett soltó una risa suave, disfrutando de la creciente tensión entre ambos hombres.

—¿Se está refiriendo a algo más que caballos, milord? —intervino Ophelia con su habitual tono inocente, pero Alexandra detectó la ironía escondida en sus palabras.

El comentario quedó suspendido en el aire, mientras los criados retiraban los platos y traían el siguiente. La mirada de Kensington cruzó la de Blackwood durante un segundo más largo de lo que debería.

Blackwood, que hasta ese momento había permanecido bastante controlado, se inclinó hacia delante, fijando su mirada en Alexandra, aunque respondía a Lord Kensington.

—Es cierto. Hay cosas que no se pueden controlar —dijo, mientras uno de sus dedos rozaba con sutileza el borde de la mesa y, casi por accidente, rozó la mano de Alexandra que descansaba sobre la misma.

Alexandra se tensó ante el contacto inesperado, pero decidió no apartarse. Su corazón palpitaba con fuerza, y notó que Kensington había visto aquel gesto accidental. La incomodidad de la situación se sentía en el aire, pero ambos caballeros siguieron como si nada.

Kensington, deseoso de recuperar el control de la conversación, tomó la copa de vino y miró a Alexandra.

—Milady, ¿y vos? ¿Qué opináis? ¿Preferís la estrategia o la espontaneidad cuando se trata de caballos… o de cualquier otro aspecto de la vida? —preguntó, intentando inclinar la balanza a su favor.

Alexandra sonrió, consciente de que todos los ojos estaban puestos en ella. Sus hermanas parecían divertidas con la situación.

—Supongo que depende del momento, lord Kensington —respondió con una sonrisa que no revelaba nada—. Hay momentos en los que una buena estrategia es lo más prudente… pero hay otros en los que la espontaneidad puede ofrecer sorpresas inesperadas.

Blackwood sonrió, mientras Kensington asentía, a pesar de no estar del todo satisfecho con su respuesta.

El postre llegó a la mesa en bandejas de plata relucientes, ofreciendo una variedad de frutas confitadas, tartas y dulces que hacían la boca agua. Los criados se movían con agilidad, sirviendo a cada invitado mientras la conversación se volvía más ligera, aunque Alexandra sabía que debajo de esas palabras triviales, la tensión seguía aumentando.

Lord Kensington, en un intento de mantener el control sobre la conversación, se inclinó

hacia adelante para alcanzar una copa de vino. Su mano, segura y acostumbrada al gesto, se extendió hacia la copa justo en el mismo momento en que Lord Blackwood hacía lo mismo desde el otro lado de la mesa.

El choque fue inevitable.

Las manos de ambos hombres se encontraron a mitad de camino, sus dedos rozándose en un contacto que de accidental tenía poco. Kensington se detuvo un segundo, su expresión cambió por un instante, mostrando una incomodidad que intentó disimular. La mano de Blackwood, sin embargo, permaneció firme, aunque su rostro mostraba una sonrisa apenas perceptible, como si el choque de manos hubiera sido un movimiento calculado.

Alexandra, que observaba la escena desde su lugar, notó el sutil intercambio de fuerzas. No fue un simple roce, sino una pequeña batalla de egos disfrazada de cortesía.

Blackwood, sin perder la compostura, fue el primero en ceder. Retiró la mano sin prisa, con una elegancia que dejó claro que no era por falta de carácter, sino más bien por todo lo contrario. Dejó que Kensington tomara la copa, pero no sin antes cruzar una mirada con Alexandra.

Kensington, tomó la copa como si hubiera obtenido una pequeña victoria. Llevó el cristal a sus labios y bebió con una sonrisa de suficiencia, como si su pequeño triunfo sobre la mesa le devolviera la confianza perdida momentos antes.

Alexandra reprimió una sonrisa, consciente de que Blackwood había cedido solo porque lo había querido. La batalla no había terminado; apenas comenzaba. La forma en que sus dedos se habían rozado, ese gesto mínimo, había revelado más sobre ambos hombres de lo que las palabras en toda la velada lo habían hecho. La actitud calculada de Blackwood, su forma de retirarse con gracia, lo hizo aún más intrigante a sus ojos. En cambio, la torpe necesidad de Kensington de imponer su autoridad a través de gestos triviales dejaba entrever un carácter menos flexible, más inseguro de lo que él mismo quería admitir.

El resto de la mesa parecía no haber notado el momento de tirantez. Las conversaciones seguían fluyendo, las risas de las hermanas resonaban en el aire, y el aroma del vino y las frutas inundaba el ambiente. Pero para Alexandra, aquel roce de manos había dicho mucho más que cualquier comentario galante o conversación banal durante la cena.

Blackwood, reclinado en su silla, llevó su propia copa a los labios, tomándose su tiempo. Su mirada, oscura y penetrante, seguía fija en Alexandra, como si la desafiara a negar lo que había ocurrido. No necesitaba las palabras para hacerle saber que el juego entre ellos continuaba. Y ella, sin darse cuenta, había comenzado a aceptarlo.

Mientras tanto, Kensington, ajeno a esa dinámica secreta, se permitía disfrutar de lo que él creía una batalla ganada. Pero Alexandra lo sabía. Y, por la sonrisa apenas perceptible en los labios de Blackwood, él también.



Después de la cena, las hermanas se retiraron a sus habitaciones, pero no sin antes intercambiar algunas bromas sobre la competición que se celebraría a la mañana siguiente.

—¿Qué opinas, Alex? —preguntó Ophelia, con una sonrisa divertida—. ¿Crees que Lord Kensington brillará como siempre, o tal vez alguien más tenga la oportunidad de demostrar su valía?

—Oh, estoy segura de que todos harán lo posible por impresionar —respondió Alexandra, aunque sabía en quién estaba pensando su hermana.

Ivy soltó una risita.

—Es cierto. Después de todo, no hay nada como una buena tormenta para demostrar de qué se está hecho…

Alexandra sonrió ante el comentario, pero no pudo evitar sentir un leve nerviosismo en su interior. La siguiente mañana no habría solo una cacería, sino una oportunidad para ver con claridad la diferencia entre los dos hombres. Y, aunque aún no quería admitirlo, esa idea la inquietaba más de lo que hubiera querido.

Capítulo 9 Una caza y dos pretendientes

El aire fresco de la mañana traía consigo el murmullo de las hojas y el suave crujir de las ramas bajo el peso de los caballos. La brisa agitaba las plumas de los sombreros y movía los mechones de cabello de las damas que, junto a los caballeros, se preparaban para la cacería organizada por lord Ashford. Los criados iban y venían, asegurándose de que las monturas estuvieran listas y las armas bien preparadas.

Alexandra observaba la escena desde la puerta de los establos. Aunque siempre había disfrutado de la equitación, aquel día algo la inquietaba. Su padre insistía en que esta cacería no solo era una tradición familiar, sino una oportunidad para que los pretendientes demostraran su valía. Para él, los hombres no solo debían ser ricos y respetables, también debían ser capaces de liderar, proteger y encarar el peligro sin vacilar. Era un espectáculo en todos los sentidos, donde la destreza y el poder de un hombre quedaban expuestos para que todos lo vieran.

Lady Ashford estaba observando desde la distancia, evaluando, con sus agudos ojos, cada interacción. Kensington ya se encontraba preparado, montado sobre un hermoso corcel marrón. Su postura era perfecta, como salida de un manual de equitación. Parecía todo lo que se esperaba de un hombre de su estatus: impecable y correcto.

Alexandra caminó hacia su yegua, una preciosa criatura de pelaje negro y ojos insondables, pero antes de montar, sintió una presencia a su lado. Sin necesidad de mirar, supo quién era: Sebastian Blackwood.

—¿Lady Alexandra? —su voz no fue más que un susurro, aunque resonó dentro de ella con una intensidad que cobraba fuerza a cada segundo, y a pesar de hacer una leve inclinación para saludarla, sus ojos no se apartaron de los de ella.

Alexandra no pudo evitar una leve sonrisa al notar el contraste. Kensington, con su postura recta y su aire nervioso, estaba montado ya como si esperara ansioso demostrar lo mejor de sí. En cambio, Blackwood, aún de pie junto a su caballo, la miraba con calma, como si la cacería fuera solo un pretexto para algo más, algo que él entendía mejor que todos los demás.

—Lord Blackwood —respondió, inclinando apenas la cabeza en un gesto de cortesía, mientras tomaba las riendas de su caballo.

Sebastian la observaba como quien estudia cada detalle de una obra maestra. No había prisa en sus movimientos, ni en su mirada. No buscaba impresionar a nadie. Era tan solo él.

—Lo cierto es, lord Blackwood que me sorprendió saber que disfruta de este tipo de

espectáculos —comentó, intentando mantener la conversación liviana.

—No siempre, pero en esta ocasión parece que hay algo más en juego que solo presas —respondió Sebastian, montando su caballo, un imponente corcel negro. Había un matiz en su voz que la hizo estremecerse, como si sus palabras ocultaran más de lo que decían.

Antes de que pudiera replicar, su padre dio la señal para que la cacería comenzara. El grupo de caballeros y damas se adentró en el bosque, con los perros de caza corriendo por delante. Alexandra sintió el galope firme de su caballo bajo ella, como una extensión de su propio cuerpo, fuerte y seguro. Kensington la seguía de cerca.

El camino se fue haciendo más denso, las ramas de los árboles se cerraban alrededor de ellos como brazos extendidos. El aire, que al principio era fresco y sutil, se volvió más espeso, cargado con la expectación de lo que estaba por venir. Alexandra avanzaba con confianza, disfrutando del poder que sentía al controlar su montura, pero pronto notó que Kensington estaba algo rezagado. Su caballo tropezaba con ramas bajas, y aunque intentaba mantenerse cerca, era evidente que no dominaba la situación con la misma facilidad.

De pronto, un sonido agudo rompió la calma. Un disparo, demasiado cerca. Alexandra sintió un cosquilleo en el brazo, como si algo la hubiera rozado, y entonces su caballo se encabritó, lanzando su cuerpo hacia adelante. El animal, asustado, se desbocó por el camino cubierto de hojas. Los árboles pasaron a su lado en un borrón verde y marrón, mientras luchaba por aferrarse a las riendas.

—¡Alexandra! —gritó Kensington, alarmado, pero incapaz de hacer nada. Su caballo retrocedió, asustado también por el ruido.

El miedo la invadió por un instante. Sabía que, si no lograba recuperar el control pronto, el caballo podría tropezar y entonces las consecuencias serían desastrosas. Sentía su corazón acelerado, el viento golpeando su rostro, el sonido de los cascos resonando en sus oídos…

Y entonces, a su lado, apareció Blackwood. Montaba con una habilidad que no dejaba lugar a dudas sobre su control absoluto. En un movimiento ágil, se colocó junto a ella, su cuerpo inclinado hacia adelante, con una mano extendida. Alexandra apenas tuvo tiempo de procesar lo que estaba sucediendo cuando él agarró las riendas de su caballo con una firmeza decidida.

Con un movimiento rápido y preciso, Blackwood la tomó por la cintura y la subió a su montura, justo delante de él. El dolor en su brazo comenzó a extenderse como una quemadura lenta, pero no fue suficiente para eclipsar la sensación del calor de Blackwood a su espalda que la dejó sin aliento.

Notaba su respiración, lenta y constante, mientras su propio corazón palpitaba con violencia en su pecho. Era una mezcla confusa de emociones: miedo, alivio y algo más. Algo que la hacía sentir extrañamente segura en sus brazos, como si, por primera vez, no tuviera que preocuparse por lo que sucediera a su alrededor.

El mundo pareció ralentizarse en ese momento. Los caballos se detuvieron, y el sonido de los cascos se desvaneció en la lejanía. Blackwood sujetaba las riendas con una mano, mientras la otra se mantenía firme en su cintura, asegurándose de que ella estaba a salvo.

—¿Está bien? —preguntó con la voz grave y serena, su aliento cálido acariciando su oído. Alexandra no dijo nada, no podía, la impresión tenía su voz atrapada con fuerza—. Puede llorar si así lo desea, lady Alexandra. Ha sido un buen sobresalto…

Sus palabras la hicieron reaccionar, fijó su mirada en la de Blackwood y se dio cuenta de que su mirada trataba de ocultar lo asustado que estaba.

—¿Nunca le han dicho que las princesas no lloran? —preguntó tratando de esbozar una sonrisa, pero antes de que él pudiera responder, un pinchazo de dolor le recorrió el brazo. Al mirar la zona, vio una pequeña mancha de sangre que comenzaba a esparcirse por la tela de su vestido. El disparo la había rozado, aunque no tenía claro cómo de grave era la herida.

—¿Qué sucede? —preguntó.

—Me… me duele el brazo —admitió, con voz temblorosa, a la vez que le mostraba la zona.

Sebastian divisó la herida y su mandíbula se tensó. No había pánico en su rostro, pero la preocupación era evidente en su mirada, al igual que un sentimiento muy parecido a la ira. Con suavidad, aflojó la presión de su mano sobre las riendas y llevó la otra a su brazo, evaluando la gravedad del corte.

—Voy a matarlo —susurró.

Alexandra trató de disimular que lo había escuchado y también que su comentario había provocado en ella muchos sentimientos que no estaba preparada para asimilar.

Kensington llegó al trote, su rostro desencajado por la preocupación. Sebastian pensó en lo que disfrutaría desencajándole la mandíbula de un puñetazo de manera permanente, pero se contuvo; la tenía entre sus brazos.

—¡Lady Alexandra! ¡Gracias al cielo que está bien! —exclamó, aunque su tono denotaba más nerviosismo que alivio—. ¡Intenté seguirla, pero… pero el maldito caballo se asustó con el disparo!

—¿Bien? —interrogó Blackwood, sin apartar la vista de la herida de Alexandra.

Esperó a que Kensington dijera algo, pero no dijo nada, a pesar de que los tres sabían lo que había sucedido. Kensington había sido imprudente al disparar tan cerca y aunque Sebastian no decía nada, la culpabilidad flotaba en el aire.

—¿Cómo ha sucedido? ¿Ha sido contra una rama? —indagó, disimulando que sabía lo que había pasado.

Alexandra iba a decir algo, pero Sebastian se adelantó.

—No hay de qué preocuparse, Lord Kensington —dijo Blackwood, con esa calma

imperturbable que lo caracterizaba—. La dama, conmigo, está a salvo —sentenció.

La mirada que intercambiaron los dos hombres fue breve, aunque cargada de significado. Kensington intentaba recomponerse, mientras Blackwood se mantenía imperturbable, como si la cacería no hubiera sido más que un paseo tranquilo por el campo—. Deberíamos regresar —dijo Blackwood, más para ella que para Kensington—. Necesita que vean esa herida.

Alexandra asintió, todavía en la montura de Blackwood. No podía negar que, a pesar del dolor, había algo reconfortante en la forma en que él la sostenía, en la firmeza de su brazo alrededor de su cintura. Y mientras Kensington los seguía de cerca, indignado por su propio fracaso, Alexandra no podía evitar comparar la seguridad y el control de Blackwood con la torpeza y la falta de destreza de Kensington.



A medida que avanzaban de regreso a la casa, el bosque a su alrededor parecía calmarse. Las hojas crujían bajo los cascos del caballo y el viento, que antes soplaba con furia, ahora era un suave murmullo. Alexandra no podía evitar pensar en lo cerca que había estado del desastre. La brisa acariciaba su rostro, despejando el sudor frío que perlaba su frente.

Su corazón aún palpitaba con fuerza, pero no estaba segura de si era por lo cerca que había estado del desastre o por la cercanía de Sebastian, que la sostenía con seguridad.

Cada paso de su montura la alejaba del peligro, pero también la acercaba a una verdad que no estaba lista para aceptar: en los momentos críticos, no era Kensington quien la hacía sentir a salvo.

—¿Le duele, milady? —preguntó como siempre manteniendo ese tono de voz suave y firme.

Lo cierto era que ella apenas notaba el dolor de la herida; tenerlo tan cerca interfería en el funcionamiento normal de su cerebro, al igual que era capaz de hacerle sentir que un corto trayecto podía ser eterno.

—Apenas, milord —susurró.

Y, aunque no podía verlo, sabía que su respuesta lo había tensado.

—Es curioso, ¿no lo cree, milady? —murmuró Blackwood mientras las ramas crujían bajo el avance de la montura—. A veces las verdaderas pruebas no se encuentran en los grandes desafíos, sino en cómo enfrentamos lo inesperado.

Alexandra se giró lo justo para, al levantar la vista, encontrar sus ojos. Eran oscuros

intensos, y creyó leer en ellos entre líneas.

—¿Eso es lo que cree que ha sido hoy, lord Blackwood? ¿Una prueba?

Él sonrió, mirando hacia el horizonte.

—La vida siempre lo es, lady Alexandra. Lo importante es quién se mantiene firme cuando todo se desmorona.

Ella sintió un nudo en la garganta, comprendiendo a qué se refería.

Cuando llegaron a la explanada donde Lord y Lady Ashford aguardaban con el resto de los invitados, el revuelo fue inmediato. Los criados comenzaron a moverse a toda velocidad al ver que algo no andaba bien. Lady Ashford fue la primera en dar un paso adelante, su rostro, por lo general sereno, mostraba una mezcla de preocupación y confusión.

—¡Alexandra! —exclamó, su tono subiendo una octava mientras corría hacia su hija—. ¿Qué ha sucedido?

—Madre, estoy bien —intentó decir Alexandra, pero su voz sonaba débil, lo que solo aumentó el caos a su alrededor. Antes de que pudiera decir más, su madre ya estaba a su lado, inspeccionando la pequeña mancha de sangre que se extendía por la tela de su vestido.

—¿Estás herida? ¡Oh, cielos! ¡Traigan vendas! ¡Traigan a un médico! —Lady Ashford no dejaba de dar órdenes mientras Alexandra intentaba tranquilizarla.

Kensington, que había llegado al trote justo detrás, intentaba disimular su frustración y su torpeza. Lord Ashford, observando la escena desde un poco más atrás, fruncía el ceño, molesto por el desarrollo de los acontecimientos.

—¿Cómo sucedió esto? —preguntó Lord Ashford, su tono grave mientras se acercaba a Blackwood, quien, aún en la montura, mantenía a Alexandra segura entre sus brazos.

—Un disparo se desvió, milord —respondió Blackwood, su voz profunda y controlada. Mantuvo su mirada fija en Lord Ashford, sin siquiera parpadear—. Logré alcanzarla antes de que cayera de su caballo.

El semblante de Lord Ashford se oscureció, pero antes de que pudiera decir algo más, Kensington interrumpió con torpeza.

—¡Fue un accidente! —exclamó, con el rostro rojo por la tensión—. El caballo se asustó y… y luego… todo sucedió tan rápido…

—Un hombre que no puede proteger no es un buen esposo —sentenció lord Ashford.

A William se le demudó el semblante y decidió mantener las distancias por el momento. Lady Ashford, que apenas prestaba atención a las explicaciones de Kensington, estaba más concentrada en su hija, que parecía pálida. Le acariciaba la pierna, murmurando palabras tranquilizadoras, aunque su propia preocupación era evidente.

—Debería bajarla, lord Blackwood —señaló Lord Ashford, su tono más suave ahora, consciente de que Alexandra necesitaba atención médica—. Déjala en manos de los criados, la

llevarán dentro.

Pero antes de que Sebastian pudiera responder, Alexandra negó con la cabeza.

—Estoy bien —afirmó, aunque su voz aún era temblorosa—. No es tan grave.

—Eso lo decidirá el médico —dijo Lady Ashford, tajante, mientras lanzaba una mirada fulminante a Kensington, que seguía retrocediendo incómodo y fuera de lugar.

Blackwood la bajó de la montura con suavidad, su mano aún firme en su cintura mientras la ayudaba a estabilizarse. El contacto fue breve, pero Alexandra sintió la pérdida del calor de su cuerpo tan pronto como él la soltó.

Los criados ya se acercaban con vendas y agua, listos para atender la herida. Mientras todo el mundo se movía a su alrededor, Kensington intentó acercarse una vez más.

—Alexandra, yo… lo siento mucho. No quise que esto sucediera…

Pero ella apenas lo miró, demasiado consciente de la presencia de Blackwood, que la observaba en silencio, sin decir una palabra. Había algo en su mirada que transmitía más seguridad que cualquier disculpa o explicación que Kensington pudiera ofrecer.

—Todo está bien, lord Kensington —respondió, intentando mantener la calma—. Fue un accidente, nada más.

—Vamos adentro —ordenó Lady Ashford, tomando a su hija del brazo, aunque fue Blackwood quien la ayudó a caminar hacia la mansión.

El alboroto a su alrededor continuó, sin embargo Alexandra apenas podía pensar en otra cosa que no fuera el peso de la mirada de Sebastian, que seguía observándola con esa fuerza que siempre lograba desarmarla.

Y, mientras cruzaban el umbral de la puerta, Kensington, que se quedó atrás, no pudo evitar sentir una creciente sensación de fracaso e impotencia. Sabía que había perdido una oportunidad decisiva y que, en ese momento, Alexandra estaba más lejos de él que nunca.

La cacería continuaba, sus hermanas ajenas a todo seguían disfrutando del evento, mientras que ella no podía quitarse de la cabeza lo sucedido. William había provocado todo y no había sido capaz salvarla. En cambio, Blackwood no había necesitado intentarlo; él simplemente había actuado.

Alexandra, agotada tanto física como emocionalmente, observaba desde su habitación cómo los invitados dejaban la casa tras la cacería que, por suerte, había terminado sin más accidentes.

Mientras miraba por la ventana, vio a Blackwood aún a caballo, solo, mirando hacia el horizonte.

Alexandra, aunque hubiera querido, no habría podido apartar los ojos de él.

Su silueta oscura destacaba contra la tenue luz del crepúsculo, observando en silencio, como si supiera más de lo que estaba dispuesto a revelar. Había algo en la quietud de Blackwood que le resultaba intrigante y hacía que su corazón latiera más rápido de lo que hubiera querido. Recordó lo que había sentido cuando él tomó las riendas, la firmeza en su toque, la seguridad en su mirada… Y las palabras de su padre resonaron dentro de su cabeza: «Un hombre que no puede proteger no es un buen esposo».

Y, Blackwood, había demostrado que podía protegerla, pero eso no era lo que más la atormentaba. Lo que la desconcertaba era el modo en que parecía hacerlo sin esfuerzo, sin imponer su voluntad sobre la suya. En un mundo donde tantos hombres intentaban controlarla, Blackwood le ofrecía algo más peligroso: la libertad de ser ella misma.

Capítulo 10 La segunda danza

El salón de baile estaba inundado de luz. Las grandes lámparas de araña, unidas a los candelabros de cristal, brillaban con destellos dorados, reflejando la majestuosidad de la noche. Era el segundo baile organizado por lord Ashford con el propósito de asegurar el destino de sus siete hijas. La velada había sido planificada con esmero: un evento selecto para un grupo reducido de la más alta sociedad londinense. Y, como era costumbre, la familia había prestado especial atención a cada detalle; desde la música, que fluía en el aire, hasta la disposición de las mesas llenas de exquisitas raciones.

Alexandra, al pie de la gran escalera que dominaba la entrada al salón, se sentía como si cada paso que daba fuese una declaración. Después de lo ocurrido en la cacería, la noche anterior, todos esperaban verla. La noticia de su pequeño accidente se había difundido con rapidez y sabía que cada mirada la escrutaba, buscando el más mínimo signo de debilidad o de indisposición.

Pero Alexandra, como siempre, sabía mantener la compostura. Con un vestido color púrpura real que acentuaba el brillo de sus ojos, y ocultaba con elegancia la venda disimulada bajo la seda de su manga, avanzaba con paso firme. Las conversaciones se apagaban a su alrededor, sustituidas por susurros que, aunque tenues, eran imposibles de ignorar. Las miradas, algunas de admiración, otras de envidia, seguían sus movimientos con atención.

Sabía que los postulantes la esperaban. Y, entre ellos, dos figuras destacaban al pie de la escalinata. William Kensington, el pretendiente que durante años había sido considerado el favorito por su familia, y Sebastian Blackwood, el hombre que había llegado como una tormenta: inesperado y arrebatador.

Cada uno representaba un futuro diferente. William Kensington, con su compostura impecable y su seguridad; el hombre que había sido aprobado por su familia desde siempre. Aunque, ¿no había demostrado en la cacería que no era capaz de actuar bajo presión? Sus dudas se acentuaban con cada paso que daba hacia ellos.

A su lado, un poco apartado, estaba lord Sebastian Blackwood. Sus ojos oscuros la observaban con una intensidad que parecía atravesarla, como si las capas de su ser fueran trasparentes para él. Era una mirada que ardía como el fuego y, sin embargo, se sentía como un gélido desafío. Alexandra se obligó a desviar la mirada, por dentro se sentía como si pudiera desnudarla, exponerla de una manera en la que nadie más podía.

Al llegar al pie de la escalera, ambos hombres dieron un paso adelante, como si la

gravedad de su presencia los empujara hacia ella. Alexandra se detuvo, su mirada oscilando entre los dos. El ambiente se cargó de una tensión palpable. Kensington, siempre seguro de su posición, alzó una mano hacia ella, su sonrisa era cortés, aunque tensa. Blackwood no se movió, pero sus ojos parecían hablarle en silencio, llamándola sin necesidad de un gesto.

—Lady Alexandra —saludó William—. Esta noche luce tan hermosa como siempre —la aduló.

—Lady Alexandra —susurró a su vez Blackwood—. ¿Cómo está su herida? —se interesó.

El salón entero pareció contener el aliento, a la espera de su decisión. Alexandra sintió el peso de cada mirada y dudó un segundo antes de girarse hacia Blackwood. Extendió su mano hacia él, y un murmullo de sorpresa recorrió la sala. Sebastian dio un paso adelante, tomando su mano con esa calma que tanto la desconcertaba.

Kensington se quedó donde estaba. Su expresión apenas cambió, tan solo una ligera sombra cruzó su rostro antes de recomponerse. Mantenía su porte impecable, aunque Alexandra podía ver la tensión en su mandíbula y la forma en que sus dedos se apretaban antes de relajarse le dejaba claro que lo había tomado como una humillación de su parte.

Blackwood, sin embargo, no mostró ninguna señal de triunfo. Tan solo inclinó la cabeza hacia ella, con esa misma calma imperturbable, como si todo hubiera transcurrido justamente como debía.

Sebastian la condujo a través del salón, su mano descansando sobre la suya con firmeza, pero sin apretarla demasiado. La seguridad que emanaba siempre parecía envolverlos, protegiéndolos del bullicio a su alrededor. Los murmullos y las miradas no importaban cuando estaban juntos. O al menos, eso había pensado Alexandra hasta que él habló.

—He de confesar, lady Alexandra —susurró solo para ella—, que su falta de orgullo ha herido el mío.

Alexandra parpadeó un segundo, sin palabras. No era la primera vez que Blackwood la pillaba desprevenida y era algo que no le gustaba, para nada.

—Disculpe mi torpeza, milord, por no saber a qué se refiere —afirmó alzando una ceja, luchando por mantenerse serena.

— A veces me hace dudar de que lady Soberbia esté a la altura de su nombre…

Sus palabras la golpearon como una corriente eléctrica. Alexandra sintió un intenso calor subir por su cuello, su orgullo lastimado como una herida abierta. Intentaba mantener la compostura, pero algo en el tono de Blackwood siempre la desarmaba.

—¿A la altura? ¿Sugiere, lord Blackwood, que he hecho algo para no merecer ese título?

—No es mi lugar juzgar, milady, aunque lo cierto es que, después de lo sucedido en la cacería, tenía la esperanza de que sus actos fueran más… decididos —reveló sin dejar de mirarla

con esa intensidad que parecía calculada, en la justa medida para hacer que su estómago se encogiera. Y, para rematar la jugada, esbozó una lenta y peligrosa sonrisa—. ¿O acaso la reciente elección de sus acompañantes tiene más que ver con perdonar ciertas… debilidades?

Sus palabras eran afiladas, pero su mirada lo era aún más, sosteniéndolo como si estuviera dispuesta a desmontar cada insinuación. El comentario fue directo, cargado de una malicia velada. Alexandra lo observó con detenimiento, pero se obligó a mantener la compostura.

—Lo que usted llama debilidad, lord Blackwood, otros lo llamarían compasión. Prefiero no ser tan… simplista en mis valoraciones —devolvió el golpe con una sonrisa suave pero letal.

Blackwood esbozó otra sonrisa, pero esta vez había algo más oscuro en ella. Sus ojos brillaban con una mezcla de diversión y desafío.

—Compasión, ¿dice? Es curioso. En mis encuentros con lady Soberbia, siempre pensé que sus elecciones eran calculadas, no guiadas por la compasión… A menos que, por supuesto, la duda que me ha mostrado hoy sea hacia usted misma, y no hacia él.

—La única duda que me asalta, lord Blackwood, es si de verdad cree que tomo decisiones solo para complacer a los hombres que me rodean.

—Oh, no, milady —respondió con esa sonrisa calculada que dejaba claro que siempre tenía la ventaja—. Estoy seguro de que no busca complacer a *todos* los hombres, *solo* a los que de verdad la intrigan —puntualizó.

—¿Y qué le hace pensar que usted está entre ellos, lord Blackwood? —El veneno en sus palabras era evidente, sin embargo, el control de sus emociones seguía intacto, o eso intentaba demostrar—. Reconozco, lord Blackwood que me agrada tener razón y con usted la tuve desde el principio.

—¿Razón? ¿En qué sentido, milady?

—En que lo más acertado es mantenerme todo lo lejos que pueda de usted —contraatacó.

Blackwood volvió a esbozar esa sonrisa que la hacía temblar, podía ver en sus ojos esa chispa de malicia que le gritaba que se lo estaba pasando en grande poniendo a prueba su temperamento, pero no dejaría que nadie la hiciera parecer contrariada, ni siquiera él.

—No lo dudo, lady Alexandra —comenzó inclinándose hacia ella, bajando la voz hasta convertirla en un suave susurro que solo ella pudiera escuchar—. Me dejó claro la otra noche, en ese oscuro pasillo, que considera mi compañía peligrosa… para usted —se detuvo, con los ojos fijos en los de ella, como si quisiera grabar en su mente cada una de sus reacciones—. Lo que de verdad me inquieta es saber que, a pesar de lo que dice, sigue pensando en mí.

Alexandra se detuvo un segundo, pero se recompuso igual de rápido, no podía dejar que nadie supiera que ese hombre la hacía perder el control.

—Qué presuntuoso por su parte, lord Blackwood, creer que ocupa mis pensamientos.

Blackwood sonrió satisfecho, disfrutando de la provocación.

—¿Presuntuoso? Quizás. Pero me lo pone fácil, milady, resulta imposible ignorar la forma en la que me mira y cómo evita mirarlo a él. —Cada palabra estaba dicha con la idea de atravesar sus defensas, y lo hacía con la destreza de un maestro en el arte de herir sin necesidad de alzar la voz, ni los puños.

—¿Y cómo lo miro, lord Blackwood? —interrogó mirándolo a los ojos. Su mano seguía sobre la de él, la música los envolvía con la suavidad de una nana y el murmullo de los demás se iba apagando. Por primera vez en su vida, todo había pasado a segundo plano, excepto ellos.

—¿Desea que sea honesto, lady Alexandra?

—Siempre, lord Blackwood.

—Me mira como una mujer mira al hombre que desea —afirmó seguro de sí mismo.

Alexandra notó cómo su corazón se aceleraba, latiendo con tanta fuerza que parecía capaz de romper el ajustado corsé que llevaba. El calor subió desde su cuello hasta sus mejillas, una oleada ardiente y descarada que la hizo temer que su rostro delatase lo que ella intentaba ocultar. Aun así, se obligó a mantener una apariencia sosegada, como si no estuviera lidiando con una intensa tormenta bajo la piel. Sus dedos, apenas visible bajo la seda de sus guantes, temblaban, pero su mirada se mantuvo fija en la de él, luchando por no ceder ante el torbellino de emociones que amenazaba con arrasarla.

—Su arrogancia no tiene límites, lord Blackwood. ¿No ha pensado que, tal vez, se engañe a sí mismo y vea algo que no existe? —lanzó la pregunta en un vano intento de mantener la distancia, a pesar de que, incluso para ella, esas palabras sonaban vacías.

—Cabría la posibilidad, milady —aceptó con una amplia sonrisa, disfrutando el momento. Ambos seguían parados a mitad de camino de la gran mesa, ajenos a todo lo que sucedía a su alrededor, solo conscientes de su cercanía—, aunque me atrevería a apostar el cuello a que mis palabras son acertadas a pesar de que no lo quiera admitir.

Alexandra sintió el golpe de su verdad en el estómago: había dado en el blanco. Su respiración volvió a acelerarse hasta convertirse casi en un jadeo que trató, con todas sus fuerzas, de controlar. Se negaba a mostrarle cuánto la afectaba.

Apretó, con su mano libre, la falda del vestido con discreción, pero no pudo hacer lo mismo con la ira que brillaba en sus ojos. Dio un paso más cerca de él, logrando que el calor entre los dos fuera casi insoportable.

—No de por sentado lo que siento ni lo que pienso, lord Blackwood. Usted no me conoce tan bien como presume.

Sebastian se inclinó un poco más, casi rozando la piel bajo su oreja.

—Pero lo hago. Lady Soberbia tiene más miedo de lo que siente por mí que de cualquier otra cosa en su vida. Y no importa cuántas veces lo niegue. Lo sé. Lo sabe —añadió con

seguridad.

Alexandra supo que ese fue justo el momento en el que el calor de su interior se descontroló, furioso, queriendo arrasarlo todo. Su orgullo herido y esa verdad que no le gustaba, y él había tenido el descaro de poner sobre la mesa, eran el combustible perfecto para hacerla perder el control. Y, lo cierto era que, a pesar de no querer reconocerlo, perder el control se sentía muy bien.

Sus ganas de demostrarle que se equivocaba, que no tenía razón y que no la conocía tan bien se volvieron casi insoportables.

La música comenzó a sonar con más fuerza, una melodía suave que marcaba el inicio del baile.

—Lady Alexandra, sería un honor para mí compartir este baile con usted —dijo Kensington, que se había acercado sin que ninguno se diera cuenta, extendiendo su mano.

Alexandra dudó por un instante, atrapada entre el deseo de responder a Blackwood y las ganas de demostrarle que no podía controlarla. Su mirada osciló entre los dos hombres: por un segundo el mundo entero se desvaneció, quedando solo el eco de sus palabras. Sin pensarlo por más tiempo, se giró hacia él con una sonrisa desafiante e, ignorando la mirada penetrante de Blackwood, tomó la mano que le ofrecía William con una leve inclinación de cabeza.

—Será un placer, lord Kensington —afirmó dedicando una fugaz mirada a Blackwood.

Mientras caminaba hacia el centro de la pista de baile con Kensington, sintió la mirada de Blackwood clavada en su espalda. Sebastian sabía que Alexandra lo hacía solo para demostrarle que no podía controlarla, como sabía, con certeza, que no dejaba de pensar en él de igual manera que él no podía dejar de pensar en ella.

Capítulo 11 La elección

Kensington bailaba con destreza, marcando cada paso con perfección. Sin embargo, algo faltaba. Alexandra lo sentía esa chispa, esa sensación de emoción que solía acompañar un momento así. La mirada de Kensington estaba fija en la suya, pero no era capaz de mantener su atención.

—Me alegra que se haya recuperado de… la cacería, lady Alexandra. Me preocupó mucho verla en esa situación —comentó con tono formal.

«¿De la cacería? Querrá decir de su falta de puntería…», resonó en su cabeza.

En cambio, sonrió, agradecida por la preocupación y sin evitar notar la distancia en sus palabras. William parecía ansioso por dejar claro su interés y, al mismo tiempo, su voz carecía de la calidez que ella anhelaba. Todo era cortés, pero frío.

—Fue un accidente —respondió, desviando la mirada hacia Sebastian, que se encontraba en un rincón del salón, observándolos con tranquilidad. Su expresión era imposible de descifrar —. Estoy bien, gracias a… todos los que me ayudaron —rectificó.

El comentario había sido ambiguo, aunque Kensington lo tomó como un reconocimiento personal y sonrió, asintiendo satisfecho. La música continuaba, igual que ellos dando vueltas sobre una pista donde la incomodidad ganaba centímetros con cada paso.

Kensington parecía buscar con desespero un nuevo tema que le ayudara a llenar ese silencio incómodo que se había instalado entre ellos.

—Por cierto, lady Alexandra… —comenzó a decir con tono ensayado—. La música de esta noche es… exquisita, ¿no le parece? Tengo entendido que lord Ashford ha contratado a músicos de…, ¿renombre? —indagó dando a la vez una vuelta. Intentaba mantener la conversación ligera, pero su mirada se desviaba a las parejas que giraban a su alrededor, buscando aprobación en cada lugar donde la encontrara.

Alexandra asintió con una sonrisa educada, pero vacía.

—Sí, sí, la música es… encantadora —respondió, aunque la melodía parecía estar a millas de distancia de lo que de verdad pasaba por su mente.

—Sí, encantadora —repitió él, como si las palabras fueran difíciles de sostener. El sonido de la música se les hacía pesado, casi tedioso—. Debo decir que siempre he admirado la habilidad de su padre para organizar eventos de este calibre. Claro, no es fácil… —se detuvo,

como si buscara la frase correcta—, no es fácil lograr que todo luzca tan… perfecto —volvió a titubear.

Alexandra se dio cuenta de que, aunque se conocían desde la infancia, entre ellos no había confianza alguna, lo cierto era que parecían extraños y eso la molestó más porque con Blackwood ese sentimiento no era el mismo, a su lado se sentía… cómoda.

Mientras Kensington balbuceaba palabras que se perdían en la melodía del salón, ella se dio cuenta de que los ojos de Blackwood seguían fijos en ella, llenando el vacío que William dejaba con cada palabra insípida. Era como si ambos estuvieran participando en una conversación silenciosa que Kensington jamás comprendería.

—Así es, lord William, padre siempre ha sido muy meticuloso con los detalles —respondió dejando entrever el desinterés que sentía. Era como si cada palabra que intercambiaban fuera una pieza que no terminaba de encajar.

Hubo un momento de silencio más largo de lo que debería. Kensington aclaró su garganta y volvió a hablar, intentando disipar el silencio.

—La cacería… —dijo de nuevo, como si no hubiera nada más que decir—. Ha sido… bueno, no diría que perfecta, pero… interesante, al menos. Seguro que la próxima será mejor —afirmó, sonriendo con nerviosismo.

Alexandra dejó escapar una risa breve, aunque fría.

—Sí, la próxima será mejor. O, al menos, eso espero por mi propio bien —afirmó con el tono de quien ya ha dejado de prestar atención, su mirada desviándose de nuevo hacia la figura de Blackwood, que permanecía en la penumbra del salón, observándolos como si fuera un juego del que ya conocía el resultado.

—Ah, sí… claro —carraspeó—. Y, dígame, milady, ¿tiene planes para la próxima semana? He oído que lord Grayson está pensando en organizar una velada íntima. Seguro que su familia será invitada —agregó, esperando que este nuevo hilo de conversación la acercara de alguna manera.

—Sí, seguro… lo estaremos —Alexandra intentaba mantener el interés, pero las palabras le salían automáticas, como si ya supiera qué respuesta se esperaba de ella. El peso de la mano de Kensington en su cintura, se sentía más como una obligación que como un placer y sus pasos en el baile eran solo eso: pasos, movimientos mecánicos carentes de cualquier emoción.

Kensington sonrió creyendo que había logrado, al fin, captar su atención.

—Sería un placer para mí escoltarla en la velada de lord Grayson, si usted así lo desea —se ofreció, con esa formalidad que parecía cubrir cada gesto y palabra.

Alexandra, sin embargo, solo sonrió por compromiso, un simple asentimiento que dejó la propuesta flotando en el aire sin llegar a materializarse.

—Sería… interesante, sin duda —dijo sin prometer nada.

Y así, continuaron girando por la pista, una pareja que bailaba en sincronía, pero sin ninguna conexión real. El baile empezó a resultarle eterno, lleno de palabras repetitivas e insulsas que la hicieron sentir como una actriz atrapada en una línea que no le pertenecía.

Escuchando sus plegarías, la música se detuvo y Alexandra soltó a Kensington con prisas e hizo una leve reverencia que obligó al hombre a soltarla.

Kensington frunció el ceño, su rostro lo traiciono dejando ver que se sentía confuso, como si no entendiera cómo su baile, magistralmente interpretado, había concluido de manera tan abrupta.

—Ha sido un placer, lady Alexandra —dijo con una leve reverencia.

Antes de que Alexandra pudiera responder, Sebastian se acercó hasta ella. No dijo nada, ni era necesario, su presencia lo decía todo. Lo llenaba todo. Sentía esa intensa mirada en ella, esa que la obligaba a respirar agitada, y aunque no la desafía directamente, su silencio era un reto por sí mismo.

Sentía el peso de cada mirada: la de su madre juzgándola desde la distancia, la de Kensington; expectante y la de Sebastian que no juzgaba, sino que desnudaba su alma complicando cualquier decisión.

Sebastian se apartó unos centímetros, sin molestarse en disimular la leve sonrisa de medio lado que le dedicó y que provocó en Alexandra un escalofrío que recorrió toda su espalda.

Creía que todo había terminado cuando otro joven hizo el intento de acercarse para reclamar el siguiente baile y fue en ese momento, en el que Sebastian reaccionó.

—Lady Alexandra —dijo tan solo, extendiendo su mano.

Esta vez, no dudó. Aceptó su mano, y cuando él la llevó al centro de la pista, el ambiente cambió de inmediato. Las risitas de sus hermanas resonaban en algún lugar a su alrededor, pero Alexandra apenas las escuchaba. Blackwood la miraba de una manera que la hacía sentir como si estuvieran solos en aquella sala, como si la música fuera solo para ellos.

El vals comenzó y Sebastian la guio con una suavidad que la sorprendió. Su contacto era firme, pero sin que sintiera que la avasallaba. No necesitaba alzar la voz ni hacer alarde de su habilidad. Su presencia hablaba por sí sola y Alexandra no pudo evitar compararlo con Kensington una vez más. Mientras que William había sido correcto y predecible, Sebastian era impredecible y magnético.

—Me ha sorprendido su elección, Lady Alexandra —murmuró mientras giraban por la pista.

—¿Qué lo ha sorprendido tanto, milord? —interrogó sintiendo en su estómago de nuevo esa emoción que solo sentía con él. Y lo acababa de confirmar, tras su triste baile con William, este otro prometía ser mucho más emocionante.

—Que me haya hecho esperar —dijo, sin rodeos, mientras la giraba con elegancia.

El comentario la desarmó por un segundo, pero se recompuso con la rapidez de años de ensayo.

—A veces, la espera es necesaria —respondió, intentando mantener el control de la conversación, aunque su corazón latía con fuerza.

La música envolvía sus cuerpos en una danza elegante y medida, pero el duelo real se libraba entre sus palabras. Sebastian, con su sonrisa de medio lado, siempre tan calculada, bajó la mirada, como si estuviera sumido en un pensamiento íntimo, solo para que, un segundo después, volviera a mirarla con esa pasión que solo él sabía desplegar.

—Lady Alexandra —susurró, su voz baja, como si quisiera que solo ella pudiera oírlo—, debo admitir que su habilidad para mantenerme esperando es admirable. Y he de confesar que no suelo esperar por una mujer que ya ha tomado una decisión, aunque parece que por usted estoy dispuesto a hacer una excepción —susurró, su tono deslizándose como una caricia peligrosa.

—¿Debo tomar eso como un cumplido, lord Blackwood?

—Lo es, aunque comienzo a preguntarme si su indecisión no es más que una forma de protegerse… o de protegerme.

Alexandra sintió que su pulso se aceleraba, pero se esforzó por mantener el tono ligero, a pesar del temblor en su voz.

—¿Protegerlo, milord? Creo que sobreestima mi capacidad para preocuparme por lo que haga con su tiempo.

Sebastian la giró con elegancia y se inclinó un poco más cerca, lo justo para que ella pudiera sentir el calor de su aliento. Sus dedos la presionaron con una firmeza casi imperceptible, como si quisiera hacerle saber que la sostenía más allá del baile.

—¿De verdad piensa que no noto cómo evita mirarme a los ojos? —murmuró—. Es curioso, porque lo hace con tanta determinación que casi me hace pensar… que teme lo que vería si lo hiciera.

Alexandra alzó la barbilla con ese gesto orgulloso que la caracterizaba, tratando de encontrar una respuesta que no revelara el tumulto que él provocaba en su interior.

—Es usted el que se sobreestima, milord. Si no lo miro es porque hay cosas más importantes a las que prestar atención.

La sonrisa de Sebastian se ensanchó, pero no era solo una sonrisa de diversión; era un gesto de triunfo, como si hubiera ganado una pequeña batalla en un enfrentamiento mucho más grande.

—¿Y acaso esa atención es para lord Kensington? —preguntó con una falsa inocencia, como si el nombre de su rival fuera un mero detalle—. Porque si lo es, milady, debo decir que su mirada lo desmiente. Solo veo a una mujer… que trata de negar lo evidente.

La confesión apenas velada de Sebastian la dejó sin palabras, pero ella no dejaría que él

viera su debilidad. Decidida a responder con la misma sutileza, bajó la voz lo justo para que él se inclinara y pudiera escucharla.

—Me temo que se equivoca, lord Blackwood. No niego lo evidente; tan solo, no me dejo llevar por impulsos… como parece hacerlo usted.

Sebastian se detuvo por un segundo, manteniendo la compostura, aunque sus ojos brillaban con un ardor que la desarmaba. Luego, sin perder la sonrisa, la acercó un poco más a él, como si quisiera hacerla perder el equilibrio, física y emocionalmente.

—No soy un hombre que sucumba con facilidad a ellos —Sebastian dejó que su pulgar rozara la parte trasera de su mano, apenas un suave roce que bastó para que Alexandra contuviera el aliento. Era una promesa no pronunciada, una invitación a un juego peligroso—, pero, a veces, lady Alexandra, dejarse llevar es la única manera de encontrar lo que de verdad se anhela.

—¿Dejarse llevar? ¿No es algo que solo pueden disfrutar ciertos caballeros?

—No, es algo que solo una mujer valiente se atrevería a hacer.

La provocación quedó flotando en el aire, un reto que Alexandra no estaba preparada para responder, pero que sabía que no podría ignorar por mucho tiempo.

La música seguía, pero para Alexandra, todo lo demás parecía desvanecerse. El resto de la sala era un borrón, mientras Sebastian la llevaba con una seguridad que contrastaba con la inquietud que él mismo provocaba en su interior.

Al final del baile, se quedaron en la pista, sin moverse. El espacio entre ellos se desdibujó, el latido de su pulso resonaba en sus oídos y su mirada estaba atrapada en la de él: no había ninguno otro lugar capaz de acaparar su atención. Alexandra sintió que algo había cambiado. Había una parte de ella que quería resistirse, aferrarse a la seguridad de un camino trazado. Pero la mirada de Blackwood, esa que la quemaba y la acariciaba al mismo tiempo, la hacía desear dejarse llevar, aunque solo fuera por una vez. Pero antes de que pudiera procesar sus emociones, él se inclinó y la dejó sola.

Alexandra se quedó de pie, observando cómo se alejaba hacia los jardines. Sintió el impulso de seguirlo, pero antes de que pudiera tomar una decisión, Kensington apareció de nuevo a su lado.

—Lady Alexandra, tal vez le gustaría tomar algo de aire —sugirió con una sonrisa tensa.

Ella asintió, sin poder evitar lanzar una última mirada hacia donde Sebastian había desaparecido. Escoltada por Kensington, caminaron hacia una de las terrazas del salón, donde la música apenas llegaba. El aire nocturno era fresco y, por un momento, sintió alivio al alejarse del bullicio.

Sin embargo, algo en la presencia de William la inquietaba. Sabía que tenía buenas intenciones, pero su constante necesidad de complacerla la hacía sentir atrapada. Se volvió hacia él y antes de que pudiera hablar, William tomó su mano.

—Alexandra —dijo, dejando de lado las formalidades—, hace años que nos conocemos y sé que no es ajena a mis sentimientos. Sé que este día ha sido… complicado, por eso quiero que sepas que siempre estaré aquí, que puedes confiar en mí —la tuteó.

El tono de William era sincero, aun así, Alexandra no pudo evitar sentir una presión creciente. No quería herirlo y tampoco podía ignorar la realidad: Kensington no era lo que su corazón anhelaba.

—Lo aprecio, lord William —respondió con suavidad, llamándolo por su título—. Pero, a veces, la confianza no lo es todo.

Sus palabras flotaron en el aire, y antes de que él pudiera responder, Sebastian apareció desde las sombras de los jardines, acercándose con su paso tranquilo.

—Lady Alexandra, la buscaba, pensé que podría necesitar una copa —interrumpió, con esa sonrisa de medio lado que tanto la desconcertaba.

Kensington dio un paso atrás, irritado por la intrusión, pero no dijo nada. Alexandra, aliviada por la interrupción, aceptó la copa que Sebastian le ofrecía, y en ese instante, sus dedos se rozaron por accidente. La chispa del contacto fue breve, pero lo bastante intensa como para hacerla contener la respiración.

Sebastian no apartó la mirada, y en ese momento, todo lo demás desapareció y Alexandra supo, sin necesidad de palabras, que había una decisión que tendría que tomar, y pronto.

Capítulo 12: Red de rumores

Las luces del salón brillaban con fuerza, reflejando destellos dorados en las copas de cristal y los vestidos de colores vivos. El segundo baile, casi en su apogeo, parecía estar solo al principio de una velada cargada de secretos, conversaciones en voz baja y miradas furtivas. Las melodías suaves llenaban todo, pero debajo de esa armonía superficial, se escondía una sinfonía mucho más compleja.

Conforme regresaba al salón, aún vibrante tras el intenso baile con Sebastian, no pudo evitar sentir que todas esas luces y sonidos eran solo un eco lejano de algo mucho más personal e inquietante: lo que había pasado con él. No se consideraba una mujer cobarde por lo que le molestaba reconocer que en esta ocasión había huido con el rabo entre las piernas.

Las risas de sus hermanas se mezclaron con el murmullo constante de la multitud. Las hermanas Ashford, con sus vestidos dispuestos con elegancia y sus peinados decorados con cintas y joyas, se agruparon como aves de rapiña en torno a ella en cuanto la vieron caminar sola hacia una de las mesas. Se apoyaron en las sillas, se miraron entre ellas y, finalmente, la acorralaron.

Apenas podía contener la electricidad que aún recorría su piel. Intentaba mezclar sus emociones con el bullicio que la rodeaba, pero, por más que lo intentara, la fuerza de sus pensamientos la desbordaba. Cuando Kensington pasó por su lado con ese aire de incomprensión que parecía seguirlo como una sombra, Alexandra buscó refugio en la mirada de sus hermanas, que la observaban desde su posición privilegiada.

—Hermana querida, parece que eres la comidilla de la noche. No puedo decidir qué fue más interesante: la forma en que Blackwood te miraba o el rostro de Kensington cuando lo dejaste plantado — susurró con voz arrastrada Ivy, la primera en hablar.

Alexandra apretó los puños, ocultando la tensión bajo el tejido de su vestido. Mordió el labio inferior para contener una respuesta airada, esforzándose por mantener la compostura. Sabía que cualquier palabra mal calculada se convertiría en más leña para el fuego de los rumores.

—Desde luego, hermana, si querías destacar, lo has logrado con creces. Pero no deberías jugar con fuego; todos sabemos que lord Sebastian Blackwood no es alguien que se conforme con ser el segundo plato —dijo Rowena con lengua afilada que siempre lanzaba un reproche.

El comentario de Rowena tuvo el efecto de una bofetada para Alexandra. Sabía que su hermana no estaba del todo equivocada, pero no podía admitirlo. Al menos, no en voz alta. El

corazón se le aceleraba solo de recordar el contacto con Blackwood, sus palabras cargadas de insinuaciones… Pero era más fácil fingir indiferencia ante sus hermanas que admitir que, por primera vez en mucho tiempo, no tenía el control.

—Por favor, Rowena —replicó con un suspiro, manteniendo la mirada fija en la pista de baile para no confrontar la vehemencia de las miradas de sus hermanas—. No ha sido más que un baile —respondió con suavidad, quitándole importancia a sus… acusaciones.

—No fue solo un baile, Alexandra. Todo el salón lo notó. —Ophelia arqueó una ceja—. Y madre, por supuesto, estaba observando.

—Oh, hermanita —musitó Scarlett, alzando una copa de vino como si brindara por la tensión del momento—, puedo leer tu rostro como un libro abierto. Kensington puede ser encantador y adecuado y bla, bla, bla…, pero todos vimos cómo te temblaban las manos cuando bailabas con Blackwood —afirmó, rotunda. La gemela de Alexandra, con quien compartía más que solo los rasgos físicos, no podía dejar pasar la oportunidad de añadir leña al fuego. Era siempre la primera en captar los matices de una mirada o el lenguaje no dicho de una caricia, y esa noche no había sido la excepción.

Alexandra abrió la boca para replicar, pero el resto de sus hermanas estallaron en murmullos y risas cómplices.

—Yo solo digo que si Blackwood me invitara a bailar —se unió Clementine, ocupada como siempre con los aperitivos que tenía frente a ella—, ni todo el banquete del salón podría distraerme… —bromeó, dando otro bocado a uno de los pastelitos—. Con esa mirada intensa y esa forma de moverse… —terminó relamiéndose el azúcar o eso creía Alexandra.

Serena, la menor de todas, observaba la escena desde su rincón con expresión de aburrimiento en su rostro angelical. Para ella, toda aquella charla de intrigas románticas no era más que otra molestia innecesaria.

—Podríamos dejar de cotillear, ¿no? —bostezó, acomodándose en su asiento—. Lo que tenga que pasar, pasará. ¿Por qué darle tanta importancia a un baile?

—Alex, parecía que disfrutaba mucho de su baile. Aunque, por supuesto, la entrada de Lord Blackwood fue… inesperada —añadió Ivy.

—Pero no olvidéis que hay mucho en juego. Además, ¿es prudente seguir llamando la atención de lord Blackwood de esa forma? La gente empezará a hablar, Alexandra… —volvió a acusar Rowena.

—La gente siempre habla, Row —respondió Alexandra, con una firmeza que esperaba sofocar el tema—. Hoy es sobre mí; mañana será sobre otra.

—Lo que Row quiere decir —intervino Serena con suavidad— es que todos esperaban que Kensington fuera tu elección. Después de todo, padre parece muy decidido a elegirlo a él…

Alexandra iba a replicar, pero su atención se desvió cuando lady Wickham se acercó a

ellas. La rivalidad que sentía hacia ella era más que conocía en todo Londres, a ella no le sorprendía, más bien la divertía.

—Lady Alexandra —saludó con una sonrisa calculada que no ocultaba sus verdaderas intenciones—, veo que ha tenido una noche… interesante. Aunque debo decir que lamento ver cómo desperdicia su tiempo con compañías tan cuestionables —hizo una pausa, asegurándose de que todos los presentes escucharan—. Pero supongo que, después de todo, una dama como usted sabrá valorar el tipo de compañía que puede ofrecer lord Kensington… No todos tienen la suerte de contar con un caballero de su calibre.

Alexandra sintió cómo la sangre subía a sus mejillas. No era solo la insinuación de que prefería a Kensington sobre Blackwood; era la manera en que lo decía, como si Alexandra solo fuera digna de lo que quedaba después de que otras tuvieran lo mejor.

—Oh, no se preocupe, lady Helena. Siempre elijo a mis acompañantes con cuidado —respondió con una sonrisa perfecta, decidida a no dejarse intimidar.

—No lo dudo, lady Alexandra. Aunque, espero que tenga en cuenta lo que su padre desea para usted. Lord Kensington es un caballero de… ciertas cualidades. No todos los hombres de su círculo tienen la reputación intachable que él mantiene —insinuó con una falsa amabilidad, antes de dirigir sus ojos a Sebastian, que había regresado al salón y se encontraba cerca, escuchando cada palabra—. Pero, por supuesto, no todas las damas buscan lo correcto. Algunas prefieren… lo emocionante. Lo peligroso. ¿No es así, Lord Blackwood? —preguntó alzando la voz lo suficiente como para atraer la atención de los presentes.

Alexandra, giró la cabeza para encontrarse con él. Su corazón latía a una velocidad vertiginosa, ¿lo había escuchado todo? Dedujo que sí, y observó en silencio a Sebastian que no respondió de inmediato. Miraba a la mujer con una calma peligrosa, la misma tranquilidad que Alexandra había llegado a reconocer como el preludio de un golpe verbal. Sus ojos, oscuros y afilados, brillaban con una mezcla de diversión y desafío.

—Lady Wickham, hay ciertas damas que buscan emoción porque saben que la vida es más que una sucesión de pasos bien calculados —respondió, su tono era tan suave como la seda, pero con rigidez implícita—. Pero esa no es una elección para cualquiera. Solo para quienes tienen el valor de arriesgarse sin saber si van a ganar o a perder.

Alexandra contuvo la respiración. No solo porque Helena había logrado sacar a relucir la tensión que existía entre Sebastian y ella, sino porque la respuesta de él había sido tan directa como esperada. Y sabía que Helena no dejaría que aquello quedara sin respuesta.

—Oh, por supuesto… el valor… —repitió, fingiendo pensar en sus palabras, pero con la mirada puesta en Alexandra—. Es tan fácil hablar de valentía cuando se trata de otros. Pero el verdadero valor es saber cuándo elegir lo correcto, ¿no es cierto, lady Alexandra?

La pregunta flotó en el aire, un reto claro, una declaración envuelta en cortesía. Y a pesar

de que Alexandra deseaba responderle con igual veneno, antes de que pudiera hacerlo sintió la mano de su madre sobre su hombro.

—Lady Wickham —intervino Lady Ashford, con su inconfundible tono de cortesía afilada—, parece que está usted demasiado interesada en los asuntos de mi hija. Le recomiendo que deje que las decisiones de Alexandra sean solo eso: sus decisiones.

Helena sonrió, pero había veneno en su mirada.

—Por supuesto, lady Ashford —dijo, inclinándose apenas—. Solo intentaba mostrarme… útil. Después de todo, los rumores vuelan, y sería una pena que malinterpretaran las atenciones de cierta persona hacia su hija. Algunos caballeros son… impredecibles, y no querría que la reputación de lady Alexandra sufriera por un malentendido.

Antes de que pudiera decir más, Helena se retiró con la misma altanería con la que había llegado, dejando una estela de tensión en el aire. Alexandra cerró los ojos un segundo, tratando de no dejar que la frustración la dominara. Fue entonces cuando la voz tranquila de su madre se hizo oír de nuevo.

—Ven, querida —dijo Lady Ashford, guiando a Alexandra hacia un rincón apartado del salón—. Tenemos que hablar.

Las luces del salón parecían más tenues al alejarse del bullicio principal. Lady Ashford, con su porte imponente y su mirada escrutadora, no era de las que perdían tiempo con rodeos. Mientras caminaban, Alexandra sentía su corazón latiendo con fuerza, como si supiera que aquella conversación estaba destinada a cambiar algo en su interior.

—He visto cómo lo miras, Alexandra —comenzó su madre, sin dejar de caminar—. Y he visto cómo te mira él. No soy ciega, hija mía. Lord Blackwood… es una elección difícil, pero si él es quien puede hacerte dejar de lado esa… testarudez tuya sobre no casarte, entonces creo que deberías pensarlo con seriedad.

Alexandra abrió la boca para replicar, pero Lady Ashford levantó una mano para detenerla.

—No necesito que me expliques nada. Solo quiero que sepas que tu padre y yo solo queremos verte feliz. Y si Blackwood es el hombre que puede lograrlo, entonces… no te equivoques por miedo.

El peso de las palabras de su madre cayó sobre ella como una carga de la que había intentado librarse durante tanto tiempo. No podía ignorar la verdad que escondían. Alexandra sabía que la decisión que tendría que tomar pronto no era solo sobre su futuro; era sobre quién quería ser.

La conversación quedó interrumpida por una nueva melodía que inundaba el salón. Lady Ashford le dio un suave apretón en el brazo y se retiró, dejándola sola con sus pensamientos. Alexandra volvió al centro del salón con la mirada baja, intentando digerir todo lo que acababa

de escuchar.

Al regresar, sus hermanas habían vuelto a sus charlas habituales, pero las miradas furtivas y las sonrisas maliciosas no habían cambiado. El juego de palabras afiladas y miradas cómplices seguía entre ellas. Aunque Alexandra, por primera vez, no se unió al juego.

El sonido de unos pasos acercándose la sacó de sus pensamientos. Alzó la vista y, para su sorpresa, encontró a Blackwood a su lado, con esa expresión traviesa y enigmática que siempre la dejaba sin aliento.

—Lady Alexandra —murmuró, inclinándose hacia ella—, me parece que esta noche ha resultado ser más… reveladora de lo que esperaba. —Su tono era despreocupado, pero había una chispa en sus ojos que la hacía temblar—. Aunque debo decir que, entre todas las miradas de esta sala, solo una me importa.

Antes de que Alexandra pudiera responder, él le ofreció una copa, y en ese roce de dedos, el mundo volvió a detenerse. La chispa del contacto fue breve, pero lo bastante intensa como para que supiera, sin lugar a dudas, que la decisión que tendría que tomar, y pronto, sería la más importante de su vida.

El salón continuó vibrando con murmullos, risas y miradas furtivas. Alexandra, con la copa en la mano y el peso de la noche sobre sus hombros, se dio cuenta de que, para bien o para mal, el siguiente paso estaba en sus manos. Y no habría marcha atrás.

Capítulo 13 Un beso robado

Alexandra dejó la copa sobre la mesa con un gesto rápido. El cristal resonó sobre la superficie de mármol, mezclándose con el murmullo del salón, que hasta hacía poco le parecía una melodía tranquila y ahora se había vuelto ensordecedor, asfixiante. Sentía que la observaban desde todos los rincones, como si el peso de las miradas la atravesara y dejara marcas invisibles en su piel. Sin mirar a nadie, ni siquiera a sus hermanas, que la observaban desde la distancia, se giró con decisión y se abrió paso entre la multitud. Necesitaba aire, espacio… escapar de todo aquello, aunque fuera solo por un momento.

Mientras caminaba con paso firme hacia la salida, se repetía que solo necesitaba unos segundos para recuperar la compostura. Pero no era solo eso. Era el cúmulo de todo lo que la noche le había arrojado encima: las insinuaciones de Helena, la mirada persistente de sus hermanas, la agobiante presencia de Kensington… y, por supuesto, el roce de manos con Sebastian, que aún sentía ardiente en su piel como un hierro candente. Intentaba ignorar el torbellino que tenía en el estómago, aunque sabía que no se debía solo a la tensión de la velada.

Su paso acelerado casi rozaba la desesperación cuando un brazo se interpuso en su camino. Kensington apareció de improviso, con su rostro lleno de preocupación y su aire de caballero resuelto a salvarla de lo que fuese que la molestara. La gravedad de su mirada la hizo sentir como si estuviera siendo acorralada.

—Lady Alexandra, ¿sucede algo? —preguntó con evidente inquietud, tratando de bloquear su paso y tomarla del brazo para detenerla.

La furia contenida en el pecho de Alexandra, esa mezcla de emociones que había estado conteniendo, se intensificó ante su toque. Sintió como si la gravedad de las expectativas de Kensington le pesara aún más que la multitud del salón. Sin pensarlo, se apartó con brusquedad, retirando el brazo de su alcance y, al hacerlo, sintió que algo dentro de ella se rompía.

—Estoy bien, lord William —respondió con voz firme, pero no logró ocultar el filo cortante de su tono—. Solo necesito… un poco de aire. A solas —dejó claro, adivinando que la seguiría.

Kensington frunció el ceño, la incomprensión en su rostro mezclándose con una sombra de resentimiento. Parecía confuso, casi dolido, como si no pudiera entender qué había hecho mal. Alexandra, sin embargo, no le dio tiempo a replicar. Sentía que, si permanecía un solo segundo más bajo su escrutinio, terminaría perdiendo la poca compostura que le quedaba. Sin más palabras, cruzó la gran puerta que daba acceso al jardín, dejándolo atrás con su expresión

incrédula.

El aire fresco de la noche la recibió como un alivio a medias. La oscuridad del jardín, salpicada de luces suaves que iluminaban los senderos serpenteantes, parecía un refugio, pero a la vez un laberinto del que no sabía si quería escapar. Se detuvo un segundo en la puerta, dejando que la brisa nocturna acariciara su rostro, intentando calmar el torbellino que llevaba dentro. Pero no podía, no aún. La tensión que había crecido en su pecho era como un nudo que no podía desatar, y sus pasos rápidos y decididos la guiaron hacia el interior del jardín como si pudiera dejar todo atrás solo con huir.

—¡Por todos los cielos! —exclamó en voz alta, soltando el aire en una risa amarga que sonaba más como un grito ahogado—. ¿Es que nadie puede dejarme en paz por un solo momento?

El eco de sus palabras resonó entre los árboles y los setos, un eco solitario que parecía burlarse de ella. Alexandra apretó los puños, intentando contener la oleada de emociones que amenazaban con desbordarse. La noche la envolvía en su manto silencioso, hasta que el crujido de unas hojas la hizo girarse con violencia.

Sebastian Blackwood emergía de las sombras, con la misma facilidad con la que siempre aparecía en su vida, sin previo aviso y con ese vigor que la desarmaba. Estaba de pie bajo el arco de un seto, con las manos en los bolsillos y esa mirada suya que parecía ver más allá de lo visible, más allá de lo que ella estaba dispuesta a mostrar.

—¿Así que de nuevo huye, milady? —preguntó él, con esa voz baja y suave que acariciaba cada palabra como si fuera solo para ella.

Alexandra sintió que su corazón se detenía por un instante antes de comenzar a latir con fuerza, acelerado por su presencia y por la manera en que la luz de la luna jugaba con las sombras de su rostro. Sabía que debía mantener la compostura, que cualquier debilidad que mostrara sería aprovechada sin piedad. Pero Sebastian la conocía demasiado bien; sabía leer cada gesto, cada movimiento.

—No estoy huyendo, milord —respondió, su voz temblorosa, incapaz de esconder la agitación que le provocaba—. Solo… necesitaba estar sola. Algo que parece imposible esta noche.

Blackwood se acercó un paso, sus botas hundiéndose en la grava del camino. La proximidad llenaba el espacio, como si cada movimiento suyo tuviera un propósito calculado para envolverla en su presencia.

—Es curioso —murmuró él, inclinando la cabeza hacia ella—. Porque no parece estar huyendo de la multitud… sino de mí.

El tono era suave, casi indiferente, pero había algo en la forma en que la miraba, en la profundidad de sus ojos oscuros, que le hacía imposible sostener la mirada sin que su respiración

se acelerara. Alexandra sintió una oleada de rabia mezclada con algo más profundo, algo que no estaba dispuesta a admitir.

—¿De usted? —replicó, alzando la barbilla con orgullo, pero sintiendo que cada palabra era un intento desesperado de recuperar el control—. No se dé tanta importancia, lord Blackwood.

Sebastian alzó una ceja, divertido, como si disfrutara de cada palabra que salía de su boca. Dio otro paso hacia ella, acortando la distancia hasta que pudo sentir su respiración contra la piel.

—Y, aun así, lo soy, ¿verdad? —susurró, con esa maldita sonrisa ladeada que hizo que su corazón se detuviera un segundo—. Lo soy porque la hago sentir… viva. La hago desear más y eso es algo que no puede soportar porque le gusta el control, ¿no es cierto, lady Alexandra? Siempre tan correcta, tan perfecta. Sin embargo, cuando aparezco, todo eso se desmorona. Se esfuma. —Sebastian acompañó la rotunda afirmación con un gesto de sus manos que le recordó a un mago haciendo desaparecer un pañuelo.

La furia de Alexandra creció al oír esas palabras, como si la hubiera despojado de la coraza con la que siempre se protegía. Apretó los puños y dio un paso adelante, quedando a apenas un centímetro de él, mirándolo a los ojos con desafío.

—¿Es eso lo que cree, milord? —escupió las palabras, con los ojos brillando de rabia contenida—. ¿Que no soy más que una niña asustada que no sabe lo que quiere?

—No —respondió y la suavidad de su voz la sorprendió—. Sé que sabe lo que quiere. Pero tiene miedo de admitirlo, miedo de mostrarse tal como es y de obtener lo que de verdad desea. ¿Es por eso que aspira a alguien como Kensington?

—¿Como Kensington?

—Seguros, predecibles… inofensivos.

El golpe de esas palabras fue directo, sin piedad y Alexandra sintió que su orgullo ardía como si le hubieran dado una bofetada. Se giró, dando la espalda a Sebastian, como si pudiera ocultar la tormenta que se desataba en su interior. Pero él no se lo permitió; se movió con rapidez, la tomó por el brazo y la obligó a girarse de nuevo hacia él. La fuerza de su contacto era suave y firme.

—No me mire como si lo supiera todo. —Su voz no era más que un susurro tembloroso —. No tiene derecho a juzgarme. Usted no sabe lo que yo siento… lo que yo…

—Sí, lo sé —la interrumpió bajando la voz hasta convertirla en un murmullo íntimo—. Sé lo que siente porque yo siento lo mismo. Y no puedo seguir ignorándolo, Alex… no puedo seguir fingiendo que no la deseo. Y usted tampoco.

Alexandra abrió la boca para replicar, pero las palabras se le quedaron atascadas en la garganta. La proximidad de Sebastian, el calor de su cuerpo tan cerca del suyo, la mirada

penetrante que le decía todo lo que ella se negaba a admitir… Todo era demasiado, demasiado intenso, demasiado real.

—Yo… yo no puedo… —balbuceó, pero antes de que pudiera continuar, la tomó por la cintura, acercándola más a él mientras con la otra mano tomó su rostro con delicadeza.

—Déjate llevar, Alex —la tuteó, su aliento acariciando sus labios.

—Nunca —afirmó tratando de que su voz sonara firme.

—Solo una vez… —murmuró todavía más cerca de ella. Tanto que podía ver el latido acelerado en su clavícula, oler su aroma a rosa con un toque que no lograba descifrar pero que lo volvía loco porque la hacía diferente, su pecho agitado, la expectación en sus ojos, el deseo que se negaba a admitir… —. Deja de luchar, Alex.

—Nunca romperé el pacto, lord Blackwood, no me casaré a menos que lo hagan todas mis hermanas.

—Entonces tendré que ayudar a su padre en esa épica hazaña.

—Métase en sus asuntos, lord Blacwood, aunque mi padre lograra esa hazaña, créame que sería el último hombre…

Y la besó.

El beso fue un estallido de sensaciones, una mezcla de furia, pasión y deseo contenido. Las manos de Alexandra golpearon el firme pecho de Sebastian que profundizó el beso en respuesta. Y sus manos dejaron de luchar y se aferraron a la chaqueta, presa de una abrumadora necesidad de sostenerse para no caer, mientras sus labios se encontraban en una batalla desesperada contra los de él.

Sebastian la sujetaba con fuerza, temiendo que pudiera desaparecer en cualquier momento, como si tan solo fuera un sueño y no la realidad. Los suaves labios de Alexandra, inocentes, trataban de ajustarse a los suyos. Y él… enloquecía por momentos, su sabor era aún mejor que su aroma y cada jadeo que dejaba escapar él lo hacía suyo. Si había tenido dudas, ahora tenía claro que haría lo que fuera por esa mujer.

Y, sin saber cómo, la legua de Alexandra rozó la suya logrando que él perdiera el control, la besó con más pasión y cuando ella respondió a su beso pasando sus brazos por su cuello, el mundo a su alrededor dejó de existir, solo quedaban ellos dos, perdidos en ese beso que acababa de cambiar las reglas del juego. Ese beso que lo cambiaba todo.

Capítulo 14 Susurros de papel

La luz del amanecer se filtraba a través de las cortinas, iluminando la habitación de Alexandra. Parpadeó varias veces para enfocar la visión y los recuerdos de la noche anterior la asediaron: los murmullos, las risas a medias, la mirada de Helena llena de veneno y, sobre todo, el beso de Sebastian. Un beso que había sido todo lo que nunca quiso admitir: un incendio que había destruido sus defensas.

—Está claro que el día no va a traerme la paz que tanto necesito —susurró sentándose en la cama con el corazón aún retumbando con el eco de las emociones vividas. Mientras se apartaba el cabello de la cara, trató de tomar aire, de encontrar un momento de claridad, pero en su pecho solo había un torbellino que no lograba apaciguar. Quería gritar, romper algo o, mejor aún, volver a ese instante en el jardín y evitar que sucediera—. ¿Cómo me permití caer en eso? —farfulló con frustración. Estaba a punto de levantarse, decidida a salir a montar para despejar su mente, cuando escuchó un ligero susurro apresurado. Scarlett se acercaba a ella con una suave bata de encaje que ondeaba con cada paso y su cabello, del mismo color del de ella, caía desordenado sobre sus hombros. ¿Se daría cuenta su hermana de lo atractiva que era?

Pudo ver que su hermana había dormido mucho mejor que ella, la frescura de una noche reparadora iluminaba su rostro y en sus ojos brillaba esa chispa de curiosidad que tan bien conocía.

Sin embargo, no tuvo tiempo de procesarlo todo antes de que se plantara frente a su cama con los brazos cruzados y una ceja levantada.

—¿Y bien? —. Fue directa al grano.

—¿Y bien? —Alexandra se hizo la despistada.

—Espero que te hayas despertado con ganas de hablar, querida hermana —recalcó.

—Pues no demasiadas, la verdad.

—¿Ah, no? ¿No tienes nada que confesar? —volvió al ataque.

—No estoy de humor para tus interrogatorios —gruñó, cerrando los ojos, esperando que su hermana lo tomara como una señal de que la conversación había acabado.

Sin embargo, su hermana ignoró la señal, se dejó caer con elegancia a su lado en el borde de la cama y fijó sus grandes ojos en su hermana, dejándole claro que no daba por finalizada la conversación.

—Scarlett, no pasó nada, de verdad —intentó afirmar, pero hasta ella se dio cuenta de que su voz sonaba débil.

Scarlett la observó con esa mirada que le dejaba claro que podía ver más allá de la muralla que levantaba siempre a su alrededor, de sus palabras.

—No me mientas —insistió.

—Fue solo… una tontería —dijo al fin, tratando de zanjar el tema—. No merece la pena darle más vueltas.

—¡Por todos los cielos, Alexandra! ¡Cuéntame qué demonios sucedió anoche! —exclamó fuera de sí, se había incorporado para ponerse frente a ella, impidiendo a la luz del sol entrar—. De acuerdo, ¿no quieres responder? Lo acepto, pero, dime: ¿fue tan apasionado como parecía? ¿Tan… devastador? Porque, créeme, desde aquí se veía… —Hizo un gesto amplio con la mano, como si intentara atrapar las palabras en el aire—. Bueno, se veía como si el mundo hubiera dejado de girar solo para que os devorarais.

Alexandra, incapaz de encontrar palabras, solo pudo suspirar, apartando la vista hacia el suelo. Necesitaba claridad, pero solo había caos.

—No hay nada que contar, Scarlett —dijo con tono cansado, aunque sabía que esa respuesta no la calmaría—. Fue solo… un error.

—Ya veo, un error… —Scarlett se inclinó hacia ella, sus ojos brillando con la intensidad de una cazadora que había encontrado a su presa—. ¿Así llamas a un beso que hizo que, hasta yo desde aquí, contuviera el aliento? Vamos, Alex, soy tu hermana gemela. No puedes mentirme. Lo vi…

—Scarlett, por favor… —intentó calmarla, pero sabía que sería en vano. La energía de su hermana gemela no conocía límites, y una vez que había olido la sangre, o en este caso, el escándalo, no la dejaría en paz hasta exprimir cada detalle

—¿Por favor qué? —Scarlett la miró con una sonrisa traviesa—. No creerás que voy a quedarme callada después de lo que vi anoche, ¿verdad?

Alexandra soltó un suspiro exasperado y se pasó las manos por el cabello en un intento de aplacar la tormenta que se arremolinaba dentro de ella.

—No, Scarlett, no viste nada —replicó Alexandra, apretando los labios y sintiendo que el eco de las emociones de la noche anterior la asaltaban de nuevo—. Solo… algo que nunca debió pasar.

Scarlett la observó por un instante, inclinando la cabeza como si pudiera ver a través de ella, escudriñando cada matiz de su expresión. La observó con detenimiento, desde la manera en que jugaba con el dobladillo de la sábana hasta el leve temblor en sus manos.

—¿Nunca debió pasar? —repitió despacio, como si saboreara cada palabra—. Entonces, ¿por qué no te resististe? —Y al decir esto, Scarlett la miró a los ojos, con esa intensidad que la hacía sentir que estaba siendo desnudada hasta el alma—. ¿Por qué no lo apartaste, Alex?

Alexandra se quedó sin aliento. La pregunta la atravesó como una daga y sintió que su

rostro se ruborizaba de inmediato. Era una pregunta que ni siquiera ella había tenido la valentía de hacerse. Por supuesto que había tenido que resistirse. ¡Tenía que haberlo hecho! Pero… no lo hizo. O no lo suficiente. Y eso le dolía más que cualquier otra cosa.

—Porque… —balbuceó, buscando las palabras que pudieran explicarlo sin exponer la verdad—. Porque… es más complicado que eso.

—¡Oh, claro que lo es! —Scarlett se echó a reír y se recostó en la cama, dejando caer su cabeza sobre la almohada de Alexandra—. Complicado es una forma suave de decirlo. —Se giró hacia ella, con una sonrisa pícara—. Pero no puedes seguir escondiéndote detrás de tus palabras. Lo cierto es que te morías de ganas por besarlo. ¡Lo supe desde el primer baile! Desde esa cacería en la que él fue tu salvador. Porque, vamos, hermana, no soy ciega. La forma en que lo miras…

—Scarlett… —advirtió Alexandra, sintiendo que su paciencia se agotaba.

Pero Scarlett no se detuvo. Se inclinó hacia adelante, como si compartiera un secreto prohibido, y susurró:

—Y lo peor de todo es que él lo sabe, Alex. Lo sabe y te tiene donde quiere. Lo que me lleva a la gran pregunta… —Se acercó aún más, su rostro apenas a unos centímetros del de Alexandra—. ¿Qué vas a hacer ahora? ¿Seguir fingiendo que nada ha cambiado? ¿O aceptar, de una vez por todas, lo que sientes?

El silencio que siguió a las palabras de Scarlett fue casi ensordecedor. Alexandra sintió que sus emociones estaban a punto de desbordarse, como un río que había sido contenido demasiado tiempo y que ahora amenazaba con destruir todo a su paso. No sabía cómo responder a su hermana. No sabía qué quería en realidad. Lo único que sabía era que las palabras de Scarlett eran como un espejo que reflejaba lo que ella se negaba a ver.

La puerta se abrió tras unos suaves golpes, Mary entró en la habitación y sonrió al ver a las hermanas juntas, en la misma cama.

—Buenos días —las saludó—. Lady Alexandra, han dejado una carta para usted.

Alexandra frunció el ceño. Confundida miró a su hermana que se encogió de hombros. ¿Una carta? No esperaba nada de nadie. ¿Quién podría escribirle tan temprano?

—Gracias, Mary —dijo, tratando de mantener la voz neutral.

Mary hizo una pequeña reverencia y salió de la habitación, dándoles de nuevo intimidad. Cuando la puerta se cerró, dejó escapar un suspiro, tenía claro que Scarlett iba a iniciar otra ronda de preguntas.

Observó el sobre con recelo, como si escondiera algún secreto peligroso. La caligrafía no le era familiar: elegante y estable, pero sin rasgo alguno que delatara a su autor. Se debatía entre abrirlo o dejarlo allí, sin más. El temblor en sus manos le indicaba que fuera cual fuera el contenido, no estaba preparada para enfrentarse a él.

—Si no lo abres tú, lo abriré yo. Estoy deseando saber si es de Kensington o de Blackwood. ¿Apostamos? —bromeó.

Alexandra farfulló algo inteligible y rasgó el sobre con cuidado. Para ser honesta sentía curiosidad por lo que decía la misiva. Lo hizo todo con premeditada lentitud, disfrutando del crujido del papel rompiendo el silencio que se había instaurado en la habitación. Disfrutando de la ansiedad de su hermana. Se lo merecía.

«Querida lady Alexandra,
El orgullo es una virtud que solo es valiosa cuando no se convierte en un muro que nos aísla de los demás. A veces, en la vida, nos encontramos con personas que, a pesar de su apariencia exterior, tienen más que ofrecer de lo que en un principio percibimos. Quizás sea hora de mirar más allá de las primeras impresiones y ver lo que de verdad podría estar a su alcance si permite que su corazón guíe tanto, o más, que su mente.
Con afecto,
Alguien que solo desea lo mejor para usted».

—¿Qué dice la carta, Alexandra? ¿Ha sucedido algo? Te has puesto más pálida que la sábana.

Alexandra leyó la carta en voz alta y luego otra vez. Scarlett tenía esa mirada soñadora que aparecía cuando su cabeza no dejaba de teorizar.

—Puedo escucharte pensar desde aquí —afirmó.

—Estoy tan emocionada… El baile, luego el beso, ahora la carta… ¡Todo es tan romántico!

—¿Eso te parece?

—A ver, Alex, analicemos. Primero, «orgullo». Está claro que te conoce.

A Alexandra se le erizó la piel al recordar todas las veces que Sebastian se había referido a su orgullo. ¿Sería el autor de esa… advertencia?

—Scarlett, ¿quién no conoce nuestra fama? —resopló, sin embargo.

—Tienes razón. «Mirar más allá de las primeras impresiones…». Hummm, ¿se referirá a Blackwood?

—¿Cómo podría saberlo?

El sonido de su respiración se hizo pesado. Sintió cómo la presión de todo lo que había contenido la noche anterior comenzaba a desbordarse. Lo último que necesitaba era otra pregunta sin respuesta, otro misterio por resolver. Las palabras de la carta no dejaban de resonar en su mente. «Mirar más allá de las primeras impresiones», se repitió en su mente. Era como si quien la había escrito conociera todos sus temores, sus inseguridades, y las plasmara en una simple

hoja de papel. «¿Era Sebastian? ¿Intentaba decirle algo?».

—Creo, hermanita, que se refiere a Blackwood, ¿habrá escrito él la carta?

—Lo cierto es que no lo creo. No me imagino a Blackwood escribiendo de esa manera…

—¿Tal vez la han escrito por él?

—¿Y cómo se supone que voy a saberlo? —replicó molesta.

—Vale, tienes razón. No sé por qué estás tan de mal humor, si a mí me hubieran besado así…

—Por cierto —la interrumpió—, ¿qué hacías en la habitación?

Ahora le tocaba a ella hacer las preguntas.

—¿La verdad? Me escondía de alguien —confesó encogiéndose de hombros.

—¿Huías de alguien? —interrogó con sorpresa—. ¿De quién? Al parecer no soy la única que tiene cosas que contar…

—De un conde no se qué… no le presté atención. Y, te diré, que yo no tengo nada interesante que contar, solo un pretendiente más que solo me ve como un objeto decorativo, nada más… Tan aburrido como siempre. Pero tú, hermanita, sí. Primero el baile, luego el beso… Estos bailes se están volviendo muy, pero que muy, interesantes…

Capítulo 15 Almack´s

-¡Por todos los cielos, Rosie! —exclamó Ivy, levantando los brazos mientras su doncella ajustaba el corsé con la fuerza de una amazona—. Si sigues apretando así, no voy a poder respirar en toda la noche. Y, quiero destacar, ¡no morir! —soltó, y acto seguido se miró al espejo con el ceño fruncido, tirando de las mangas de su vestido, como si buscara la manera perfecta de exhibirse.

La mansión de los Ashford bullía. La atmósfera era un caos ordenado: las doncellas corrían de un lado a otro con aderezos para el cabello, pañuelos de seda y pequeñas cajas con accesorios. El crepitar de las telas, los susurros de las damas y el eco de los pasos apresurados de Lady Ashford resonaban por todas partes, creando una sinfonía que marcaba el inicio de la preparación para la velada en Almack's. La noche prometía ser larga y todo debía ser perfecto.

El club más prestigioso de Londres celebraba esa noche uno de sus afamados bailes y, para una familia como los Ashford, asistir no era solo una obligación social, si no un momento decisivo. Almack's no era otro baile de la temporada; era el momento álgido del año para cualquier joven casadera. Las noches de Almack's eran, sin duda, las más vigiladas y codiciadas de toda la alta sociedad londinense.

Las Patronas, conocidas como las *Lady Patronesses*, eran las guardianas de la exclusividad de estos eventos, imponiendo normas estrictas sobre quién podía asistir, a qué hora debían llegar y cómo debían comportarse. La admisión no solo dependía de la reputación familiar, sino también del comportamiento, la forma de vestir y hasta de los movimientos de cada dama y caballero. Era una prueba de fuego para cualquiera que quisiera entrar a formar parte del círculo más selecto de Londres. De ahí que, la presión de mostrarse impecables ante las Patronas de Almack's, aquellas damas que decidían el destino social de todos, mantenía a todas con los nervios a flor de piel.

Clementine, sentada en una silla al otro lado de la habitación, gruño de dolor mientras su criada terminaba de atarle los zapatos. Su rostro estaba tenso, y no hacía el más mínimo esfuerzo por disimular su fastidio.

—Deberíamos tener al menos un día de descanso entre tanto baile. Aún me duelen los pies del de anoche. ¿Podrían inventar algún calzado que no sea una tortura? —lloriqueó—. Creo que voy a perder al menos dos dedos antes de que acabe la noche.

Rowena, siempre lista para soltar un comentario afilado, lanzó una mirada irónica a su hermana.

—¿Te duelen los pies, querida Clementine? Apuesto a que no te duele el estómago después de todos los pasteles que comiste ayer… y antes de ayer —comentó con una sonrisa ladina, mientras su doncella ajustaba con precisión militar las lazadas de su corsé—. Quizás si te moderaras un poco, podrías bailar sin quejarte.

Clementine apretó los labios y lanzó una mirada fulminante a Rowena, quien ni se inmutó. Esa era la dinámica habitual entre ellas: comentarios hirientes envueltos en una sonrisa. Alexandra estaba acostumbrada a ese intercambio de veneno y dulzura; era parte de la sinfonía cotidiana de la familia.

—¡Rowena, no seas tan cruel! —protestó Ophelia desde su rincón, aunque su tono era distraído, pues estaba más ocupada examinando un nuevo collar de perlas que luciría esa noche —. Clementine, cariño, recuerda que lo importante es parecer… divina, aunque los pies estén a punto de explotarte. Almack's no es un baile cualquiera y todas debemos estar deslumbrantes.

—Por supuesto, Ophelia. Como siempre preocupada por lo importante —bufó Serena, recostada en un diván con expresión aburrida. La menor de las hermanas observaba el ajetreo a su alrededor con cierta resignación—. ¿Qué más da lo que llevemos puesto? Va a ser igual que siempre: los mismos bailes, los mismos caballeros predecibles, las mismas conversaciones sobre… bueno, sobre nada interesante —bostezó.

En medio del alboroto, Scarlett se paseaba de un lado a otro con aire decidido, dando indicaciones a las criadas, revisando los vestidos de sus hermanas y corrigiendo los lazos y cintas que no estuvieran a su gusto.

—Aburridos o no, Almack's es diferente —añadió, mientras tiraba de una cinta de su vestido para ajustarla—. Las Patronas lo controlan todo: los invitados, el ambiente, hasta la música y las bebidas. Ningún escándalo queda sin ser juzgado por ellas. Es como si tuvieran ojos en todas partes. Y dicen que, si una de ellas te desaprueba, podrías ver tus esperanzas de matrimonio arruinadas para siempre.

—¿Entonces de qué nos preocupamos? ¿Acaso no queremos seguir solteras? —resopló Ivy.

—Ivy, querida —advirtió su madre.

—¿Sabéis? Son pocos los que reciben esa ansiada tarjeta de invitación blanca que da acceso al salón más cotizado de todo Londres. Si alguien comete un error —continuó con la explicación gesticulando con las manos como si narrara una historia de terror—, corre el riesgo de ser excluido de por vida. Pero es allí donde ocurre toda la magia… o el desastre —añadió con un tono divertido .

La habitación se llenaba de comentarios, mientras las criadas intentaban a toda prisa arreglar a las hermanas. Scarlett, sin embargo, estaba como pez en el agua supervisando cada detalle: la caída de un lazo, la alineación de las joyas, el brillo de las telas. Y, como siempre,

tenía algo que decir sobre todos los arreglos.

Alexandra observaba a sus hermanas dudar entre lazos y zapatos, y ella no podía dejar de pensar en cómo un solo giro de vals en Almack's podía cambiar el destino de toda una temporada. ¿Cómo podría disfrutar de esa noche cuando cada paso, cada mirada de las Patronas, determinaba si eras aceptada o exiliada de la alta sociedad? Sería mucho más fácil si toda esta presión no estuviera allí, en los ojos de esas cinco mujeres que parecían disfrutar jugando a ser diosas.

—¿Y bien, Alexandra? —preguntó con una sonrisa cómplice al llegar a su lado—. ¿Qué vas a llevar esta noche? ¿Algo que deje a Sebastian Blackwood sin palabras? —su tono era burlón, pero sus ojos resplandecían con interés.

Alexandra sintió cómo el rubor subía por su cuello y se instalaba en sus mejillas. Bajó la mirada, fingiendo que la elección de un broche para su vestido era la decisión más importante del mundo.

—No empieces, Scarlett. No es momento para tonterías —respondió, con el tono más indiferente que pudo adoptar, aunque sabía que su hermana no iba a dejarlo pasar con facilidad.

—No son tonterías, querida hermana —replicó Scarlett, con una sonrisa traviesa mientras se giraba para observarla de reojo—. Almack's es el terreno de caza de la temporada. Una mirada, un paso en falso… y todo puede cambiar en un instante. Además, ¿no crees que es fascinante que en un solo salón se decida el futuro de tantas jóvenes casaderas? Dicen que una puede entrar soltera y salir prometida en cuestión de un vals. Y tú… tú, Alex, serías la reina de esa pista si te lo propusieras.

—¿Tengo alternativa? —susurró.

Lady Ashford, captó al instante la tensión en el aire. Con el porte altivo que siempre la caracterizaba, se abrió paso hasta el centro de la estancia, su vestido ondeando a su alrededor, como una reina que llegaba a supervisar la escena.

—Niñas, recordad que esta noche no es solo para brillar. Se espera de vosotras la elegancia y el porte de una auténtica Ashford. Las Patronas no perdonan un solo desliz y cada uno de vuestros movimientos será observado con lupa. Esta noche, más que nunca, el destino de la familia está en vuestras manos. Así que mantened la compostura y no olvidéis lo que representamos. Nada resultaría más desastroso para nuestra reputación que aparecer en la lista de «rechazados» de Almack's —puntualizó—. Ophelia, asegúrate de que tu collar esté bien colocado, desde aquí parece que está torcido. Clementine, por favor, controla tus ansias antes de que lleguemos. No quiero ver ni una sola miga en tu vestido —sus ojos se dirigieron finalmente a Alexandra—. Y tú, querida… —Su tono se suavizó—. Quiero que estés radiante esta noche. Esta es una oportunidad que no podemos desaprovechar.

El salón de Almack's no era tan solo un lugar de baile. Bajo sus altos techos y sus

lámparas de cristal, se tejían intrigas, nacían secretos y se cruzaban miradas que contenían promesas impronunciables. Cada rincón albergaba un susurro, un acuerdo no dicho… La presencia de las Patronas como juezas silenciosas, dictaba el ritmo de cada vals y un simple paso en falso podía sellar el destino de una joven para siempre. Alexandra se preguntaba cómo alguien podía disfrutar de una noche con tanto en juego. Era… como bailar al borde de un precipicio.

—Una noche allí —prosiguió su madre con tono serio—, puede cambiarlo todo: hacer que una dama desconocida —hizo una pausa y las señaló a ellas— se convirtiera en la comidilla de la temporada o, peor aún, condenarla al olvido si no cumple con las expectativas de las Patronas. Tenéis que ser conscientes, hijas mías, de que las veladas en el club son como un tablero de ajedrez en el que cada movimiento debe ser calculado al detalle; cualquier paso en falso pude ser el último. Y si algo es cierto de Almack's, es que no perdona a los imprudentes.

Alexandra sintió que el peso de la mirada de su madre era mayor de lo habitual. Sabía que Almack's no era solo un baile, era un campo de batalla social donde las reputaciones se construían o se destruían en un solo giro de vals. Era el lugar perfecto para que los pretendientes hicieran un movimiento claro.

—Sí, madre, lo sé —suspiró.

—Pensé que no nos invitarían. —Rowena miró a su madre con gesto serio, rompiendo la tensión que flotaba en la habitación tras las advertencias de su madre.

—¿Por qué no iban a estar las hijas de lord Ashford invitadas? Sois hijas de un duque que, además, es miembro de la Cámara de Lores, por Dios Bendito —murmuró con inocencia fingida.

—Por la fama que nos precede, madre. Sabes muy bien cómo nos llaman…

—Eso son tan solo rumores infundados por la envidia que despertáis.

—Sin embargo, me hace dudar de si la invitación no es por otros… motivos.

—Ni lo menciones, lady Rowena Ashford —avisó con rotundidad su madre—. Sería algo bochornoso y no solo para nosotras. Ellas no lo consentirían —terminó la conversación, refiriéndose a las patronas.

—He oído, milady —irrumpió Meg, la criada de Ophelia—, que el señor Blackwood tiene vetada la entrada a Almack´s. Al parecer no solo por su falta de… —se detuvo para buscar la palabra adecuada—, prestigio, si no por su carácter indómito y su fama de libertino —susurró esa parte— que lo hacen inaceptable para las estrictas Patronas.

La noticia provocó en Alexandra una mezcla de emociones contradictorias. Por un lado, la confirmación de que Blackwood no podría entrar en Almack's le ofrecía una tregua momentánea: no tendría que enfrentarse a su presencia, a esa mirada que la desnudaba, al roce de su piel, o a ese beso que aún ardía en su memoria. Pero, por otro, la decepción se filtraba entre sus pensamientos como un veneno dulce. ¿Era cobarde sentirse aliviada por no tener que hacerle

frente? ¿O estaba loca por desear que rompiera las reglas y se colara para verla?

—¡Silencio! Basta de cotilleos, daos prisa. No quiero que lleguemos tarde.

El ajetreo regresó. Las criadas corrían con las cajas de zapatos, ajustaban las cintas de los vestidos y corrían a buscar los abanicos que hacían juego con cada conjunto. Los lazos de las cintas brillaban bajo la luz de las lámparas, las perlas y joyas reflejaban destellos suaves y elegantes, y el aroma de lavanda y rosas llenaba el aire mientras las criadas rociaban perfume en el aire para asegurar que cada una de las hermanas dejara una estela de frescor a su paso.

Las risas se mezclaban con las quejas: Clementine del ajustado corsé, Ophelia sobre si usar una diadema de oro o un prendedor de zafiros, Serena suspiraba con aburrimiento a cada oportunidad, creando una atmósfera bulliciosa y vibrante que solo podía vivirse en el hogar de los Ashford antes de un gran evento.

—Esperad a que lleguemos a Almack's —intervino Lady Ashford, elevando la voz para silenciarlas—. Si sabéis jugar bien vuestras cartas, esta noche puede ser decisiva. Así que comportaos como se espera de una auténtica dama Ashford.

Parecía injusto que tan solo cinco damas de la alta sociedad, tuvieran el poder de decidir quién tenía acceso al club y quién no. Y que cualquier falta de decoro, por pequeña que fuera, pudiese llevar a una expulsión inmediata y, con ello, al deshonor social.

—Bueno, si tan solo hay que sonreír y parecer perfecta, Alexandra tiene ventaja —se burló Rowena, mirando a su hermana mayor con esa mezcla de envidia y admiración que tanto la caracterizaba.

Alexandra no respondió. Su mente estaba lejos, perdida entre pensamientos de lo que la esperaba en Almack's. ¿Y si Kensington daba un paso que la obligaba a tomar una decisión? ¿Y si Sebastian volvía a romper todas las normas, como siempre hacía, y lograba colarse para volverla a ver?

La emoción, la tensión, las dudas… Todo se arremolinaba dentro de ella mientras observaba a sus hermanas reír, discutir y prepararse para la noche que estaba por comenzar. Una noche que prometía ser todo, menos predecible.

Capítulo 16 Reputación y poder

Las luces de Almack's brillaban desde lejos y el murmullo de los invitados que iban entrando al salón flotaba en el aire. El ambiente era tan denso como el murmullo de las conversaciones, el roce de los vestidos de damasco y el suave tintineo de las copas de cristal. Almack's, el centro de la vida social londinense, era más que un salón de baile; era el campo de batalla donde se libraban guerras de intrigas, reputación y poder.

Alexandra pausó su paso hasta detenerse para contemplar como su madre y hermanas se deslizaban hacia la entrada principal, moviéndose con la elegancia y la gracia que tan solo duros años de práctica podían otorgar.

Giró la cabeza para encontrar su reflejo en uno de los espejos colocados con estrategia a lo largo del extenso pasillo. El vestido, de tonos malva y dorado que llevaba, debía ser su carta de presentación, un símbolo de estatus y perfección. Y, sin embargo, no lograba encontrar el ánimo para seguirles el ritmo. Sus pies titubeaban. Quizás, una parte de ella deseaba quedarse allí fuera, bajo el cielo estrellado de Londres, lejos de las miradas inquisitivas y los cuchicheos que se gestaban tras las puertas de aquel temido, y a la vez adorado, salón.

Alexandra tomó aire, intentando contener los pensamientos que la asaltaban y que revolvían su estómago, al que llevó una de sus manos para tranquilizarse. Las palabras del maldito lord Sebastian Blackwood torturaban su mente sin aviso: «Romper con las reglas. Comenzar a ser ella misma…». Era peligroso, seductor, de eso no tenía ni la más mínima duda y no había podido dejar de pensar en él desde que la había besado.

No ayudaba el hecho de que la idea de desafiar las expectativas que había sobre ella, a su madre e incluso a su padre, se le antojaba tentadora. Por otro lado, estaba esa parte de ella, educada en la obediencia, que sabía muy bien lo que estaba en juego: una reputación construida con precisión a base de sacrificios, un destino planeado por su familia desde que tuvo uso de conciencia…

No se dio cuenta de cuánto tiempo había estado perdida en sus pensamientos hasta que vio cómo las puertas que daban acceso a Almack´s empezaron a cerrarse poco a poco. Las voces de las damas, el suave roce de la seda, el sonido de los violines resonando de fondo, se volvían un susurro, como si fueran parte de otro mundo.

Las sombras de la duda la envolvían, la atrapaban con engaños, mostrando la imagen de Blackwood: su mirada, sus manos sobre ella, ese beso que no podía dejar de sentir… Y, justo en ese instante, supo lo peligroso que era ese hombre. Cerró los ojos un segundo, como si se

despidiera del recuerdo, y avanzó hacia la entrada cruzando el umbral de Almack's en el último momento.

El portero apenas tuvo tiempo de retirarse y dejarla pasar antes de cerrar las puertas con un suave gesto. Alexandra sentía como si todo el salón hubiese contenido la respiración en ese instante, cada par de ojos se dirigió hacia ella, y una tensión invisible pareció colarse entre las paredes de mármol y terciopelo. Sus hermanas, ya adentro, se giraron con curiosidad y Lady Ashford, que la esperaba con el porte altivo que siempre la caracterizaba, se adelantó hacia ella con una sonrisa afilada.

—Querida —murmuró con voz baja y una sonrisa impostada que mantenía la apariencia de calma a pesar de la furia que latía tras sus palabras—, ¿en qué estabas pensando? Llegar tarde a Almack's es imperdonable. —Le tomó la mano con suavidad, pero la presión que ejercía sobre sus dedos demostraba que su madre no estaba nada complacida.

—Lo siento, madre, algo me distrajo. —Alexandra no pudo mirar a su madre directamente; en cambio, clavó la mirada en el suelo, mientras intentaba aparentar compostura. Su corazón martilleaba con fuerza en su pecho y, sin embargo, sabía que debía sonreír, que debía caminar como si nada hubiese pasado, como si llegar tarde no hubiese sido el desafío interno que en realidad era.

—Mirada al frente, jovencita, no olvides que eres una Ashford —señaló su madre.

Lady Ashford no dijo nada más; con la sonrisa imperturbable la condujo hacia el centro de la sala. Alexandra avanzó junto a su madre, sintiendo las miradas clavadas en su espalda y, a cada paso que daba, los susurros de las damas se mezclaban con el sonido del vals que sonaba de fondo.

—¿Visteis que se atrevió a llegar cuando estaban a punto de cerrar? Siempre quiere destacar por encima de las demás.

—He escuchado que usa el púrpura porque es el color de la soberbia, pero ¿acaso no debería vestir de blanco? ¿No sabe que ese color está reservado a la realeza? Parece que tiene una opinión muy alta de sí misma.

—Es evidente que no tiene ni una pizca de humildad, ¿qué otra joven decente se atrevería a desafiar las normas de esa forma?

—Oh, pero qué hermosa es.

—Quizás demasiado bella para su propio bien, ¿no dicen que «demasiado» es signo de problemas? —La joven hizo una pausa antes de añadir—. He visto cortesanas con la misma mirada intensa y ese porte altivo.

—Quizás confunde «elegancia» con otra cosa… —Y, acto seguido, una risa contenida. Lo bastante baja como para parecer civilizada, lo suficiente fuerte como para que la escuchara.

Alexandra apenas distinguía las caras o las voces, pero podía sentir el juicio en el

ambiente. Las miradas y los bisbiseos no eran algo nuevo para ella, pero esa noche todo parecía más implacable. Al entrar al salón, vio a las Patronas, sentadas en su lugar de honor, como reinas supervisando su corte. Lady Jersey, con su porte elegante y su sonrisa gélida, la miraba con la misma expresión de quien evalúa a una joya rara. Alexandra la saludó con una reverencia impecable y Lady Jersey asintió como aprobando su presencia, por el momento.

—Venga, hija —continuó Lady Ashford con voz más suave mientras se acercaban a una mesa de refrescos—. Deja de parecer una estatua y actúa con la dignidad que se espera de ti.

Mientras cruzaban la estancia hacia una de las mesas de refrescos, Alexandra captó una escena familiar: a un lado, Lady Bridgerton charlaba con tono jovial con una de sus amigas cercanas, mientras lady Daphne Bridgerton, la perfecta debutante, sonreía a un grupo de jóvenes caballeros que se disputaban su atención. Alexandra se preguntaba qué tan real era aquella perfección o si, como ella, Daphne escondía tras esa sonrisa el peso de sus propias expectativas. La joven Bridgerton era la imagen misma de una dama impecable, pero Alexandra sabía que detrás de cada sonrisa perfecta podía esconderse un torbellino de emociones.

Lady Ashford continuó guiando a sus hijas hacia el centro de la sala, saludando a los conocidos con leves inclinaciones de cabeza. Las damas de Almack’s, con sus rígidas normas de etiqueta y su exigente control sobre la moral y la reputación, las evaluaban con sus ojos atentos. Y, entre esas miradas inquisitivas, había una, en especial, interesada en ella: Lady Jersey. La dama, con su vestido gris perla y su porte majestuoso, observaba con detenimiento cada movimiento de Alexandra, como si buscara la más mínima grieta en su fachada.

Sin embargo, las miradas de las Patronas dejaron de importar en el momento en el que sus ojos se toparon con él. Apoyado contra una columna de mármol, con una expresión relajada, casi desafiante, como si nada de lo que sucediera en aquella sala le importara. Sabía que sus ojos recorrían la sala captando cada detalle, cada gesto, cada suspiro… Aunque sintió que solo estaba allí por una razón: ella. ¿El destino se complacía al ponerla a prueba?

Él la observó con una gravedad que hizo que el corazón de Alexandra se acelerara hasta faltarle el aliento y, por un momento, se sintió expuesta, como si la mirara a través de todas sus defensas. Había en él algo peligroso, algo que la atraía como una polilla a la llama. Apretó los labios, tratando de no pensar en la noche anterior, en ese beso que aún le ardía en los labios.

Justo entonces, una voz suave y segura la envolvió.

—Lady Alexandra —Lady Jersey la observó con un aire de elegante expectación— Permítame presentarle a un… invitado poco usual en estas veladas. —La sonrisa de la Patrona era amable, pero sus ojos relucían con un brillo travieso—. Lord Sebastian Blackwood. Es un honor que haya decidido unirse a nosotros, después de tanto tiempo rechazando nuestras invitaciones.

Alexandra sintió que el suelo bajo sus pies se tambaleaba. ¿Blackwood, invitado? Y, peor

aún, ¿había rechazado antes la entrada a Almack's? Aquello era una afrenta para cualquier dama de sociedad, pero para él, parecía no ser más que un juego. Y ese pensamiento la enfurecía y la atraía al mismo tiempo.

—Lady Alexandra —dijo Sebastian, haciendo una reverencia suave y con una sonrisa apenas perceptible en sus labios—. Es un verdadero placer verla aquí.

—Lord Blackwood… —La voz de Alexandra tembló, traicionando sus emociones. Sentía que todos los ojos estaban puestos sobre ellos, pero también sentía que no importaba. Todo a su alrededor dejó de existir y solo estaban ellos dos, atrapados en un juego de miradas y palabras que nadie más comprendía.

—Lady Alexandra, espero que la velada esté a la altura de sus expectativas —continuó él, con ese tono que solo ella conocía, un tono que escondía secretos y promesas.

—Espero que usted también la disfrute —respondió Alexandra, intentando mantener el tono formal, aunque su corazón latía con fuerza en su pecho.

—Estoy seguro de que será así —dijo Sebastian, inclinando la cabeza—. Siempre es un placer… estar rodeado de personas tan encantadoras.

Y, en ese momento, apareció Kensington. Su presencia era como un recordatorio del mundo en el que vivían, de las reglas y las expectativas que ambos, Alexandra y Sebastian, intentaban evitar.

—Lady Alexandra —Kensington sonrió con dulzura, sin sospechar la tensión que había entre ellos—. ¿Me concedería este baile?

Por un instante, Alexandra se sintió atrapada entre la mirada expectante de Kensington y la presencia abrumadora de Sebastian. Sabía que elegir a uno de ellos significaría tomar una decisión, y no estaba segura de estar lista para ello. Pero, al final, con un suspiro apenas perceptible, aceptó la mano de Kensington.

—Por supuesto, milord —respondió, manteniendo la voz firme y una sonrisa que intentaba no traicionar sus emociones.

Mientras Kensington la guiaba hacia la pista de baile, Alexandra lanzó una última mirada hacia Sebastian que parecía distraído en su conversación con un caballero de apariencia imponente y porte inconfundible.

Sebastian no podía dejar de mirarla, apretaba los puños de manera disimulada para contener las ganas de ir a por ella y arrancársela de los brazos a ese pusilánime de Kensington. Dio un sorbo a una copa de vino, pero ni eso logró ayudarle a tragar todo ese que se había atascado en su garganta.

—Así que, después de todo, vas a romper todas las reglas por ella —preguntó mirando a Sebastian su amigo Duncan.

—Eso parece —masculló.

—Nunca lo hubiera dicho. Sebastian Blackwood, el más canalla entre los canallas, el hijo bastardo que se hizo a sí mismo superando las expectativas de todos, el que juró y perjuró que solo estaría con una mujer para que le calentara la cama, eclipsado por una de ellas. Aunque, déjame decirte, amigo mío —continuó—, que esas hermanas pecado tienen, verdaderamente, el poder de hacer pecar a un hombre. Incluso yo tengo miedo de caer rendido ante alguna de ellas…

—Deja de burlarte de mí, Duncan, o te mandaré de regreso a tus amadas Highlands de una patada.

La risa de su amigo resonó imponente, igual que lo era su presencia.

—¿Sabe que ostentas el titulo de duque?

—No, nadie lo sabe. Todavía.

—Ya veo. Si la quieres para ti, déjalo claro ahora o la perderás para siempre. Te aseguro que a esa mujer opciones no le van a faltar.

Alexandra no apartaba la mirada de los dos hombres que, aunque no podía escucharlos, estaba segura de que hablaban de ella.

El vals comenzó e intentó concentrarse en los pasos del baile, en el ritmo de la música, pero, por más que lo intentaba, no lo conseguía.

—Lady Alexandra, parece distraída esta noche —señaló Kensington con tono gentil, tratando de captar su atención—. Espero que todo esté bien.

—Solo pensaba en lo que esta noche significa para mí y mi familia —. Trató de ser convincente, pero su voz revelaba sus dudas.

La sonrisa de Kensington se volvió más rígida y, por un momento, Alexandra notó una sombra en sus ojos. Una frialdad que no había visto antes. Él acercó su rostro al de ella, como si fueran a compartir un secreto, pero sus palabras eran cualquier cosa menos suaves.

—Alexandra, creo que entiendes bien lo que esta noche significa. Deja de mirar a tu alrededor como si tuvieras opción alguna. Tú y yo sabemos que, al final, te convertirás en mi esposa —afirmó tuteándola.

—Lord Kensington —balbuceó confundida y sorprendida por el tono tajante de su voz—. No creo que sea tan…

—No seas ingenua, Alexandra. —Kensington la cortó con un susurro afilado, apretando su mano con fuerza—. Esto no es un cuento de hadas en el que puedes decidir quién será tu príncipe azul. Tu padre ya ha dado su aprobación, y tu madre no puede esperar a que lo hagamos oficial. ¿Te crees tan especial como para desafiar las normas de tu familia? Piensa bien lo que haces, porque si te atreves a poner en riesgo todo lo que tienen planeado para ti… —su tono se endureció aún más, mostrando un rastro de amenaza—, habrá consecuencias. Al final, Alexandra, serás mía. Te guste o no.

Alexandra sintió que su pecho se comprimía y el aire se volvía pesado. La crueldad y

frialdad de sus palabras la golpearon como un jarro de agua fría. No esperaba escuchar tal seguridad y posesividad de Kensington, a quien siempre había considerado amable y cortés. Ahora lo veía con otros ojos: como un hombre que la percibía como una posesión, una conquista, no como un ser humano con deseos y elecciones propias.

Mientras giraban en la pista, las palabras de Kensington seguían resonando en su cabeza. Y fue entonces, en uno de esos giros, que volvió a ver a Sebastian Blackwood. Él estaba de pie, a un lado del salón y, aunque su expresión era tranquila, había algo en sus ojos que ardía con violencia, como si supiera todo lo que acababa de ocurrir.

—No permitiré que seas de ese hombre —siseó con furia y en ese instante pudo verlo como a serpiente que era.

Quiso escapar, pero el peso que llevaba sobre los hombros la impedía salir corriendo como deseaba en ese instante.

Sebastian se movió con la rapidez de un cazador. Con un gesto fluido y sin mostrar la más mínima duda, se dirigió hacia la pista de baile, sus pasos seguros y su mirada fija en Alexandra. La multitud se apartaba a su paso y, aunque sabía que muchos de los presentes desaprobaban su presencia, no mostraba el menor signo de incomodidad. Era como si estuviera hecho para romper reglas, para desafiar a la sociedad.

Alexandra sintió un alivio inesperado; la oscuridad de Blackwood parecía menos peligrosa que la cárcel dorada que Kensington le ofrecía. Y, en ese instante, su decisión se volvió clara.

El mundo pareció detenerse cuando la voz de Sebastian resonó con fuerza por encima de todo.

—Lady Alexandra —la llamó, rompiendo todas las normas y dirigiéndose hacia ellos—. Me temo que debo interrumpir. —Su tono era firme, indomable, como si desafiara a todos los presentes.

Kensington se tensó a su lado, molesto por la intromisión. Las reglas de Almack's eran claras; no se podía interferir en un baile a menos que fuera por una causa mayor. Sin embargo, allí estaba él, rompiendo todas las normas.

Alexandra sintió que su corazón latía con una energía abrumadora. Y mientras todo el salón observaba, Sebastian extendió la mano hacia ella, con una seguridad que no dejaba lugar a dudas sobre sus intenciones.

Kensington miró a Alexandra, esperando su respuesta. Durante unos segundos, dudó. Sabía que tomar la mano de Sebastian sería abrir la puerta a un sinfín de rumores, a miradas de desaprobación, a juicios sobre su comportamiento. Pero también sabía que rechazarlo sería como negar una parte de sí misma, una parte que anhelaba ser libre, ser salvaje… ser ella.

—Milord… —susurró, con voz temblorosa.

—¿Me concedería este baile?

Los ojos de Alexandra se encontraron con los de Blackwood y supo que estaba al borde de un precipicio. Aceptar significaba dejarse llevar por el torbellino de emociones, romper con todo lo que se esperaba de ella. Y aunque cada fibra de su ser sabía que era peligroso, cada fibra de su ser también deseaba dar ese salto.

—Sí, milord. Sería un honor —respondió tomando su mano con seguridad.

El asombro cruzó el rostro de Kensington por un instante antes de que pudiera recomponerse. Aunque Alexandra ya no lo veía; sus ojos estaban clavados en Sebastian, que sonreía con una satisfacción que ardía en sus entrañas. Cuando él tomó su mano, el contacto fue como una descarga eléctrica, y, por un segundo, todo en Almack's dejó de importar. La pista, las luces, las reglas… todo se desvaneció.

Sebastian la atrajo hacia sí y la música volvió a sonar marcando un ritmo más íntimo, más lento. Cada giro, cada movimiento de sus cuerpos, era un diálogo silencioso, una conversación que no necesitaba palabras. La forma en que él la sostenía, tan firme y a la vez tan suave, le hacía sentir que estaba en el borde del abismo, a punto de caer… y deseando hacerlo, aunque no quisiera admitirlo.

—¿Por qué lo hace, lord Sebastian? —murmuró, el temblor en su voz apenas disimulado mientras giraban al compás de la música—. ¿Por qué sigue… empujándome hacia usted?

Blackwood inclinó su cabeza, acercándose lo suficiente como para que su aliento rozara la piel de su cuello, y sonrió de lado. Sus palabras eran suaves, aunque cargadas de un significado que solo ella podía comprender:

—Digamos que me gustaría ver qué sucederá cuando cierta dama se atreva a desafiar su propio destino. Y usted, Alexandra, tiene un modo fascinante de desafiar todo a su alrededor… incluso a usted misma. —Sus dedos rozaron apenas la piel de su espalda.

Alexandra sintió un escalofrío recorrerle la espalda. Sabía que había algo más detrás de esas palabras, algo que aludía a ese beso prohibido, a la noche en la que habían cruzado la línea de lo aceptable. Pero Blackwood, como siempre, dejaba que los detalles se ahogaran en el misterio.

—Y si decidiera no desafiar nada —replicó, tratando de mantener la compostura—, ¿se retiraría, milord?

La sonrisa de Blackwood se amplió, y en sus ojos apareció el destello de un desafío apenas contenido.

—Pero eso sería un juego muy aburrido, ¿no le parece? Prefiero una dama que no tema… explorar lo desconocido.

—No soy la dama que necesita, lord Blackwood.

—Nunca la soberbia me pareció tan atractiva, lady Alexandra —reveló sin dejar de

mirarla a los ojos—. Déjeme confesarle algo, cuando me mira como si quisiera romper todas las reglas… solo deseo ayudarla a hacerlo.

Alexandra sintió que su corazón se aceleraba y la música, las voces, las miradas, todo se desvaneció. Sabía que había cometido un error, que lo que estaban haciendo era peligroso, que estaban jugando con fuego… pero también sabía que, por primera vez, se sentía viva.

Y mientras seguían girando al compás de la música, Alexandra supo que ya no había vuelta atrás.

Capítulo 17 White's Club

El olor a madera pulida y tabaco llenaba el ambiente del club de caballeros más prestigioso de Londres, el White's Club. El salón estaba decorado con paneles de caoba y retratos de antiguos miembros de la aristocracia que parecían observar con desaprobación cada movimiento de los hombres que ocupaban sus sillones de cuero oscuro. Las conversaciones, aunque distendidas, estaban siempre cargadas de segundas intenciones. Ahí no solo se hablaba de política y negocios, sino que se gestaban los pactos que cambiarían el destino de familias enteras.

Lord Ashford ocupaba uno de los sillones junto a una ventana que daba a St. James's Street, con el ceño fruncido mientras escuchaba a lord William Kensington, que hablaba con su habitual tono educado pero cargado de veneno, como el filo de una daga oculta bajo una capa de terciopelo.

—Espero que entienda, milord —dijo Kensington, jugando con el borde de su copa de brandy—, que mi interés en lady Alexandra no es solo una cuestión de afecto. He admirado a su familia durante años, y estoy seguro de que nuestro matrimonio sería una unión de fortaleza y conveniencia. —Su sonrisa se ensanchó, pero no alcanzó sus ojos—. Después de todo, ¿qué mejor manera de consolidar una alianza entre dos grandes casas?

Lord Ashford asintió despacio, sus dedos tamborileando con suavidad sobre el brazo del sillón. Sabía que el matrimonio de su hija con Kensington aseguraría la estabilidad financiera de su primogénita, pero también sabía que su hija no se sentía atraída por ese hombre. Alexandra lo había dejado claro, aunque con la sutileza que una dama debía mantener en estos asuntos. Y, además, había algo en Kensington que no terminaba de agradarle. No quedaba rastro de la calidez de aquel niño que conoció, solo frialdad en su voz y una gran falta de verdadera nobleza. No entendía cómo ese dulce niño de sus recuerdos se había convertido en un hombre falso y con tal ansia de poder.

—Lo que dice tiene sentido, lord Kensington —respondió Lord Ashford con cuidado—. Pero sabe que mi hija no puede ser forzada a hacer algo contra su voluntad.

Kensington soltó una risa suave, un sonido que hizo que la piel de Lord Ashford se erizara.

—Por supuesto, milord. No estoy sugiriendo que la obliguéis. —Kensington se inclinó un poco hacia adelante, con los ojos brillando con una luz peligrosa—. Pero como bien sabe, a veces, las decisiones importantes deben tomarse por el bien de la familia, más allá de las

emociones pasajeras. —Hizo una pausa y su tono se suavizó—. Y estoy seguro de que ninguno de nosotros querría que, ciertos asuntos, salieran a la luz. Asuntos que podrían manchar el impoluto apellido Ashford.

Lord Ashford tensó los hombros, pero mantuvo el rostro impasible.

—¿A qué se refiere? —preguntó con frialdad.

Kensington sonrió con una calma perturbadora.

—Solo digo, milord, que he escuchado rumores. Rumores sobre ciertos negocios fallidos que la familia Ashford intentó años atrás. Inversiones que no fueron del todo limpias, ni rentables. Y, bueno, en esta ciudad… los rumores tienen una manera curiosa de encontrar oídos atentos.

Lord Ashford se inclinó hacia adelante, el enfado latía en su interior como un fuego difícil de contener.

—Mis negocios son irrelevantes para usted, lord Kensington. Y le sugiero que sea claro si pretende amenazar a un duque que además es miembro de la Cámara de los Lores.

Kensington levantó las manos con una expresión de fingida inocencia.

—Milord, no quisiera que malinterpretara mis palabras. No es una amenaza. Solo una advertencia amistosa. —Sus ojos brillaron con malicia—. Después de todo, si ciertos… incidentes del pasado se hicieran públicos, su reputación podría verse arrastrada hasta los bajos fondos de Londres. Y no querría eso para su familia, ni mucho menos para lady Alexandra, por la que siento un gran afecto. Solo pienso en lo que dirían las Patronas de Almack's si esos rumores comenzaran a circular justo cuando su hija está en el apogeo de su temporada.

El estómago de Lord Ashford se revolvió. Sabía a qué se refería Kensington. Hubo una inversión en un acuerdo comercial en el Caribe hacía años, cuando era más joven e ingenuo, y que había fracasado por completo. Las circunstancias alrededor de ese fracaso habían sido opacas y no todo lo que ocurrió fue legal. Si esas historias regresaban, podrían destruir la reputación de su familia y Kensington, de alguna manera, lo sabía.

—Está jugando con fuego, lord Kensington —dijo lord Ashford, su voz en un tono bajo y amenazante—. Si cree que puede chantajearme sin más, le sugiero que lo pienses dos veces.

Kensington se encogió de hombros, bebiendo un sorbo de brandy con tranquilidad.

—No es chantaje, milord, es simple pragmatismo. La mano de Alexandra consolidará nuestro acuerdo. Un trato beneficioso para ambos. Usted ganará estabilidad y yo obtengo lo que merezco. Al final del día, todos salimos ganando. —Kensington sonrió con satisfacción—. Y no creo que tenga otra opción mejor. ¿O me equivoco? No es fácil, ni todos los caballeros están dispuestos, a acercarse a una Ashford. Todos esos rumores sobre sus pecados, sobre esa reticencia al matrimonio…

El ambiente estaba cargado con el inconfundible olor de tabaco y cuero envejecido, mezclado con el leve aroma a brandy que impregnaba el aire. Sebastian Blackwood se encontraba apartado en un rincón, con la mirada fija en un punto indefinido del salón, mientras sus pensamientos divagaban, aunque sin dejar de observar con cautela la interacción entre Lord Ashford y William Kensington al otro extremo de la estancia.

El leve chasquido de una copa al posarse sobre la mesa interrumpió sus pensamientos. Laird Duncan MacLeod, el escocés cuyo porte imponente y carácter inflexible lo precedían, estaba a su lado, tan imperturbable como siempre.

—Veo que esta noche algo ocupa todos tus pensamientos, amigo. ¿Puedo saber la razón?

—No me fío de Kensington, Duncan —murmuró, su voz apenas audible para el resto de los caballeros, pero clara para su amigo—. Hay algo en su comportamiento que me resulta inquietante. No solo en la manera en que corteja a Alexandra, sino en sus intenciones. Algo no encaja.

Duncan ladeó la cabeza siguiendo la línea de visión de su amigo hasta detenerse en Kensington, cuya postura y semblante denotaban una arrogancia apenas disimulada.

—Nunca he sido partidario de confiar en hombres cuya sonrisa nunca alcanza sus ojos —afirmó con su tono bajo y solemne—. He escuchado algunos rumores sobre él, aunque nada que pueda considerarse concluyente.

Blackwood se giró hacia Duncan, sus ojos brillando con una decisión inquebrantable.

—Necesito que tires de esos hilos. Si hay algo oscuro en su pasado, quiero saberlo. No puedo permitir que ese hombre se acerque más a la familia Ashford, mucho menos a lady Alexandra.

Duncan asintió, un gesto casi imperceptible que denotaba su total compromiso con su amigo.

—Así que el motivo de tu distracción, de tu mal humor y de que, de repente, quieras inmiscuirte en los asuntos privados de otros, se llama Alexandra…

—Duncan… —lo advirtió.

—Me alegro por ti, Sebastian.

—No hay nada de lo que alegrarse.

—Vamos, soy yo, conmigo esos juegos que os traéis entre manos los sassenachs no son

válidos. Me alegra ver que, al fin, una mujer haya atrapado tu atención. Me gustaría conocer en persona a la dama en cuestión, ha de ser… especial.

—Es… diferente —aceptó.

—He oído hablar de un malogrado negocio en las Indias Occidentales. Se dice que las tierras que prometió vender resultaron ser poco más que un pantano infértil. Pero los detalles son vagos. Haré mis averiguaciones, aunque te advierto, lord Kensington es un hombre astuto a pesar de esa apariencia simplona.

Blackwood apretó los labios, endureciendo su expresión.

—No me importa lo astuto que sea. Si existe algo con lo que desenmascararlo, confío en que tú lo descubrirás.

El escocés esbozó una sonrisa sombría.

—Eso está hecho, viejo amigo. Aunque me pregunto si ella lo sabe…

—Si ella sabe, ¿qué?

—Que has decidido quedarte con ella.

—Creo que es una expresión que solo usáis los bárbaros de las Highlands, dicho esto tan solo te diré que espero habérselo dejado claro la otra noche.

Duncan sonrió y levantó la copa brindando por su amigo.

—Creo que tendré que acercarme a uno de esos famosos bailes para verla en persona.

Con una leve inclinación de cabeza, Blackwood se levantó de su asiento, ajustando el cuello de su chaqueta con precisión. Avanzó con pasos firmes hacia donde Lord Ashford y lord Kensington continuaban su conversación, su andar seguro resonaba con discreción sobre el suelo de mármol. La mirada de Kensington se tensó al notar la presencia de Blackwood, pero hizo un esfuerzo evidente por mantener la compostura.

—Espero no estar interrumpiendo ningún asunto de importancia —dijo Blackwood, su voz cargada de intención, sus ojos fijos en Kensington con una desconfianza que no pasó desapercibida.

Kensington se inclinó levemente, esbozando una sonrisa que no alcanzó a suavizar la frialdad de su mirada.

—Nada que no pueda resolverse entre caballeros, lord Blackwood —respondió con una falsa cortesía—. Tan solo debatíamos sobre posibles alianzas futuras —puntualizó.

—Alianzas, sí… —Blackwood hizo una pausa, dejando que sus palabras calaran en ambos interlocutores—. He oído comentarios sobre algunos acuerdos recientes que ha hecho, lord Kensington. Parecen ser bastante… arriesgados, si me permite decirlo.

Kensington se irguió en su asiento, su expresión se endureció por un segundo, justo el tiempo que tardó en recomponerse.

—No sé a qué se refiere, lord Blackwood. Mis negocios son intachables —respondió con

firmeza, aunque la rigidez de sus hombros sugería lo contrario.

Blackwood no apartó la mirada, su expresión manteniéndose impasible.

—Es curioso cómo los rumores suelen tener algo de verdad en su origen. Se dice que algunos de esos acuerdos han dejado a más de una familia en una situación bastante… precaria —dijo con tono casual—. Tal vez sea prudente que investigue la fuente de esos rumores antes de que se conviertan en algo más… público.

Kensington, molesto, se levantó de su asiento de manera repentina.

—No son más que habladurías sin fundamento —espetó, aunque su tono no tenía la confianza de antes—. En esta ciudad, todos sabemos lo fácil que es generar una mala reputación a partir de simples chismes.

Blackwood lo observó con una leve sonrisa en los labios, un gesto que no alcanzaba sus ojos.

—Ciertamente, los rumores pueden ser inofensivos… o devastadores, dependiendo de su contenido —replicó Blackwood, acercándose lo justo para que solo lord Kensington y Lord Ashford pudieran oírle—. Y si hay algo que detesto más que un mal negocio, es un hombre que traiciona la confianza de otros.

Kensington, consciente de la amenaza implícita, lanzó una última mirada calculadora a Lord Ashford, quien permanecía observando la escena en completo silencio, con el ceño fruncido.

—Milord —dijo Kensington, dirigiéndose a Lord Ashford—, no permita que estas insinuaciones os distraigan de lo que de verdad es importante. El tiempo no está de nuestro lado. Considerad bien lo que está en juego.

Y, sin más preámbulos, hizo una reverencia cortés y se retiró del salón. Cuando llegó a la puerta, Kensington se detuvo un instante, volviendo la cabeza apenas lo suficiente para hablar solo a Blackwood.

—Algunos hombres creen tener la partida ganada… pero a veces el tablero cambia de manera inesperada. —Sonrió con frialdad—. Y en ese caso, ni todo su poder será suficiente para salvarlos.

Con ese último comentario, se despidió con una leve inclinación, pero la amenaza quedó flotando en el aire, como una daga suspendida a la espera de caer.

Lord Ashford, que había permanecido en silencio durante todo el intercambio, dirigió una mirada inquisitiva hacia Blackwood.

—No sabía que su interés por mi hija fuera tan… personal —comentó con cautela.

Blackwood mantuvo la compostura, en su mirada se percibía la determinación de un hombre dispuesto a luchar por lo que quería y sus palabras fueron firmes, sin rastro de duda.

—No es solo interés, milord. Es mi deber proteger aquello que valoro. Y lady Alexandra

es digna de algo mucho mejor que un hombre como lord Kensington. —Hizo una pausa deliberada, dejando que sus palabras calaran hondo—. Si me lo permitís, estaré a vuestra disposición para encontrar una solución más adecuada. No permitiré que alguien como él se acerque a vuestra familia sin enfrentar las consecuencias.

Lord Ashford frunció el ceño, sus ojos oscuros ahora más severos. Parecía debatirse internamente, como si su mente no quisiera aceptar lo que su corazón ya había decidido.

—No me malinterprete, lord Blackwood —comenzó, su voz ahora más baja y solemne—. Aprecio su disposición a proteger a mi hija. Alexandra es… especial. No es como las demás jóvenes de la temporada, eso lo sabe. Su espíritu es indomable, y aunque eso puede ser una virtud, también hace que los caballeros se muestren reticentes a cortejarla. Ella no se doblega ante las expectativas. La prueba la tiene en que esta es su… he perdido la cuenta de las temporadas que hace que debutó.

Blackwood sonrió, aunque su expresión permaneció firme.

—Es ese espíritu lo que me atrae de ella, milord. Alexandra no debería ser obligada a comprometerse con alguien que no pueda valorar su naturaleza. Alguien que busque moldearla a su conveniencia y hacerla perder esa parte que la hace única… no sería conveniente para ella.

Las palabras de Blackwood resonaron en el aire como una declaración formal, pero lord Ashford no se dejó llevar por el momento. Se inclinó un poco hacia adelante, evaluando cada movimiento y palabra de su interlocutor.

—Sin embargo, hay algo que me preocupa, lord Blackwood —admitió, eligiendo sus palabras con cuidado—. Ambos sabemos que vuestra reputación no es impecable. Aunque mi hija podría no ver el peligro en vuestra compañía, otros lo harán. No quisiera exponerla a comentarios malintencionados. Alexandra no es inmune a los juicios de la sociedad, por más que quiera aparentarlo.

El silencio que cayó entre ambos hombres fue pesado. Blackwood, sin embargo, no parecía afectado por las palabras de lord Ashford. Con un gesto calmado, dejó su copa de brandy sobre la mesa, sus ojos oscuros no se apartaron, ni un segundo, de los de su interlocutor.

—No voy a negarlo, mi reputación ha sido motivo de habladurías. Pero si esos rumores importaran tanto, no estaría aquí hoy. —Sebastian hizo una pausa, permitiendo que sus palabras resonaran—. No vine para pedir permiso, Lord Ashford. Vine para ofrecerle mi ayuda y con su aprobación, o sin ella, haré lo necesario para proteger a lady Alexandra. Y si el matrimonio es la única manera de asegurar su bienestar, entonces estaré más que dispuesto a tomar esa responsabilidad.

Lord Ashford lo observó durante unos segundos que parecieron eternos, sopesando sus opciones y las palabras que acababa de escuchar. El duque no era un hombre que cediera a la presión, pero sabía que Alexandra era lo único que de verdad importaba.

—Casarse con mi hija es una responsabilidad mayor de lo que parece, Blackwood —advirtió con una calma calculada—. No soy ciego ante las necesidades de mi familia, ni ante las de Alexandra. Si está en verdad dispuesto a comprometerse con ella, tendrá que demostrarlo. No solo a mí, si no a todo Londres.

Blackwood inclinó la cabeza en un gesto de respeto.

—Lo haré, milord. Y cuando lo haga, espero que sea testigo de lo que soy capaz de hacer por ella.

Lord Ashford se levantó, su postura seguía siendo rígida, aunque su mirada era más suave de lo que había sido al comienzo de la conversación.

—Entonces, creo que este es solo el principio, lord Blackwood. Por el bien de mi hija, espero que no se equivoque. Aunque, sabe tan bien como yo, que convencer a Alexandra será el mayor reto de todos. —La mención de su hija llevó una pequeña sombra de duda a los ojos del duque—. No será fácil. Bien lo sé yo…

Blackwood asintió, consciente de la verdad de esas palabras.

—Nunca busqué lo fácil, milord. Alexandra es como un viento indomable, y no tengo intención de intentar cambiarla. Solo me propongo estar a su altura… y ganarme su confianza, paso a paso.

Lord Ashford lo observó durante un instante más, sopesando las palabras del hombre antes de finalmente hacer un pequeño asentimiento.

—Eso será lo más difícil, lord Blackwood. Alexandra no se entrega con facilidad ni a las expectativas de los demás, ni a los sentimientos que no ha elegido. —Hizo una pausa, su tono se tornó más solemne—. Pero si logra ganar su respeto, tal vez podrá aspirar a mucho más. Le deseo suerte en ese empeño. La necesitará y, más aún, necesitará voluntad.

Blackwood sostuvo la mirada de Lord Ashford, asintiendo de nuevo, aceptando el desafío que se le planteaba.

—No espero menos, milord. Estoy dispuesto a ganarme cada paso de ese camino.

Con esas palabras, ambos hombres se despidieron, a pesar de que el aire entre ellos permaneció cargado de expectativas no dichas, de decisiones que pronto marcarían el destino de lady Alexandra Ashford. Si es que ella estaba dispuesta a ceder.

Capítulo 18 Rumores y reflexiones

—¡Vamos, niñas! No tenemos toda la mañana —exclamó Lady Ashford, ajustando su chal con un gesto firme mientras entraba en la modista con sus hijas tras ella. El tintineo de la campanilla al abrir la puerta quedó ahogado por el bullicio de las mujeres hablando en susurros y el crujido de telas siendo examinadas.

La tienda de Madame Beaumont era un lugar de lujo en sí mismo. Estanterías repletas de sedas, brocados y encajes delicados llenaban las paredes, mientras que en el centro del salón se alzaban varios espejos de cuerpo entero, adornados con marcos dorados. Cada rincón olía a jazmín y rosa, mezclado con el inconfundible aroma de hilos de coser y telas sin usar. Las elegantes clientas, damas de la alta sociedad, se movían de un lado a otro como si estuvieran en una danza coreografiada. Un par de costureras murmuraban entre ellas mientras sostenían montones de telas, aguardando las órdenes de sus exigentes clientas.

Al otro lado del salón, una dama de edad avanzada, la duquesa de Bedford, estaba siendo atendida con un cuidado casi ceremonial. Madame Beaumont supervisaba cada movimiento de las costureras, asegurándose de que cada detalle estuviera a la altura de las exigencias de su noble clienta. Las telas más finas eran desplegadas ante la duquesa como si se tratara de ofrendas, y la modista no escatimaba en halagos mientras sus ojos se deslizaban brevemente hacia las recién llegadas, evaluando con precisión el estado de ánimo de Lady Ashford y sus hijas.

Ivy, situada detrás de Alexandra, observaba distraída las muestras que las costureras sacaban con reverencia. La voz de su madre seguía sonando como un constante recordatorio del tiempo que se les agotaba, pero apenas le prestaba atención. Las palabras flotaban en el aire como una melodía monótona que no lograba capturar su interés.

—Es un evento de enorme importancia —dijo Lady Ashford mientras miraba a Alexandra de reojo—. No podemos permitir que se os vea menos que perfectas. Y no debemos olvidar que todavía quedan cinco bailes de los que tu padre se ha comprometido a dar.

Alexandra dejó escapar un suspiro imperceptible, mirando a las telas frente a ella como si fueran un campo de batalla en el que debía decidir su próxima estrategia.

—Madre, ¿no está aburrida ya de todo esto? No somos prendas que puedan lucir para atraer a los posibles pretendientes —replicó Alexandra en voz baja, pero su madre la ignoró mientras continuaba revisando una serie de encajes con expresión crítica.

Las demás hermanas se dispersaron por la tienda, cada una inmersa en su propia tarea.

Serena, con expresión lánguida, parecía más interesada en las conversaciones que se susurraban entre las clientas que en los tejidos. Mientras tanto, una risa maliciosa captó la atención de Ivy. Dos mujeres mayores, vestidas con trajes sobrios y caros, susurraban mientras intercambiaban miradas condescendientes.

—Siete bailes en siete semanas… —murmuró una de ellas, ladeando la cabeza hacia su compañera—. ¿Has oído algo parecido antes, Lady Spencer?

—Nunca, Lady Milton, ni la Reina se ha atrevido a organizar algo así…

La otra mujer asintió, llevándose un abanico a los labios antes de susurrar con un deje de satisfacción.

—¿No es un tanto excesivo para una familia que se dice está al borde de la ruina? ¿Cuánto más podrán sostener ese derroche?

—Es un grito de desesperación, si me preguntas.

—O un intento de ocultar algo. Tal vez, la familia Ashford no es tan intachable como aparentan.

—Con esa reputación de las hijas…

Ivy parpadeó, sintiendo una punzada en su interior. Sabía que los rumores eran parte de la sociedad, pero escuchar que su familia era el tema principal de las habladurías resultaba inquietante. Su mirada se cruzó con la de Alexandra, quien también había oído el comentario. La miró y le indicó con un suave gesto que lo dejara pasar.

Alexandra se mantuvo erguida, con los ojos fijos en las telas, mientras su madre, ajena a la creciente incomodidad, continuaba hablando con Madame Beaumont.

—Esto es perfecto, no podemos permitir que ninguna de mis hijas lleve algo que no esté a la altura de su… posición —comentó Lady Ashford, ajena a los rumores que giraban en torno a ellas.

Las hermanas se movían de un lado a otro de la tienda, buscando telas con la atención de las costureras. Rowena frunció el ceño mientras examinaba un brillante brocado rojo, sus dedos tensos deslizándose sobre la tela como si estuviera a punto de destrozarla en cualquier momento. Scarlett, siempre imperturbable, inspeccionaba una seda negra con la mirada de quien ya había decidido que nada en esa tienda estaría a la altura de las exigencias de su madre. Clementine, por el contrario, se giró con una sonrisa radiante, sosteniendo un tejido dorado frente a su rostro.

—¿Crees que este resalta mis ojos? —preguntó a Ophelia, quien ya estaba ensimismada en un azul etéreo que parecía haber sido teñido con los tonos del cielo.

Serena, con su letárgica belleza, apenas se molestaba en elegir, inclinándose hacia un rosa pálido que parecía ajustarse a su estado de ánimo.

—Madame Beaumont, esta tela es demasiado rígida para mi gusto —comentó Scarlett frunciendo el ceño mientras pasaba los dedos sobre un terciopelo negro—. ¿Tendría algo más

fluido, por favor?

El bullicio en la tienda continuaba, mezclando voces, crujidos de telas y murmullos. Pero Ivy, sintiendo que la situación se volvía cada vez más asfixiante, decidió salir un momento a tomar aire. Las palabras de aquellas mujeres aún resonaban en su mente, clavándose como pequeñas espinas.

Justo cuando estaba a punto de cruzar el umbral de la puerta, una voz más joven y aguda llegó a sus oídos, como un veneno disfrazado de risa.

—Siete bailes… ¡Qué desesperación! ¿Es que Lord Ashford no puede encontrar pretendientes decentes para todas sus hijas?

—Tal vez los caballeros no se atrevan con damas tan… poco convencionales —añadió la otra joven dama, su voz empapada en malicia—. En especial con tantas habladurías alrededor de ellas.

—Supongo que ser bellas no es suficiente…

—La belleza depende de los ojos con que se mire, y los ojos de los caballeros solteros son muy… críticos.

—Desde luego yo no las envidio —señaló otra de ellas con una clara referencia al pecado que se le asignaba.

Las risitas que siguieron a esos comentarios fueron tan afilados como cuchillas.

Ivy cerró los ojos por un instante, tratando de contener la marea de emociones que amenazaba con desbordarse.

—Algo así es con lo que debe Rowena luchar constantemente —susurró para ella, pensado en lo difícil que era para su hermana Rowena, la del carácter más complicado, lidiar con el deseo de estallar a cada instante.

Quería olvidar el asunto, tal y como le había pedido Alexandra, sin embargo, una vez fuera, no pudo evitar murmurar:

—Es fascinante cómo los juicios siempre llegan de quienes menos derecho tienen a emitirlos.

Su comentario no fue dirigido a nadie en particular, por eso la sorprendió tanto que una voz grave respondiera.

—No esperaba escuchar tal perspicacia fuera de estas paredes.

Ivy no se giró. En lugar de eso, observó el reflejo en el escaparate de la tienda, notando que un hombre en la entrada había escuchado su comentario. Su porte era firme, y aunque no llevaba la elegancia de los caballeros ingleses en su vestimenta, había algo en su postura y en la mirada curiosa que la observaba desde las sombras. Su rostro no era del todo visible bajo el sombrero, pero sus ojos brillaban con una mezcla de admiración y sorpresa.

Él no podía verla con claridad gracias al juego de luces y sombras del reflejo, así que solo

había escuchado lo que ella había dicho.

—Siempre hay más detrás de las apariencias, ¿no es así? —respondió Ivy, sin apartar la mirada del reflejo en el cristal. Había algo intrigante en la idea de que alguien la admirara por algo más que su aspecto, aunque fuera solo por un momento fugaz.

El hombre sonrió, como si disfrutara de aquel intercambio inesperado.

—Y pocas son las personas que tienen el coraje de reconocerlo en voz alta —replicó él, con una mirada de reconocimiento que hizo que Ivy sintiera un leve cosquilleo en la piel.

Por primera vez en mucho tiempo, Ivy se sintió vista, y no por su rostro o su figura, sino por algo más profundo, algo que ni siquiera ella sabía que anhelaba. Había pasado tanto tiempo siendo la mujer que todos admiraban desde la distancia, la belleza inalcanzable, que se había olvidado de lo que era ser apreciada por algo más que su apariencia. Y eso la dejaba vulnerable, como si por un instante, alguien hubiera logrado ver más allá de las capas cuidadosamente tejidas que había usado para protegerse.

—Es fácil juzgar cuando se está al margen de las reglas —comentó Ivy, manteniendo su tono neutral, pero no pudo evitar una leve sonrisa en sus labios.

—Las reglas fueron hechas para aquellos que temen desafiar lo establecido —dijo él, con una ligera sonrisa. Pero algo en su tono hizo que Ivy levantara la guardia.

—¿Y usted? —preguntó ella—, ¿también teme a las reglas?

Declan la miró durante un instante, la sombra de una emoción más profunda cruzando por sus ojos antes de que hablara.

—Digamos que, a veces, desafiar las reglas tiene consecuencias que no todos están dispuestos a aceptar —añadió, enigmático—. Aunque, por lo que acabo de escuchar, parece ser alguien que desafía las expectativas, lady…

Madame Beaumont apareció en ese instante en la puerta con una gran caja, interrumpiendo la conversación.

—Su encargo, lord De Rosse —dijo la modista con una amplia sonrisa.

—Lamento tener que finalizar esta agradable charla, pero debo continuar con mis deberes. Un placer, milady. —Antes de que pudiera decir algo más, el hombre inclinó la cabeza y retrocedió unos pasos, desapareciendo con su paquete entre las manos.

Ivy lo observó alejarse, algo en ella deseaba, aunque no lo comprendía, que ese extraño se diera la vuelta para mirarla de nuevo, aunque no sucedió. Se preguntó si volvería a verlo, si estaba comprometido como parecía, porque, ¿qué hombre iría a la puerta de una modista a recoger un paquete si no fuera un regalo de cortejo?

Sin embargo, era la primera vez que alguien había apreciado su inteligencia antes que su rostro y no pudo evitar sentir una curiosa mezcla de fascinación y duda.

¿Quién era ese hombre? Su porte y su acento no eran comunes en los círculos

londinenses, pero había algo en él que sugería que no era del todo desconocido. Recordaba haber oído su nombre en alguna conversación, en algún salón, entre susurros: Lord De Rosse. Un título que no era inglés, pero que, según los rumores, había empezado a atraer la atención de algunas familias con más aspiraciones que escrúpulos.

Cuando sus hermanas salieron de la tienda, el bullicio de la calle volvió a envolverlas. Rowena fue la primera en comentar lo ocurrido dentro de la tienda.

—¿Has visto cómo nos miraban esas mujeres? —preguntó Rowena, frunciendo el ceño mientras ajustaba su guante.

Scarlett, siempre la más directa, asintió con desdén.

—Las envidiosas siempre encuentran algo que decir. Es su único pasatiempo.

Ivy, sin embargo, seguía distraída por su encuentro.

—Dejadlas hablar —intervino Alexandra, en tono calmado pero autoritario—. Ya me ocuparé yo de silenciar esos rumores.

—¿Cómo? —preguntó Ivy, levantando una ceja.

Alexandra sonrió con una mezcla de desafío y confianza.

—Dejémoslo en que tengo mis métodos. Confía en mí.

—¿Métodos? —replicó Ivy, con un tono más áspero del que había pretendido—. ¿No crees que a veces deberíamos afrontarlos?

Alexandra detuvo su paso y se giró hacia ella con una mirada fría pero controlada.

—Oponerse a los rumores solo les da más poder. La verdadera victoria se obtiene cuando los desarmas desde las sombras, cuando ni siquiera ven llegar el golpe —su tono se volvió más suave, pero Ivy no pudo ignorar la advertencia en su mirada.

Ivy mantuvo la mirada fija en su hermana, sintiendo la tensión entre ambas. Sabía que Alexandra tenía razón, pero una parte de ella aún se resistía a dejar que todo se resolviera en secreto, sin hacer nada.

—Solo espero que tus métodos no nos conviertan en algo peor de lo que ya somos —murmuró.

Alexandra, detrás de ella, sonrió con una calma calculadora. No necesitaba decir más.

Mientras avanzaba, el peso de sus propias palabras la asaltó. ¿No era ya esa la vida que llevaban? Defendiendo apariencias, ocultando sus verdaderos sentimientos detrás de sonrisas calculadas y estrategias en las sombras. Ivy se preguntaba si, en su intento por protegerse, estaban perdiendo lo más importante: su autenticidad.

Capítulo 19 Tensión en el aire

Hyde Park estaba en su máximo esplendor aquella mañana. El cielo, despejado de nubes, se extendía como un tapiz de un azul impoluto, bañado por un sol radiante que, aunque brillante, no resultaba sofocante. Una ligera brisa susurraba entre las ramas de los árboles, balanceando las hojas y llevando consigo el aroma de las flores silvestres que crecían a los bordes del camino. En el aire se percibía un ambiente de calma, casi idílico, pero para Alexandra, la serenidad del parque contrastaba con la tormenta que llevaba dentro desde… desde que lord Sebastian Blackwood la besó.

—¿No es encantador este clima? —comentó Clementine, con una sonrisa despreocupada —. Perfecto para un paseo antes del baile. Aunque no sé si resistiré otra ronda de comentarios sobre nuestros vestidos.

Alexandra asintió distraída, sus ojos vagaban por el parque. Las risas de los niños que jugaban cerca del Serpentine se mezclaban con el sonido de los pájaros que anidaban en los árboles, creando una atmósfera idílica que contrastaba con el torbellino de emociones que llevaba dentro. Era consciente de las miradas de sus hermanas, quienes la observaban con una mezcla de curiosidad y preocupación.

Caminaba junto a Scarlett que, con su habitual elegancia distante, lucía un vestido de seda negra que contrastaba con el verde vibrante del ambiente. Sus ojos se movían de un lado a otro, evaluando cada detalle de su entorno con una mezcla de escepticismo y diversión.

—Es evidente que algo te inquieta, Alexandra —dijo, con su habitual tono directo—. Y no me digas que es solo el próximo baile.

Alexandra se detuvo, girando hacia Scarlett, quien sostenía su mirada con firmeza. De todas sus hermanas, Scarlett siempre había sido la que menos miedo tenía de decir lo que pensaba, y aunque Alexandra apreciaba su franqueza, en ese momento desearía que fuera más discreta.

—Estoy bien —respondió con una sonrisa tensa que no logró convencer a nadie, mucho menos a Scarlett.

—No lo estás —intervino Ivy, siempre más perceptiva—. Si no quieres hablar de ello, lo entendemos, pero estamos aquí para ti, Alex.

El resto de sus hermanas asintieron conformes y al darse cuenta de que no iba a decir nada, reanudaron la marcha, dejándolas rezagadas.

—¿Sabes? —dijo Scarlett, rompiendo el silencio con una sonrisa maliciosa—Hay algo

cautivador en este parque. Aunque, supongo, no es tan seductor como los secretos que se esconden detrás de los setos… o de los árboles. —Miró a Alexandra de reojo, esperando una reacción.

Alexandra frunció el ceño, sabiendo a qué se refería. El beso. El maldito beso que Blackwood le había robado durante el último baile, que solo Scarlett sabía además de ellos dos. Alexandra intentó no dejarse llevar por la provocación, pero la tensión entre sus hombros era evidente.

—No sé a qué te refieres —respondió con frialdad, intentando mantener la compostura mientras evitaba el contacto visual.

—Oh, por favor —rio Scarlett, agitando su abanico—, no seas tan mojigata. Si yo hubiera sido la protagonista de tal… escena, creo que no me importaría que todo Londres lo supiera. Pero tú, querida hermana, sigues con ese aire de mártir. —Se detuvo por un instante, ladeando la cabeza—. Aunque tal vez todo Londres no lo sepa… por ahora.

Alexandra apretó los labios, pero antes de poder replicar, el sonido de unos cascos de caballo interrumpió sus pensamientos. Levantó la vista y lo vio: Blackwood. Montaba un caballo negro que se movía con la misma gracia y fuerza que su jinete. Cuando la vio, sus ojos se encontraron y, por un momento, el mundo pareció detenerse.

—Oh, vaya, ¿es ese… lord Blackwood? —murmuró Scarlett, arqueando una ceja con interés mal disimulado.

—Hablando del diablo —murmuró Alexandra.

—Me pregunto si será capaz de robarte algo más que un beso esta vez… —susurró tan solo para que su hermana lo oyera.

Alexandra la fulminó con la mirada.

—Scarlett, por favor, guarda silencio. ¿Acaso no sabes que en boca cerrada no entran moscas?

—Ni moscones…

Alexandra sintió un nudo en el estómago. No había planeado verlo tan pronto. De hecho, había esperado evitarlo hasta el próximo baile, al menos hasta que tuviera una idea clara de cómo comportarse con él. Pero el destino parecía tener otros planes.

Blackwood desmontó con la misma facilidad con la que solía sortear los problemas, y se acercó a ellas inclinando la cabeza en señal de respeto.

—Damas, un placer encontrarlas —dijo con esa voz grave que siempre parecía llevar una promesa oculta, ¿o tal vez era solo la manera en que sonaba cuando la dirigía a ella?

—Lord Blackwood —respondió Ivy con una sonrisa tranquila, mientras sus otras hermanas lo saludaban con cortesía—. ¿Tendremos el placer de verlo en el próximo baile?

—Así es —respondió él, aunque sus ojos no dejaban de mirar a Alexandra—. Espero

verlas a todas allí, especialmente a usted, lady Alexandra.

Alexandra mantuvo su postura rígida, intentando no delatar el remolino de sentimientos que se agitaban en su interior.

—Lord Blackwood —respondió, con una formalidad que él no pasó por alto—. Sería complicado que no nos viésemos, teniendo en cuenta, como ya sabe, que se celebra en nuestra casa.

—Cierto, ¿debería aprovechar la ocasión para reservarle el primer baile?

—Eso pondría en desventaja al resto de caballeros y no sería justo, ¿no cree milord?

—¿No lo están ya, lady Alexandra? —interrogó con esa mirada que la hacía sentir… viva, con esa voz que la hacía sentir… desear más.

—¿Nos honraría con su compañía en nuestro paseo, lord Blackwood? —preguntó Clementine, manteniendo la compostura a duras penas.

—Si no es una molestia, me uniré encantado.

El ambiente se tensó aún más. Las hermanas intercambiaron miradas, pero fue Scarlett quien rompió el incómodo silencio.

—No sea tan modesto, lord Blackwood. Cualquier paseo es más interesante con su compañía, ¿verdad, Alex? —dijo Scarlett, lanzando una mirada significativa a su hermana.

Si las miradas pudiesen matar, lady Scarlett Ashford habría caído fulminada en el parque, eso seguro. Alexandra se recordó quién era y la imagen que debía mantener, así que fingió una sonrisa y se obligó a mantener la compostura, aunque fuese a duras penas.

—Nos honrará con su presencia, milord.

El grupo comenzó a caminar de nuevo, aunque ahora el silencio entre Alexandra y Blackwood era palpable. Mientras caminaban, él se mantuvo cerca de ella, pero sin intentar forzar una conversación. Parecía esperar a que fuera ella quien diera el primer paso. Sin embargo, Alexandra no estaba segura de qué decir.

Por fin, Blackwood rompió el hielo.

—Es un placer encontrarla aquí —añadió él, su voz suave, pero con un trasfondo que parecía llevar consigo mucho más de lo que sus palabras simples expresaban—. Desde aquel día en el jardín, no hemos tenido la oportunidad de hablar —dijo en un tono bajo, lo bastante suave como para que solo Alexandra lo escuchara—. Aunque parece que la tensión aún no ha abandonado nuestra última… conversación.

Alexandra se tensó al recordar no solo el beso, sino también la confrontación emocional que había seguido.

—No he olvidado lo ocurrido —dijo ella con voz fría, pero su mirada la traicionó por un momento al bajar hacia sus labios, recordando el contacto. Se obligó a desviar los ojos, maldiciéndose al notar cómo el rubor coloreaba sus mejillas y humedecía su nuca.

Blackwood sonrió, una sonrisa que era tan segura como cautivadora.

—No es mi intención que lo olvide, lady Alexandra.

El corazón de Alexandra dio un vuelco. Sabía que esa conversación era inevitable, pero no esperaba que ocurriera en medio de un paseo con sus hermanas.

—No hay mucho que decir, lord Blackwood —respondió, mirando hacia adelante—. Aquel… aquello fue un error.

Blackwood se detuvo por un instante, y Alexandra sintió su mirada intensa sobre ella.

—¿Un error? —preguntó, sin dar crédito—. ¿De verdad lo cree así?

Alexandra apretó los labios, luchando contra la confusión que sentía. Parte de ella sabía que aquel beso no había sido un error, pero admitirlo significaría abrirse a un mundo de complicaciones que no estaba segura de querer afrontar.

—Fue impulsivo —dijo por fin—. Y poco apropiado.

Blackwood dio un paso más cerca, lo bastante como para que ella pudiera oler el leve aroma a cuero y bosque que lo envolvía. Lo bastante como para que sus manos se rozaran por accidente a cada paso.

—Fue real —dijo él en voz baja—. Y no puede tan solo negarlo, Alexandra.

El uso de su nombre, tan íntimo, hizo que su pulso se acelerara. No solía llamarla así y esa familiaridad la hizo sentir vulnerable, algo que odiaba.

—Lo que sienta, o no sienta, no tiene importancia —respondió con frialdad—. Ambos sabemos que lo que ocurrió en el jardín no puede repetirse.

Aunque sus palabras fueron frías, sabía que mentía. Sabía que el beso la había marcado más de lo que jamás querría admitir. Pero si reconocía lo que sentía, ¿qué ganaría? Blackwood podía ser sincero en sus intenciones, pero Alexandra había aprendido que las promesas hechas al calor del momento eran tan frágiles como el cristal. Y ella no estaba dispuesta a ser la que recogiera los pedazos si todo se rompía.

Sebastian la observó durante unos segundos, su expresión indescifrable. Luego, asintió, despacio.

—Quizás tenga razón. Pero eso no significa que me vaya a rendir sin más. De hecho —bajó la voz—, le he dejado claras mis intenciones a vuestro padre.

Alexandra sintió como si, de repente, un cubo de agua fría la golpeara. Blackwood había hablado con su padre. Las implicaciones de esas palabras revoloteaban en su mente con rapidez. ¿Qué le habría dicho? ¿Qué significaba eso para ellos dos?

—¿Qué quiere decir? —preguntó, sin poder evitar que su tono se volviera más agudo.

—Tan solo lo que ha escuchado. —Su mirada se volvió intensa, fija en ella—. No tengo intención de fingir indiferencia. No después de lo que ocurrió entre nosotros. Le dije a Lord Ashford que mis intenciones hacia usted son serias.

El silencio que cayó entre ellos fue casi opresivo. Alexandra no supo qué responder de inmediato. Sabía que Blackwood era un hombre decidido, pero esa declaración la descolocaba por completo.

—Se ha tomado muchas… molestias —espetó, intentando recobrar el control—. Aunque siento decirle que en lo que respecta a la elección de marido, mi padre no decide por mí.

—Estoy al tanto —afirmó con suavidad—. Pero no podía quedarme al margen sin expresar lo que siento. Lady Alexandra, puede rechazarme si así lo desea, pero no podrá decir que no luché por usted.

Aquella última frase hizo que el aire entre ellos se volviera aún más denso. Alexandra bajó la mirada, sintiendo una mezcla de furia y algo más… algo que no quería nombrar en ese momento.

—Qué frase tan conmovedora. ¿Es aquí dónde vuelve a robarme… otro momento, lord Blackwood? —susurró, su tono burlón, pero su pulso iba a mil por hora—. Porque si es así, he de recordarle que estos jardines están más iluminados y tienen más… espectadores.

Alexandra sintió el calor arder en su rostro, más cuando se dio cuenta de lo cerca que estaba de ese hombre del que le parecía casi imposible huir. Dio un paso atrás mientras miraba a Sebastian que, con una tranquilidad imperturbable, se acercó ese paso que ella se había distanciado.

Su aroma la golpeó con fuerza, dejándola sin palabras por un segundo, sin capacidad para razonar, para alejarse de él o para replicar algo.

—Mi intención es ganarme el derecho a robarle momentos cada vez que lo desee, Alexandra, y espero que tenga ese deseo con mucha frecuencia.

El comentario, cargado de significado, la hizo sentir aún más desconcertada.

—¿Qué espera exactamente, lord Blackwood? ¿Una declaración de amor?

—La declaración debería hacerla yo, ¿no es lo que se espera?

—Supongo…, aunque como se habrá dado cuenta no soy como el resto. Soy un espíritu libre, no se me puede encarcelar con facilidad. Así que pierde el tiempo.

—No espero encadenarla, Alexandra —respondió con tranquilidad—. Solo espero estar a su altura.

Alexandra se quedó en silencio, sintiendo cómo aquellas palabras se incrustaban en su mente como un eco distante. ¿A su altura? ¿Era eso lo que él quería? ¿Comprenderla, en lugar de cambiarla?

—¿A mi altura? Nunca le pediría tal cosa —afirmó sin tener claro qué más podría decir, estaba confusa.

—No me extraña que los caballeros caigan rendidos bajo su encanto, lady Alexandra. Y, desde aquel… momento —volvió a utilizar esa palabra para referirse al beso—, me tiene a sus

pies.

Alexandra resopló, frustrada.

—¿A mis pies? —repitió.

—Por completo entregado, Alex —la llamó por el mismo nombre cariñoso con el que solo lo hacía su familia.

—Lord Blackwood… yo… usted…

—Soy consciente de que estoy demasiado cerca, Alexandra. Sin embargo —hizo una pausa para tomar aire—, no es consciente de lo mucho que me estoy conteniendo. No se puede hacer ni la menor idea —susurró.

Alexandra podía ver en sus ojos la intensidad que reflejaban, el deseo que trataba, sin éxito, de ocultar y entreabrió la boca para decir algo, aunque no tenía ni idea de qué podía decir. ¿Una declaración de amor? Eso había pedido y ahí la tenía. Y la asustaba porque empezaba a plantearse romper el pacto con sus hermanas, olvidarse de todo lo que se había prometido a sí misma y huir con ese hombre que le prometía tanto con tan pocas palabras.

Pero antes de que pudiera decir algo, el leve sonido de risas y la conversación animada de otras damas interrumpieron su momento. Otras familias empezaban a pasar por el parque, y Alexandra se dio cuenta de que estaban demasiado expuestos. Los chismes no tardarían en comenzar si se les veía juntos demasiado tiempo, y ya había suficientes rumores sobre ellos.

—Deberíamos… —comenzó a decir, pero Blackwood asintió, comprendiendo de inmediato.

—Sí, creo que he causado suficientes problemas por hoy —dijo él, aunque la sonrisa en su rostro dejaba claro que no lamentaba en absoluto haberla encontrado allí.

—Eso no es discutible —replicó Alexandra, permitiéndose una sonrisa leve, pero de inmediato volvió a adoptar una expresión más seria—. Lord Blackwood, yo… no sé qué hacer con todo esto.

Él la miró, sus ojos mostraban una mezcla de comprensión y paciencia.

—No tiene que decidir nada ahora —dijo con suavidad—. Solo deseo que sea consciente de que no me rendiré sin luchar, Alexandra, no está en mi sangre… Y cuando esté lista para aceptar lo que siente —hizo una pausa, sus ojos fijos en los de ella—, estaré aquí.

—Tal vez eso me lleve mucho tiempo, milord —susurró a su vez, el corazón golpeaba con fuerza bajo sus costillas y su respiración estaba afectada.

Le molestaba y a la vez le atraía ese extraño juego del cortejo que se traían entre los dos, no era para nada lo usual. Lo normal habría sido que él fuera a su casa, a visitarla en su sala de estar y que su madre y sus hermanas hubieran hecho de carabinas, pero él no era como los demás, lo había dejado claro desde el primer momento.

—La he esperado durante toda mi vida, lady Alexandra, un poco más de tiempo no será

nada comparado a la dicha de hacerla mía. —Su aliento golpeó sus labios entreabiertos, tomó su mano con delicadeza, se la llevó hasta esos malditos labios que ya había probado y que le aceleraron el corazón a una velocidad que le parecía imposible de alcanzar.

Cuando sus labios tocaron la suave piel de su mano, un leve jadeo escapó y sintió un calor inesperado recorrerle el brazo hasta el pecho, como si el simple roce de los labios de Blackwood sobre su piel encendiera un fuego que llevaba tiempo apagado. ¿Por qué era capaz de derribar sus defensas con un solo gesto? Era como si hubiera encontrado la llave de su voluntad, forzando una rendición que ella ni siquiera sabía que podía ofrecer. No podía permitirle ese poder. Debía recuperarse, alzar de nuevo sus muros, antes de que todo su mundo empezara a desmoronarse.

Antes de que Alexandra pudiera replicar, Scarlett, que había estado caminando unos pasos por delante, se giró hacia ellos.

—Alexandra, Ivy y yo hemos decidido hacer un pequeño picnic bajo aquel roble. ¿Te unes a nosotras? —preguntó con una sonrisa maliciosa que no dejaba lugar a dudas de que había notado la tensión entre ella y Blackwood.

Sin más palabras, Blackwood se inclinó en un gesto respetuoso y se marchó, dejándola sola con sus pensamientos.

Mientras lo observaba alejarse, un torrente de pensamientos y emociones la asaltó. Su figura desaparecía entre los árboles, pero el eco de sus palabras seguía reverberando en su mente: «No podrá decir que no luché por usted». Una parte de ella se sentía halagada por su perseverancia, por ese interés inquebrantable, pero otra parte, más cautelosa, sabía que permitir que Blackwood se acercara más sería peligroso. Él no era como los otros caballeros. Con él las reglas no se aplicaban. Alexandra se dio cuenta de que había llegado a un punto sin retorno, donde tendría que decidir si permitía que su corazón, por una vez, guiara sus acciones. Y la asustaba pensar en el precio que tendría que pagar .

Capítulo 20 Hyde Park

El cielo sobre Hyde Park parecía un lienzo de azul que invitaba a los paseantes a disfrutar del día. Los rayos del sol se filtraban entre las hojas de los árboles, tiñendo el césped de un cálido resplandor dorado. A lo lejos, el Serpentine, el lago que se extendía como una franja plateada, estaba lleno de pequeñas barcas que se deslizaban con suavidad por el agua.

Algunas parejas jóvenes, sumidas en conversaciones íntimas, reían y se lanzaban miradas furtivas mientras los remos surcaban el agua con un ritmo pausado. Otros paseaban por las orillas, sus pasos tranquilos acompañados por el murmullo constante del parque en pleno apogeo.

A los pies de un imponente roble, las siete hermanas Ashford habían extendido una roja manta que resaltaba sobre el vibrante verde del césped. Su pequeño rincón parecía un oasis de elegancia en medio de la bulliciosa actividad del parque. Una cesta de mimbre descansaba en un lado, rebosante de manjares: sándwiches variados, frutas frescas y una selección de tartaletas que llamaban la atención tanto por su colorido como por su exquisito aroma.

Clementine, siempre la primera en ceder a los placeres de la comida, y de la vida en general, ya tenía en la mano una tartaleta de limón. Masticaba con deleite, cerrando los ojos para saborear el dulzor cítrico que se mezclaba con la textura suave de la crema. Ophelia, sentada junto a ella, la observaba con una sonrisa divertida, pero con ese aire habitual de hermana que reprende sin palabras.

—Si sigues así, Clementine, la gente va a pensar que en casa no te damos de comer —bromeó Rowena desde su lugar, donde sostenía un libro en el regazo, aunque apenas había pasado una página desde que lo abrió.

—Pues que piensen lo que quieran —replicó despreocupada, dando otro mordisco a la tartaleta—. La vida está para disfrutarla, y eso incluye cada uno de estos pequeños placeres.

Scarlett, recostada sobre la manta, jugueteaba con el abanico en una mano mientras observaba el paisaje con su mirada aguda.

—Algunas preferimos placeres más… sutiles —dijo en voz baja, pero lo suficiente claro para que sus hermanas la escucharan.

Ivy, siempre la más inquisitiva, levantó una ceja, interesada.

—¿A qué te refieres con *sutiles*?

Scarlett se incorporó, señalando con disimulo a una pareja que caminaba por el parque, demasiado cerca uno del otro para no levantar sospechas. Las manos del caballero se rozaban

con las de la dama y ambos intercambiaban sonrisas cómplices mientras se adentraban más entre los árboles.

—Ya sabéis… los pequeños secretos que se susurran entre las sombras de los árboles, los encuentros furtivos que Hyde Park oculta entre sus arbustos. No es de extrañar que los dramas más interesantes de Londres se cocinen aquí, justo a plena vista de todo el mundo.

Clementine soltó una pequeña risa mientras miraba de reojo las barcas en el lago. En cada una de ellas, una historia diferente parecía desarrollarse. Desde las parejas que compartían susurros hasta los grupos de amigos que reían, Hyde Park era un verdadero hervidero de conversaciones y posibles romances.

—Si seguimos en silencio, la gente empezará a pensar que estamos tramando algo —comentó Ophelia con su habitual tono suave, mientras arreglaba las arrugas de su falda con delicadeza.

—Nos encanta ser el centro de atención, eso no es ningún secreto.

La sonrisa de Clementine mientras tomaba una segunda tartaleta no tenía rival.

—Hablando de rumores… —dijo Scarlett, mientras dirigía su mirada a Alexandra.

Las demás hermanas la siguieron, girándose hacia Alexandra, quien hasta ese momento había estado absorta en sus propios pensamientos, con los ojos fijos en el lago.

—¿Alex? —la llamó Ivy, preocupada al ver la expresión ensimismada de su hermana mayor—. Has estado muy callada. ¿Qué te pasa?

Alexandra dejó escapar un pequeño suspiro y levantó la vista para encontrarse con las miradas de sus hermanas. Dudó un momento antes de hablar, sabiendo que lo que estaba a punto de decir cambiaría la atmósfera relajada que reinaba entre ellas.

—He estado pensando en lo que escuchamos en la tienda de madame Beaumont, sobre nuestra familia —dijo en un tono más serio de lo habitual.

Hubo un pequeño silencio. El eco de las palabras de Alexandra sobrevoló el grupo hasta llegar a Scarlett que fue la primera en hablar.

—Sabes que las chismosas de Londres viven para inventar historias. ¿Por qué te preocupas tanto?

—Porque esos rumores… me dan que pensar.

—¿A qué te refieres? —preguntó Rowena acercándose a ellas.

—No lo sé, todo el asunto de padre con los bailes, la repentina urgencia en casarnos… ¿Y si es cierto que estamos al borde de la ruina y de ahí que necesite que todas consigamos un buen marido que nos mantenga?

Su mirada seguía perdida en algún punto del Serpentine, aunque la paz que destilaba no la ayudaba a deshacerse de sus preocupaciones.

—Y si es cierto, ¿qué haremos? —inquirió Clementine mirando con lástima su tartaleta,

como si fuera la última que fuese a comer.

—Está claro que tendremos que casarnos —suspiró Serena con su característica calma.

—¡Es tan injusto! —protestó Rowena—. Estamos en 1813, ¡por Dios! Y todavía está mal visto que una mujer tenga voz, que se pueda ganar la vida por sí misma, todavía nos obligan a convertirnos en perfectos floreros para acompañar a un hombre. Es… irritante —susurró esa última parte, derrotada.

—Entonces, si hay algo de verdad en esos comentarios, debemos saberlo y cuanto antes —apremió Ophelia.

—¿Y si no hay nada de verdad? ¿Qué hacemos con los rumores? —masculló Clementine con la tartaleta dentro de su boca.

—No lo tengo claro, pero lo que sí sé es que tampoco podemos quedarnos de brazos cruzados esperando a que todo estalle en nuestra cara. Si nuestra familia está de verdad al borde de la ruina, no pienso quedarme esperando a que alguien más lo solucione. Necesitamos estar preparadas, sea verdad o no.

—¿Y cómo piensas averiguarlo? —preguntó Scarlett, visiblemente más interesada ahora —. ¿Vas a preguntarle directamente a padre?

Alexandra negó con la cabeza.

—Haré preguntas discretas. No voy a permitir que nos tomen por sorpresa.

Ivy, que había estado en silencio hasta entonces, asintió con suavidad.

—Si todo fuera real, al menos una de nosotras lo tiene fácil.

Scarlett, siempre atenta a los pequeños detalles que los demás dejaban pasar, sonrió con picardía.

—Eso es cierto, ya que estamos hablando de investigaciones… —empezó, sus ojos centelleaban de malicia—, Alex, ¿vas a contarnos lo que ha pasado con lord Blackwood?

El ambiente cambió de inmediato. Las hermanas intercambiaron miradas expectantes mientras se inclinaban un poco hacia adelante, visiblemente intrigadas. Alexandra se tensó, sus labios formando una fina línea.

—Un simple cotilleo os hace olvidar lo que de verdad importa… —bufó—. No hay nada que contar —afirmó, intentando mantener la calma, pero su tono la traicionó.

—¿Nada? —replicó Scarlett, inclinándose hacia ella con una sonrisa de suficiencia—. Porque lo que yo vi fue mucho más que un simple *nada.*

—¿De qué estás hablando, Scarlett? —intervino Ivy.

Scarlett no pudo contener la risa mientras miraba a Alexandra con complicidad.

—Querida hermana, ¿no te lo ha dicho? —preguntó con falso asombro—. Al parecer, nuestra querida Alex compartió, la otra noche, más que una charla inocente con el atractivo Lord Blackwood.

Alexandra apretó los labios, sabiendo que no había forma de evadir lo inevitable. Al fin, soltó un suspiro resignado.

—Me… besó, ¿de acuerdo? Fue impulsivo y… no debió ocurrir.

El mero hecho de pronunciar esas palabras la hizo sentir expuesta, como si estuviera revelando algo más íntimo que un simple beso. Pero, ¿por qué seguía sintiendo ese cosquilleo cada vez que recordaba el momento? Había algo en Blackwood que la inquietaba, algo en su mirada que la hacía cuestionar todas las reglas que había impuesto en su vida. Y, sin embargo, no podía permitirse ese tipo de deslices.

—¿Te besó? No recuerdo que sucediera así… —malmetió de nuevo Scarlett que se lo estaba pasado en grande.

El resto de sus hermanas no daban crédito, se acercaron más a ella, atrapándola sin salida en el centro de su manta de picnic.

—Al menos la manta es roja, así no se notará la sangre… —masculló—. Nos besamos, ¿de acuerdo?

Ivy abrió los ojos, sorprendida, mientras que Clementine lanzó una pequeña carcajada. Ophelia se tapó la cara y Rowena se puso tan roja como cuando se enfadaba.

—¡Alex! —exclamó Clementine, disfrutando del momento—. No sabía que tenías ese lado tan… apasionado —susurró.

—¿Y qué te dijo después? —preguntó Ivy, intrigada.

—Nada que valga la pena mencionar —respondió, intentando restar importancia al asunto—. Fue un error y ambos lo sabemos.

Pero Scarlett, como siempre, no iba a dejar el tema sin escarbar un poco más.

—¿Un error? —preguntó en tono escéptico—. Porque, si mal no recuerdo, vi a Blackwood mirarte de una manera muy poco… arrepentida. Y no me digas que no has pensado en él desde entonces.

Alexandra no pudo evitar ruborizarse ante sus palabras. Claro que había pensado en él, más de lo que quería admitir, pero no estaba dispuesta a confesarlo. Las miradas expectantes de sus hermanas solo aumentaban su incomodidad.

—Basta —suplicó con un suspiro—. Blackwood ya ha hablado con padre. Ha dejado claras sus intenciones, pero yo… aún no estoy segura de lo que siento.

—¿Ha hablado con padre? —repitió Serena.

—Oh, querida Alex, parece que estás en un buen lío —rio Scarlett.

Antes de que Alexandra pudiera añadir algo más o el interrogatorio continuara, la conversación se interrumpió por la llegada de un grupo de caballeros que se aproximaba. La sombra de un hombre alto se cernió sobre ellas y, al levantar la vista, vieron a lord Hugh Fenton, siempre encantador, acompañado por otros dos jóvenes caballeros. Su sonrisa fácil y

despreocupada iluminaba el rostro mientras se inclinaba levemente para saludar a las damas.

—Señoritas Ashford —dijo lord Fenton con una inclinación cortés—. Qué placer encontrarlas en este bello día de primavera. Mis amigos y yo no pudimos resistir la tentación de acercarnos y compartir un pequeño presente.

Uno de los hombres que acompañaba a Fenton, un joven algo más bajo y robusto, sostenía una caja de elegante diseño, envuelta en cintas de seda. Al abrirla, el aroma de los dulces que contenía se esparció y las hermanas no pudieron evitar sonreír ante la visión de los coloridos *macarons*, recién traídos de París.

—Macarons —exclamó Clementine emocionada—. ¡Qué detalle tan encantador!

—Veo, lady Clementine, que conoce este dulce recién llegado de tierras francesas.

—Mais oui, monsieur. ¿Cómo no conocer algo tan apetitoso?

Antes de que pudiera tomar uno, el tercer hombre del grupo, un caballero de porte distinguido y modales impecables, intervino en un tono que denotaba una estricta cortesía.

—El placer es un don que debe disfrutarse con moderación, mademoiselle —dijo, su voz era tan profunda y suave que le recordó al crujir de las hojas en otoño, tampoco pasó desapercibido para Clementine que sus palabras iban cargadas de una sutil advertencia.

Clementine levantó la vista, encontrándose con los ojos oscuros y penetrantes del hombre que acababa de hablar. Su rostro era severo pero elegante, con una barba recortada al milímetro y una postura que denotaba disciplina y autocontrol. Él sostenía su mirada con firmeza, sin dejarse intimidar por la naturaleza juguetona de ella.

—¿Moderación? —repitió ella, con una sonrisa que delataba su irritación—. ¿Acaso es usted un hombre de Dios, monsieur? Porque parece que ha venido a darnos un sermón, en lugar de compartir un dulce.

El hombre esbozó una leve sonrisa, una que no llegó a sus ojos, y con una inclinación de cabeza respondió:

—No, madame. Soy el vizconde Lucien Valois, a su servicio —se presentó con un tono grave—. Y aunque no sirvo a Dios, directamente, he visto suficientes almas sucumbir a los excesos para saber que la moderación es la clave para disfrutar de los placeres de la vida.

Las hermanas intercambiaron miradas de sorpresa. Era inusual que un caballero se presentara de manera tan austera, sobre todo en un entorno tan relajado como un picnic en Hyde Park. Clementine, sin embargo, no parecía intimidada, sino más bien fascinada por el inesperado desafío que el vizconde acababa de lanzar.

—Qué perspectiva tan… fascinante, monsieur Valois —respondió ella, su tono cargado de sarcasmo—. Aunque algunos creemos que la vida está para disfrutarla sin restricciones. Al fin y al cabo, ¿para qué vivir si no se saborea cada instante?

—Con mesura —replicó Lucien, sin perder su compostura—. Solo así se puede evitar el

colapso que sigue a la indulgencia desmedida.

Clementine levantó una ceja, sin molestarse en disimular que la irritaba la continua insistencia del vizconde en la moderación, pero decidió no continuar el debate en ese momento. En cambio, tomó uno de los macarons de la caja y, con un gesto exagerado, lo levantó en dirección a Lucien antes de darle un pequeño mordisco.

—Moderación, entonces —murmuró, sus ojos fijos en los de él mientras saboreaba el dulce despacio.

La tensión entre ambos era palpable y las otras hermanas lo notaron enseguida. Scarlett, por supuesto, fue la primera en sonreír con picardía, divertida ante el sutil enfrentamiento que se estaba desarrollando frente a ellas.

Clementine se sentía extraña. Por un lado, estaba irritada por la condescendencia del vizconde. ¿Quién se creía que era para darle lecciones sobre moderación? Ella disfrutaba de la vida sin restricciones, sin vergüenza ni excusas. Pero había algo en su severidad y en su mirada penetrante que la intrigaba. Era como si Lucien representara todo lo contrario a lo que ella valoraba y, sin embargo, esa oposición la desafiaba de una manera que nadie antes había logrado. Una parte de ella quería seguir atacándolo, otra parte, más oculta, se preguntaba qué tan rígido sería cuando no estuviera rodeado de normas.

—Parece que monsieur Valois tiene una opinión muy firme sobre cómo se debe vivir la vida. Espero que eso no le impida disfrutar de nuestro picnic.

—Nunca rechazo una buena compañía —respondió Lucien, pero su tono seguía siendo serio, sin dar señales de relajación—. Aunque prefiero que la conversación sea más enriquecedora que los excesos.

Clementine lo observaba de reojo mientras lord Fenton, siempre dispuesto a aliviar cualquier tensión, intervenía con una sonrisa fácil.

—No hay necesidad de debatir sobre los placeres de la vida, bellas damas —dijo con su típico tono encantador—. Trajimos estos *macarons* para endulzar la tarde, no para desatar una disputa filosófica. ¿Les gustaría acompañarnos en un paseo después de disfrutar del picnic?

Ophelia, siempre diplomática, intervino antes de que Clementine o Lucien pudieran responder.

—Gracias por el presente, lord Fenton —agradeció con una sonrisa suave mientras tomaba un dulce con delicadeza—. Es un detalle encantador y, perdonen nuestra debilidad, pero no podemos prometer moderación cuando se trata de dulces… o de joyas —añadió con una bonita sonrisa.

Los caballeros rieron y pronto la conversación se desvió hacia temas más ligeros, aunque las miradas entre Clementine y Lucien continuaron siendo intensas.

Mientras las risas se entremezclaban con el sonido lejano de las barcas en el lago y los

murmullos de los otros grupos esparcidos por el parque, las hermanas compartieron miradas cómplices. Había algo en el aire, una mezcla de tensiones y secretos que flotaba alrededor de ellas como una nube invisible.

Alexandra, siempre calculadora, apartó la mirada del grupo y fijó sus ojos en la distancia, preguntándose si la vida de su familia no estaba también en un punto de colapso inminente, igual que los placeres de los que hablaba Valois. A su lado, Scarlett murmuraba algo sobre las posibles alianzas que se formarían en los próximos bailes, mientras Ivy la escuchaba, divertida pero intrigada por lo que sus propios pensamientos podrían estar anticipando.

—¿Quién diría que Hyde Park albergaría tanto drama esta tarde? —comentó Scarlett, lanzando una última mirada al grupo de caballeros antes de recostarse de nuevo en la manta.

Las hermanas sonrieron, sabiendo que aquel picnic sería solo el preludio de algo mucho más grande. Y, quizás, mucho más peligroso.

Capítulo 21 Lord Kensington

El salón de la mansión Ashford estaba iluminado por la suave luz de las lámparas de aceite, creando un ambiente íntimo. El crepitar del fuego en la chimenea añadía una calidez que contrastaba con la fría tensión que Alexandra sentía en su pecho. Había pasado el día debatiéndose internamente, dándole vueltas a los rumores que las acosaban, y ahora estaba a punto de enfrentar a la única persona que podría darle respuestas claras: su madre.

Lady Ashford, siempre impecable, estaba sentada en su habitual silla junto al ventanal, bordando algo que Alexandra no alcanzaba a distinguir. Su rostro, sereno y elegante, no dejaba entrever ninguna preocupación, lo que irritaba aún más a Alexandra. ¿Cómo podía su madre estar tan tranquila cuando había tanto en juego?

Alexandra se aclaró la garganta antes de hablar, intentando que su voz sonara calmada.

—Madre, hay algo que necesito preguntarte —dijo por fin, rompiendo el silencio del salón.

Su corazón latía con fuerza en su pecho, mientras sus dedos se entrelazaban inquietos. Había ensayado ese momento en su mente varias veces, pero ahora que estaba a punto de abordarlo, las palabras parecían más pesadas de lo que había anticipado.

Lady Ashford alzó la mirada de su bordado, arqueando una ceja con curiosidad. Sus ojos, de un azul tan penetrante como el de sus hijas, se posaron sobre Alexandra con la misma elegancia fría que siempre la caracterizaba.

—Por supuesto, hija. ¿De qué se trata? —su voz era suave, pero había algo en su tono que delataba que ya sabía de qué iba a hablarle.

Alexandra dio unos pasos hacia el centro del salón, deteniéndose frente a su madre. Tomó aire antes de hablar.

—Es por los rumores, madre, sobre nuestra situación económica —hizo una pausa, esperando alguna reacción en el rostro de su madre, pero Lady Ashford continuó mirándola con una serenidad casi inquietante—. En la tienda de la modista, se dijo que nuestra familia está al borde de la ruina. Que por eso padre ha organizado tantos bailes, porque intenta casarnos a toda prisa. Antes de que se sepa que estamos en la ruina y las posibilidades de un buen matrimonio se esfumen.

Lady Ashford dejó el bordado a un lado y cruzó las manos sobre su regazo. El silencio que siguió pareció alargarse por una eternidad. Al cabo de un momento, exhaló un suspiro y habló con una tranquilidad que parecía calculada.

—No siempre se pueden controlar los rumores, querida. La gente siempre encuentra algo de lo que hablar.

—¿No lo niega, madre? —apuntó Alexandra, entrecerrando los ojos.

—¿De qué serviría negarlo? —respondió su madre, sin perder la compostura—. Sabes tan bien como yo que no podemos controlar lo que la gente piensa. Pero sí podemos controlar cómo nos afecta.

El corazón de Alexandra comenzó a latir más rápido. Había esperado que su madre rechazara de plano los rumores, que los desechara como meras habladurías, pero no lo estaba haciendo. Había algo en su actitud que no encajaba con la tranquilidad que intentaba proyectar.

—Madre —dijo, ahora con un tono más firme—. ¿Es cierto? ¿Estamos al borde de la ruina?

Lady Ashford la observó por un momento, decidiendo cuánta verdad revelarle. Podía ver en su hija esa fuerza indómita que la habían obligado a ocultar bajo pesadas capas de obligaciones, de normas que debía cumplir como la primogénita… Algo doloroso, pero necesario. Al fin y al cabo, solo eran mujeres y su manera de hacerse oír era diferente al no gozar de la libertad de la que se habían adueñado los hombres.

Se recostó en la silla y decidió que, si bien no iba a obligarlas a contraer matrimonio, iba a darles un empujón, ya tenían edad más que de sobra para ello. Asintió con una expresión que mezclaba resignación y frialdad.

—Es cierto, Alexandra —admitió sin rodeos.

Alexandra sintió cómo el aire abandonaba su pecho. La revelación, aunque de alguna manera ya la intuía, la golpeó con dureza. Era como si todo el peso del mundo hubiese caído sobre sus hombros en un instante. Una parte de ella ya lo sospechaba, pero escuchar a su madre confirmar lo que hasta entonces había sido solo un rumor, la dejó paralizada. Sus manos, que hasta ese momento habían estado firmes, temblaron y tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano por mantener la compostura. Se obligó a respirar profundo, a pesar de que no consiguió calmar la sensación de que el suelo bajo sus pies se desmoronaba a la misma velocidad que latía su corazón.

¿Era eso lo que había detrás de la presión creciente por encontrarles marido a todas? La ruina, inminente y voraz, acechaba sobre su familia.

—¿Por qué no nos ha dicho nada, madre? —preguntó, su voz mezclando sorpresa y un leve reproche.

Lady Ashford se levantó de la silla con una calma calculada, caminando despacio hacia la ventana. Observó el exterior por un momento antes de responder.

—¿Y qué habrías hecho si lo hubieras sabido antes, Alexandra? —su tono era pragmático —. La información no habría cambiado nada, tan solo hubiera aumentado vuestra ansiedad.

Sabía que era mejor esperar el momento adecuado.

Alexandra la observó, su mente procesando la frialdad con la que su madre había manejado todo. Sin embargo, aún no había hecho la pregunta que más temía.

—¿Es por eso que padre intenta casarnos tan rápido? ¿Para salvarnos de la ruina?

La pregunta salió con más dureza de la que había planeado, y Alexandra se maldijo por no haber mantenido la compostura. Pero ¿cómo podía hacerlo cuando su vida, y la de sus hermanas, parecía estar al borde del desastre?

Lady Ashford se volvió hacia ella, su rostro reflejaba una mezcla sutil de cálida comprensión y fría resolución.

—Sí —respondió con franqueza—. La situación no es desesperada aún, pero lo será si no tomamos las medidas adecuadas. Cada una de vosotras tiene el poder de asegurar el futuro de esta familia. Sois nuestras joyas más preciadas y encontraros un buen marido no solo es vuestro deber sino nuestra salvación.

Alexandra sintió una oleada de rabia y frustración mezclada con impotencia. ¿Era ese su destino? ¿Salvar a la familia a costa de sacrificar su libertad?

—¿Y qué se supone que haga ahora, madre? —preguntó, intentando mantener la compostura—. ¿Animar a mis hermanas a venderse por un buen matrimonio? ¿Es eso lo que quiere de mí?

Lady Ashford caminó hacia su hija y, por primera vez en mucho tiempo, su tono adquirió un matiz más cálido, aunque seguía siendo firme.

—Quiero que pienses en el futuro de nuestra familia. Sé que es difícil de aceptar, pero todas vosotras, incluida tú, Alexandra, tenéis que hacer sacrificios por el bien común. No os pido que os sacrifiquéis por nada. Cada una puede encontrar un buen partido y eso no solo asegurará nuestro futuro, sino también el vuestro.

—¿Y qué hay de lo que quiero yo? —la voz de Alexandra tembló, lo que la sorprendió al sentir su propia vulnerabilidad.

Lady Ashford la miró con una expresión que casi podría describirse como compasiva, pero no por eso menos determinada.

—Lo que se quiere y lo que se debe hacer rara vez coinciden, hija mía, en nuestro mundo —dijo con suavidad, pero su tono tenía el peso de una lección que Alexandra sabía que su madre consideraba incuestionable—. Y sé que lo entenderás cuando veas a tus hermanas bien casadas y a nuestra familia a salvo.

Alexandra sintió una oleada de rabia y frustración mezclada con impotencia. Sabía que, en cierto modo, su madre tenía razón, pero eso no quitaba el amargo sabor de la realidad que ahora tenía que afrontar. La palabra *matrimonio* sonaba ahora más como una condena que como una elección. «Nuestras joyas más preciadas», había dicho su madre. Pero ¿qué eran sino peones

en un tablero más grande, cuyo único valor parecía radicar en asegurar la estabilidad financiera de la familia?

—Confío en que sabrás lo que es mejor para todas nosotras —añadió Lady Ashford—. Debes ser fuerte, Alexandra. Tus hermanas te admiran y siguen tu ejemplo. Si mantienes la calma, ellas lo harán también. Si tomas esposo, ellas lo harán también.

Alexandra asintió, aunque por dentro se sentía como si el suelo se derrumbara bajo sus pies. La responsabilidad que caía sobre ella era abrumadora, era un peso que nunca había pedido, pero sabía que, al igual que su madre, tendría que llevarlo con gracia. No había tiempo para flaquezas. Pero ¿qué pasaría cuando ese peso se volviera demasiado? ¿Qué haría cuando sus propias esperanzas y sueños quedaran enterrados bajo la responsabilidad? Nada, no podía hacer nada salvo conformarse con su destino. Caminó hacia la ventana y contempló el jardín, sus manos entrelazadas con nerviosismo.

—Entonces, supongo que debo casarme con lord Kensington —dijo al fin, su voz baja, casi como si estuviera hablando consigo misma—. Es lo lógico, ¿verdad? —se giró hacia su madre—. Si lo hago, al menos mis hermanas podrán elegir un matrimonio por algo más que la posición. Yo… puedo asegurar nuestro futuro.

Lady Ashford no dijo nada de inmediato. Sabía que Alexandra estaba asumiendo el papel que siempre le había correspondido, pero había algo diferente en su tono esta vez, como si por primera vez su hija estuviera cuestionando el destino que siempre había aceptado sin dudar.

—Siempre has sabido lo que se esperaba de ti —dijo Lady Ashford, acercándose a ella con pasos calculados—. Y lord Kensington es un buen partido, respetado y con una fortuna que garantizaría nuestra estabilidad.

Alexandra asintió, su mirada aún perdida en el exterior, pero había una ligera tensión en sus hombros, una resistencia que su madre no había visto antes.

—Es lo que se espera de mí, lo que debo hacer —continuó, su tono firme, aunque vacío de emoción—. Nunca he querido más que eso. Nunca he esperado más que cumplir con mi deber.

Sin embargo, incluso mientras pronunciaba esas palabras, una imagen cruzó su mente: Blackwood. Su mirada intensa, sus palabras llenas de un desafío que la desconcertaba. Con él, había una promesa de algo diferente, algo que no podía nombrar, pero que empezaba a calar en sus pensamientos como una semilla que aún no estaba lista para germinar.

—Lord Kensington es… adecuado —concluyó, con un tono que sonaba casi distante, como si ya no estuviera segura de lo que significaba *adecuado* para ella.

Lady Ashford se detuvo frente a su hija y aunque su expresión seguía siendo serena, había algo más en su mirada, una comprensión tácita de que su primogénita estaba en una

encrucijada que ni siquiera ella podría prever del todo.

—Sabes que harás lo correcto, Alexandra —dijo con una voz suave, pero con la misma firmeza de siempre—. Siempre lo has hecho.

Alexandra asintió, sin embargo, cuando las palabras de su madre se apagaron, una sombra de incertidumbre la envolvió. Siempre había hecho lo correcto. Siempre había cumplido con lo que se esperaba de ella. Y, por primera vez, mientras miraba el reflejo de su propio rostro en el cristal, una pregunta resonó en su cabeza.

¿Y si hacer lo correcto no era suficiente?

Capítulo 22 Vestidos

El salón de la mansión Ashford era un hervidero. La llegada del encargo de la modista había desatado una pequeña tormenta de exclamaciones y comentarios entre las hermanas. Era uno de esos momentos en los que el ambiente se llenaba de risas, observaciones ingeniosas y esa electricidad que solo las mujeres de la familia Ashford sabían crear. La manta de terciopelo que cubría el centro del salón estaba llena de cajas, y sobre ellas reposaban los vestidos recién llegados, cada uno de un color asignado a cada hermana.

—Ah, ya están aquí —masculló Serena, con su habitual desidia, mientras examinaba su vestido de un suave rosa pálido. La seda caía como una cascada, y las delicadas perlas que adornaban el corpiño brillaban bajo la luz de las lámparas.

—Madame Beaumont ha superado nuestras expectativas una vez más —dijo Ophelia, mientras levantaba con delicadeza su vestido azul zafiro. El color profundo hacía que sus ojos brillasen con más intensidad—. El corte es perfecto, madre estará complacida.

—Yo diría que casi parece demasiado bueno para nuestras circunstancias —comentó Scarlett, con una sonrisa astuta, sosteniendo su vestido negro entre las manos, una tela sedosa y ligera que parecía absorber la luz. Siempre la más inclinada hacia los tonos oscuros, el vestido le daba un aire de misterio y poder.

Clementine, mientras tanto, estaba examinando su vestido dorado con una mezcla de deleite y aprobación. Las incrustaciones de piedras preciosas brillaban en el corpiño, reflejando la luz de manera fascinante.

—Es incluso mejor de lo que imaginaba —dijo mientras sus dedos recorrían los detalles del diseño—. Madame Beaumont ha sabido capturar a la perfección mi estilo, y lo que es mejor, ¡se ve tan delicioso como un pastel de bodas!

—Siempre pensando en la comida, Clementine —comentó Rowena, que sostenía su vestido rojo con una expresión de aprobación. El rojo profundo complementaba su piel pálida y el diseño fluido parecía acentuar su naturaleza más reservada pero apasionada.

—No puedo evitarlo —replicó Clementine con una sonrisa traviesa—. Además, ¿no es el oro un color que destaca en cualquier salón de baile? Estoy segura de que no me perderán de vista en toda la noche.

—Eso es porque no necesitas el vestido para eso —apuntó Ivy con una sonrisa cómplice. Ella también sostenía su vestido, de un tono verde que resaltaba su belleza natural y su misteriosa aura. Las telas fluían de manera suave, dándole un aire etéreo—. Bastará con que

miren hacia la mesa de entrantes…

—¡Ivy! —se quejó Clementine.

—Ivy, querida, los hombres no saben lo que les espera al acercarse a ti —comentó Scarlett, siempre con su toque mordaz—. Pareces más peligrosa de lo que aparentas, ¿y qué mejor que el verde para advertir a los incautos?

Ivy alzó una ceja, divertida por el comentario de su hermana.

—No todos los hombres se asustan con facilidad, Scarlett. Quizá deberías tenerlo en cuenta.

—¿Scarlett tener en cuenta algo? —bromeó Serena—. Eso sería nuevo.

La habitación estalló en risas, cada una de las hermanas absorbiendo el momento con una ligereza poco habitual en los tiempos recientes. Los rumores sobre la ruina inminente aún pesaban sobre ellas, pero por una vez, en ese instante, solo existía la emoción de los vestidos nuevos y las esperanzas puestas en el próximo baile.

Alexandra observaba la escena desde su lugar junto al ventanal. Su vestido púrpura colgaba elegantemente de un maniquí cercano, esperando a ser admirado, pero no estaba tan entusiasmada como sus hermanas. Su mente seguía absorta en la conversación que había tenido con su madre días atrás, sobre las expectativas que recaían sobre sus hombros. El color púrpura siempre había sido su color, un símbolo de su estatus y de la responsabilidad que siempre había sentido. Pero ahora ese vestido, tan perfecto y majestuoso, le parecía casi una cadena que la mantenía esposada a un destino que no había elegido.

—¿Alex? —Ivy se acercó a ella, interrumpiendo sus pensamientos—. Estás muy callada, ¿qué te parece tu vestido?

Alexandra apartó la mirada de la gran ventana y observó el atuendo por un momento. Era, sin duda, hermoso, con intrincados bordados en hilo dorado que lo hacían resplandecer bajo la luz.

—Es precioso —admitió con una sonrisa suave—. Madame Beaumont ha hecho un trabajo excepcional, como siempre.

—Pero… —Ivy la miró con curiosidad, sabiendo que algo más rondaba en la mente de su hermana mayor.

—Pero no puedo evitar pensar que, por mucho que nos vistamos para impresionar, seguimos siendo las mismas. Los vestidos no cambiarán lo que se espera de nosotras.

Ivy asintió, comprendiendo lo que Alexandra no decía en voz alta.

—Tal vez, pero siempre hemos sabido cómo jugar el juego, ¿verdad? —le dijo Ivy, con una sonrisa llena de significado—. No importa lo que los demás piensen, siempre hemos sabido cómo mantenernos unidas.

La mirada de Alexandra se suavizó. Sus hermanas siempre habían sido su fortaleza, y por

mucho que las circunstancias cambiaran, sabía que eso no cambiaría.

—Tienes razón, Ivy. Pase lo que pase, siempre sabremos cómo mantenernos firmes.

Antes de que pudieran seguir hablando, Ophelia llamó la atención de todas.

—¡Es hora de prepararnos! El tercer baile es esta noche, y no podemos aparecer como si no estuviéramos listas para deslumbrar a todo Londres.

Las hermanas compartieron una última mirada cómplice antes de que cada una se dispersara para empezar a prepararse. El salón, que hacía unos segundos había estado lleno de risas y bromas, se fue vaciando, dejando a Alexandra sola por un breve momento.

Caminó hacia su vestido y pasó los dedos por la suave tela púrpura. El peso de su deber, el futuro de su familia, todo parecía concentrarse en ese momento, en ese simple vestido que pronto luciría ante la sociedad londinense. Respiró hondo y, con un último vistazo al jardín exterior, se dispuso a cumplir con lo que se esperaba de ella.



Las criadas iban y venían llevando cintas, adornos y joyas de un lado a otro mientras las hermanas Ashford se preparaban para el tercer baile de su temporada. Con cada rincón preparado a la perfección, la gran escalera decorada y la iluminación adecuada para crear una atmósfera de encanto, las Ashford sabían que todas las miradas estarían sobre ellas esta noche. Y aunque eso era precisamente lo que querían evitar, el espectáculo debía continuar.

En la habitación de Alexandra, la calma habitual era interrumpida solo por el suave movimiento de su doncella, Mary, ajustando los pliegues del vestido púrpura que resplandecía con los intrincados hilos dorados.

—¿Todo está en orden, milady? —preguntó la doncella, levantando la mirada para encontrarse con la de Alexandra en el espejo.

Alexandra asintió, aunque su mente estaba muy lejos de los pliegues de su vestido. Sus pensamientos vagaban hacia la conversación que había mantenido con su madre días atrás. La responsabilidad de salvar a su familia recaía sobre ella, y el peso de esa carga era tan tangible como el corsé que llevaba ajustado al cuerpo. Con cada respiración, sentía cómo la presión de sus decisiones se cerraba más.

«Si me caso con lord Kensington, todo se solucionará», pensaba mientras su doncella ajustaba los detalles finales de su atuendo. Era lo correcto. El deber. Y, sin embargo, había algo

dentro de ella, una chispa que había empezado a arder desde que Blackwood se cruzara en su camino, que la hacía cuestionar lo que había dado por sentado toda su vida.

Un golpe suave en la puerta la sacó de sus pensamientos.

—Ivy ya está lista —dijo Scarlett desde el umbral, luciendo un hermoso vestido de color negro. Alexandra pensó en lo hermosa que se veía su gemela en ese color que ella elegía para pasar desapercibida y que tenía el efecto contrario. Los brillos de la tela transparente que cubría la seda negra la hacían parecer una estrella—. Y Rowena… bueno, Rowena está jugando a intimidar a las criadas. ¿Estamos listas para nuestra entrada triunfal?

—Por supuesto —respondió Alexandra con una sonrisa forzada, alisando los pliegues de su vestido una vez más—. ¿Qué tal las demás?

—Clementine no ha dejado de hablar sobre lo bien que se verá su vestido dorado bajo la luz de las lámparas. Y madre, por supuesto, está calculando cada detalle. Ophelia, como siempre, parece salida de un cuento de hadas con tanto brillante…

Alexandra esbozó una suave sonrisa. Sabía que, a pesar de todo, ninguna quería, en realidad, casarse. No de la manera en que su padre lo deseaba. En cierto modo, la partida que jugaban esa noche no era solo para los caballeros presentes, sino también para ellos mismos.

Scarlett, como siempre, parecía leer sus pensamientos.

—¿Qué es lo que pasa por tu mente, Alex? —preguntó con una ligera inclinación de cabeza—. Pareces más distante de lo normal esta noche.

Alexandra suspiró, su mirada vagando hacia el reflejo en el espejo.

—Solo estoy pensando en lo que se espera de nosotras… una vez más.

—¿Sobre casarnos, dices? —Alzó una ceja, divertida—. Porque si es así, creo que será el baile más largo del mundo. Ninguna de nosotras tiene intención de caer en esa trampa fácilmente.

—Tal vez —admitió Alexandra, incapaz de ocultar su sonrisa ante la actitud relajada de su hermana—. Pero tarde o temprano, alguien tendrá que tomar una decisión.

—Pues que sea tarde —replicó, encogiéndose de hombros—. Que sea muy tarde. ¿O es que quieres casarte con… lord Blackwood? —interrogó con mirada pícara.

—Aunque lo deseara, ¿podría? —dijo en voz alta, de lo que se arrepintió al segundo.

—¿A qué te refieres, Alex?

Scarlett se acercó hasta ella y tomó su mano, a la espera de que dijese algo.

—Bueno…

—Alex, dime qué sucede, por favor.

—Hablé con madre —dijo, no fue necesario que contara más, Scarlett sabía a qué se refería su hermana.

—No es necesario que digas más, entonces, ¿es cierto? —Alexandra asintió—. Bien, así

que lo de «cazar» un marido de buena posición iba en serio…

—Eso parece.

—¿Y qué piensas hacer? ¿Aceptarás la proposición de lord Blackwood?

Alexandra tomó aire, se llevó de manera inconsciente la mano a su estómago y negó con la cabeza antes de hablar.

—Lo he pensado durante días, Scarlett, y creo que lo mejor para todas es que acepte a lord Kensington. Tiene posición, riqueza y su familia está bien considerada, eso nos asegurará que vuestros matrimonios puedan ser más… libres.

—¿Quieres decir que te vas a sacrificar por nosotras? —interrogó molesta. Alexandra tan solo asintió—. ¿Y no se te ha ocurrido contárnoslo y saber lo que opinamos? Ninguna te hemos pedido ese sacrificio, ninguna queremos que te sacrifiques por la familia —rugió.

—¿Y no es lo más sensato?

—Alexandra, he visto cómo te mira ese hombre, más importante aún, he visto cómo lo miras…

—¿Cómo lo miro?

—Como a lord Kensington no, eso te lo aseguro. Ese hombre te hace sentir, Alexandra, ¿sabes lo difícil que es eso en nuestro mundo?

—Pero…, lord William es la opción más segura.

—Lord Kensington hará que te consumas como una flor a la que arrancan de la planta, Alex. ¿Crees que tus hermanas queremos ver eso?

Alexandra se giró, enfocó la mirada en la ventana para evitar que las lágrimas estropearan su elaborado maquillaje, tomó aire y se obligó a recomponerse.

—Ya he tomado una decisión, Scarlett, esta noche aceptaré la proposición de lord William.

Antes de que Scarlett pudiera protestar, Ivy apareció en la puerta, su vestido verde resplandecía bajo la luz tenue de la lámpara.

—Madre está esperando que todas bajemos juntas para la gran entrada —anunció con calma—. Ya sabéis cómo es. Quiere que deslumbremos, aunque sepamos que el verdadero espectáculo está en resistir.

—¿Resistir? —Scarlett arqueó una ceja, divertida—. Querida Ivy, yo no solo resisto, lo disfruto.

—Y lo haces con un estilo inigualable, hermana —bromeó Alexandra mientras se ponía de pie y se alisaba el vestido púrpura una última vez—. Vamos, que comience el espectáculo. Y con esas palabras, y haciendo orgullo de la compostura aprendida a lo largo de los años, se encaminó junto a sus hermanas a ese baile que, en el fondo, se le antojaba un infierno.

La gran escalera de la mansión Ashford brillaba bajo las lámparas de araña y cada detalle

había sido preparado para que la velada fuera un éxito. Las hermanas Ashford, bajando en un despliegue de colores brillantes, eran el centro de atención incluso antes de que el baile comenzara. Alexandra, liderando el grupo, sentía cómo las miradas se posaban sobre ellas desde el momento en el que comenzaron a descender.

—Impresionantes, hijas mías —dijo lady Ashford, con los ojos llenos de satisfacción mientras las observaba—. Tal como debe ser.

—Por supuesto, madre —respondió Scarlett con una sonrisa enigmática—. Aunque creo que esta noche será recordada no solo por nuestra entrada.

Alexandra sonrió ante el comentario. Las apariencias estaban a salvo, al menos por el momento. Mientras el salón se llenaba de murmullos y música, sabía que el verdadero baile apenas estaba comenzando.

Capítulo 23 El baile del destino

La mansión Ashford brillaba, bajo la luz de las lámparas de araña, resplandeciente y llena de vida. La música flotaba en el aire mientras las parejas se movían al compás de un vals delicado, susurrando promesas y esperanzas bajo las notas del violín. Alexandra, acicalada con su impecable vestido púrpura, se encontraba en el centro de toda esa escena y, aunque la sala estaba a rebosar, se sentía más sola que nunca.

Desde su lugar junto a la pista, observaba cómo todo se desarrollaba a su alrededor con una frialdad que no podía disimular. Sabía que esa noche sería decisiva. La conversación con su madre seguía pesando sobre sus hombros y aunque había intentado convencerse de que casarse con Lord Kensington era lo correcto, había una pequeña parte de ella que se resistía con todas sus fuerzas.

Se alisó el vestido por centésima vez, intentando sosegar la tensión en sus manos. Miró de reojo a su alrededor, buscando algo que la distrajera de la decisión que estaba a punto de tomar. Y, entonces, lo vio: Lord Blackwood.

De pie, al otro lado del salón, con su habitual expresión enigmática y su porte imponente, estaba mirándola con fijeza. El aire entre ellos pareció cargarse de electricidad. Durante un breve instante, Alexandra sintió cómo su convicción se tambaleaba. Que estuviera ahí hacía que las cosas se complicaran más.

Pero Alexandra era una Ashford y sabía lo que debía hacer. Enderezó los hombros y giró sobre sus talones, decidida a alejarse de esa mirada intensa que amenazaba con desmoronar su mundo. Sin embargo, antes de que pudiera dar más de un par de pasos, sitió una mano cálida sobre la suya. No tuvo que girarse para saber que era él.

—Alexandra —su voz era baja, profunda, cargada de una emoción que hizo que su corazón latiera más rápido—. No puedes seguir evitándome.

Alexandra tragó saliva, tratando de mantener la compostura que tanto esfuerzo le había costado construir.

—No estoy evitándole —mintió, aunque ambos sabían que no era cierto.

Lord Blackwood alzó una ceja, escéptico.

—Entonces, ¿por qué me esquivas desde que bajaste al salón? —preguntó, dando un paso más cerca de ella. La cercanía hizo que Alexandra sintiera el calor de su cuerpo y eso solo aumentó su inquietud.

Se obligó a mirarlo a los ojos, intentando mantener su fachada inquebrantable.

—No es apropiado que… —comenzó, pero él la interrumpió con una leve sonrisa.

—¿No es apropiado el qué? —repitió, su tono suave pero firme—. Que me importes. Que sienta algo por ti. Sabes tan bien como yo que lo que hay entre nosotros no puedes ignorarlo.

Alexandra intentó apartar la mirada, pero la intensidad de su confesión la atrapó.

—Lord Blackwood, yo…

Antes de que pudiera continuar, él tomó su mano y la condujo a la pista de baile, justo cuando los primeros acordes de un nuevo vals comenzaban a llenar el salón. La rodeó con delicadeza, pero con seguridad, y Alexandra sintió cómo la mano de él se apoyaba en la parte alta de su espalda, justo donde el escote de su vestido dejaba la piel al descubierto. El simple roce hizo que su cuerpo reaccionara de manera involuntaria, estremeciéndose bajo su toque.

—¿Lo ves? —susurró Blackwood en su oído mientras la guiaba por la pista, su tono casi victorioso—. No puedes negar que hay algo entre nosotros.

El cuerpo de Alexandra respondía a cada uno de los movimientos de él, pero su mente se resistía.

—Esto no puede ser —dijo, pero sus palabras carecían de la fuerza que hubiera querido.

—¿Por qué no? —preguntó él, su mirada clavada en la de ella—. ¿Por qué tienes que hacer siempre lo que los demás esperan de ti?

Alexandra quería responder, pero las palabras se ahogaron en su garganta cuando sintió que su mano se deslizaba sobre su espalda, haciéndola sentir vulnerable y expuesta.

—Tan solo… no puedo.

—No lo entiendo, tengo riqueza, poder… ¿Por qué no me consideras digno, Alexandra?

—Yo… —dudó. Todo daba vueltas a su alrededor y no era porque girara sin parar entre sus brazos.

—¿Tú…?

Justo en ese momento, Lord Kensington se acercó impecable como siempre y con una sonrisa que parecía calculada al milímetro. Sus ojos brillaban con una mezcla de orgullo y seguridad, como si supiera que ya la había ganado.

—Lady Alexandra —dijo con una inclinación de cabeza—. ¿Me haría el honor de concederme este baile?

La sonrisa de Kensington dejaba claro que sentía superior a él, estaba haciendo lo que él hizo en Almack´s, robarle a su pareja en pleno baile no estaba bien visto. Si ella aceptaba…

El corazón de Alexandra dio un vuelco. No podía permitirse seguir con Blackwood, no cuando su familia dependía de ella.

—Por supuesto, Lord Kensington —aceptó, sintiendo cómo la tensión en su cuerpo se intensificaba con cada segundo que pasaba. Extendió su mano y dejó que la guiara su nueva pareja de baile, mientras los violines resonaban de nuevo. Y, con cada paso que daba, el peso de

su elección se hacía más insoportable.

Blackwood permaneció en silencio por un momento, tras el que, con un leve asentimiento, se dio la vuelta y caminó fuera de la pista de baile.

En la pista, Alexandra seguía el compás del vals, moviéndose con la misma gracia de siempre, aunque, cada paso que daba junto a Kensington la hacía sentir más lejos de sí misma, más atrapada. Mientras giraba, su mirada se desvió hacia el borde de la pista, donde lo vio.

Cuando sus ojos se encontraron con los de Blackwood, algo en su interior se rompió. Había algo en su mirada que la hacía desear correr, gritar, liberarse de las cadenas del deber. Sin embargo, cuando giró para bailar con Kensington, sintió como si una parte de sí misma se quedara atrás, entre aquellos brazos que acababa de abandonar.

Con cada paso de baile junto a lord Kensington, la música que antes había sido un suave murmullo, comenzó a transformarse en un eco distante y monótono. Era consciente de que cada movimiento de ese vals la acercaba un paso más a un destino que no podía esquivar, a una vida de deber y perfección que la abrumada desde el día de su nacimiento.

Y el calor que había sentido en los brazos de Blackwood se empeña en abrasarla, recordándole que su corazón podía latir por otra razón… por él. ¿Cómo podía caminar con paso firme hacia un futuro que se sentía tan vacío?



Mientras tanto, en el salón, Scarlett observaba la escena desde una esquina. A diferencia de Alexandra, siempre había tenido una habilidad innata para leer a las personas, para ver más allá de lo que mostraban al mundo. Y en ese momento, todo en su interior gritaba que algo estaba mal. Muy mal.

Sin perder más tiempo, Scarlett se deslizó entre los invitados hasta llegar a donde estaba Lord Blackwood, que había seguido observando la pista de baile con una expresión cada vez más oscura.

—Lord Blackwood —dijo ella, atrayendo su atención. Él la miró, sorprendido al principio, aunque recompuso con rapidez su expresión

—Lady Scarlett —respondió con una inclinación de cabeza, pero ella no estaba allí para formalidades.

—Por favor, invíteme a bailar—pidió.

—Yo… no sé si sería lo adecuado —se excusó.

—No hay tiempo para cortesías, lord Blackwood —dijo, sus ojos brillaban con seguridad cuando tomó la mano de Sebastian que, sin otra opción, la guio hacia la pista—. Mi hermana… —comenzó—, está a punto de tomar una decisión que la condenará y usted es el único que puede impedirlo.

—¿Condenarse? ¿A qué se refiere, lady Scarlett? —Se sentía extraño, bailaba con una mujer tan parecida a Alexandra que era muy fácil confundirlas, sin embargo, con Scarlett, no se sentía como con ella.

—Está a punto de aceptar la propuesta de lord Kensington. No puede dejar que lo haga.

—Entiendo, pero ¿qué puedo hacer si ella ya ha tomado su decisión?

—Todavía no la ha tomado —respondió Scarlett, firme—. Y si no hace algo ahora, será demasiado tarde. He visto cómo la mira y más importante, sé cómo mi hermana le mira —. Los ojos de Blackwood se oscurecieron, el conocimiento de lo que Scarlett le decía comenzaba a hacer mella en él—. Tiene que detener eso antes de que sea irreversible.

Blackwood apretó la mandíbula, sabiendo que Scarlett tenía razón. Mientras la música alcanzaba su clímax y con un giro rápido, cambió de lugar dirigiéndose con cada giro hacia Alexandra, que aún bailaba con Kensington.

—Hace días, Alexandra decidió que aceptaría la propuesta de Lord Kensington. No lo hace por amor, ni siquiera por elección. Lo hace por nosotras, por la familia, para asegurarse de que podamos tener la libertad de elegir nuestro futuro —susurró Scarlett, sus palabras cargadas de preocupación—. Se va a sacrificar…

—¿Sacrificarse? Discúlpeme, lady Scarlett, pero no lo entiendo.

—Voy a pedirle que sea un caballero y no revele nada de lo que voy a decirle, lord Blackwood —susurró esperando que este asintiera—. Mi familia está al borde de la ruina.

—¿Al borde de la ruina? ¿Y por qué no me lo ha dicho? —preguntó, más para sí mismo que para Scarlett.

—Porque Alexandra siempre ha hecho lo que se espera de ella —respondió Scarlett con una sonrisa amarga—. Pero si alguien puede detener esto, es usted. Aún no ha aceptado la propuesta públicamente. Haga algo, antes de que sea demasiado tarde.

Que Alexandra, con toda su fortaleza, estuviera dispuesta a sacrificarse de esa manera por las convenciones y el deber familiar, le revolvía el estómago.

Alexandra trataba de mantener la compostura mientras el vals los envolvía a ella y a Kensington en un suave vaivén. Los pasos de baile eran precisos, y el salón parecía un mar de movimientos elegantes. William la miraba con esa seguridad que siempre exhibía, esa sonrisa perfecta que no dejaba lugar a dudas sobre lo que esperaba de la noche. Alexandra lo sabía; él esperaba que al final del baile, ella aceptara su proposición.

—Es un placer bailar con usted, Lady Alexandra —murmuró Kensington con formalidad

—. Me pregunto si podré tener el honor de algo más que solo un baile esta noche —susurró esas últimas palabras.

Alexandra lo miró, pero su mente estaba en otra parte, sus pensamientos giraban en torno a la oscura figura de Lord Blackwood bailando con su hermana. Solo la idea de que él acabara con ella como pareja le revolvió el estómago. Quería no ser tan consciente de él, pero lo sentía, a pesar de que no se atrevía a mirarlo directamente.

Mientras giraba al compás de la música, la presión de su decisión pesaba más sobre sus hombros. Sabía que, si aceptaba a Kensington, su familia estaría segura. Su sacrificio aseguraría que sus hermanas pudieran tener matrimonios más libres, elegidos por amor o deseo y no por necesidad. Era el camino lógico, lo que siempre había sabido que debía hacer. Sin embargo, la sombra de Blackwood seguía presente en su mente y no podía evitar preguntarse qué hubiera pasado si las circunstancias hubieran sido distintas.

Mientras Kensington la guiaba con destreza por la pista, las palabras de su madre resonaban en su cabeza: «Es tu deber, Alexandra. Debes asegurar nuestro futuro». Cada paso la acercaba más a aceptar una vida que no deseaba, una vida sin emoción, sin Blackwood. Su mirada, sin quererlo, se desvió hacia él que la observaba con esa intensidad que siempre la había desconcertado. Sus ojos parecían hablarle, pedirle que reconsiderara su elección y ella se limitó a apartar la vista con rapidez.

—Lady Alexandra —la voz de Kensington la devolvió a la realidad—. Esta noche, me encantaría hablar con usted… en privado.

El corazón de Alexandra dio un vuelco. Sabía lo que significaba. Sabía que esta era la última oportunidad para detenerlo, pero también sabía que no lo haría. No podía permitirse flaquear ahora.

—Por supuesto, lord Kensington —asintió.

—¿Cuándo vas a comenzar a llamarme William, Alexandra? —preguntó acercándose a ella.

Su cercanía la incomodó, la hizo sentir…extraña. No era como cuando Sebastian la buscaba. Kensington le provocaba… rechazo. Perdida en sus pensamientos no se percató de que la música había cambiado, giraba entre los brazos de Kensington y, de repente, estaba en los brazos de… Blackwood. Su mano, fuerte y cálida, se posó sobre la suya y en un movimiento sutil, se deslizó hacia su cuello, rozando parte de su piel desnuda. Un estremecimiento recorrió el cuerpo de Alexandra, una chispa que la sacudió hasta la médula.

—No deberías bailar con él —susurró Blackwood en su oído, su voz grave y cargada de emoción contenida—. Nunca más.

—¿Nunca más? —repitió sin tener claro qué más podría decir.

—Nunca más. Me pone celoso —confesó.

Alexandra tragó saliva, tratando de mantenerse firme, pero la cercanía de Blackwood y el roce de su mano hacían que su mente se nublara.

—No puedo… —susurró casi sin aliento—. No debo…

—¿No puedes qué, Alexandra?

—Esto… lord Blackwood —murmuró.

—¿Por qué no? —replicó él, girándola sin prisa al compás de la música mientras sus manos la sostenían con firmeza—. Porque elegir a Kensington es lo que se espera de ti, ¿Alexandra? Sé que no quieres eso. Puedo verlo en tus ojos.

Alexandra cerró los ojos por un breve segundo, sintiendo la proximidad de Blackwood, el calor de su aliento en su piel. ¿Cómo podía resistirse? ¿Cómo podía seguir adelante con lo que sabía que la consumiría?

Blackwood la giró una vez más y esta vez, mientras lo hacía, sus dedos rozaron la parte alta de su espalda, justo en el lugar donde la seda del vestido se encontraba con su piel desnuda. Alexandra sintió un escalofrío recorrerla, pero no fue de incomodidad, sino de algo que nunca había experimentado antes. Deseo. Deseo puro y una necesidad urgente de estar cerca de él, de saber qué era lo que de verdad quería.

—Por favor —insistió Blackwood, sus ojos fijos en los de ella, el ardor de su mirada quemando todas sus dudas—. No lo hagas. No te condenes. Yo puedo darte seguridad, Alexandra, a ti y a toda tu familia. Confía en mí. Por favor…

Alexandra, por un momento, sintió que el mundo a su alrededor se desvanecía, que solo existían ellos dos, en ese instante, en ese baile que era mucho más que un simple baile. Pero antes de que pudiera responder, el baile terminó y lord Kensington apareció junto a ellos, con expresión tensa.

—¿Lady Alexandra? —interrumpió con una sonrisa que no llegaba a sus ojos—. Creo que es hora de que hablemos.

La magia del momento se rompió y Alexandra, todavía atrapada en el torbellino de emociones que Blackwood había despertado en ella, miró a Kensington sin poder decir una palabra.

Blackwood, con una expresión indescifrable, soltó reticente su mano, pero no apartó los ojos de ella. Alexandra sintió cómo se alejaba y con su partida, el frío y la incertidumbre la envolvieron de nuevo.

Sebastian no podía quitarles la vista de encima, Kensington la había alejado hacia un lugar más apartado, sabía que iba a proponerle matrimonio y se preguntó si su padre, lord Ashford le daría permiso tras su… desacuerdo en White´s.

—Al fin te encuentro, amigo —lo sacó de sus pensamientos su amigo Duncan.

—Sí, aunque no es un buen momento.

—Creo que sí lo es, toma —dijo sacando un montón de papeles.

—¿Qué es? —preguntó Blackwood, su voz cargada de sospecha mientras miraba los documentos que Duncan le ofrecía.

—Todo lo que necesitas para que él desaparezca de la vida de ella.

Blackwood cogió los papeles, pero no los abrió de inmediato. Durante unos segundos, su mirada se quedó fija en ellos, su mente trabajaba a toda velocidad, procesando las palabras de su amigo. ¿Qué podía ser tan grave como para desterrar a Kensington de su vida para siempre?

Tras unos segundos, rompió el sello y comenzó a leer. A medida que sus ojos recorrían las líneas de texto, su expresión cambió. Al principio, una leve contracción en su mandíbula fue el único signo de su reacción, pero cuanto más leía, más se tensaba sus músculos.

Los documentos detallaban las estafas de Kensington en las minas de las Indias Occidentales, fraudes que habían arruinado a varias familias nobles. Las palabras *ruina* y *dote* se repetían una y otra vez. Blackwood sintió que el enfado subía en su pecho como un fuego lento. Su mirada se volvió oscura, pero se mantuvo fría. Este era el momento que había estado esperando.

Después de lo que pareció una eternidad, levantó la vista de los papeles. Los apretó entre sus dedos con una fuerza apenas contenida. Sus labios se curvaron en una sonrisa tensa, cargada de resolución.

—Te debo una, amigo —murmuró, con ese tipo de calma que precede a una tormenta peligrosa.

Sin decir una palabra más, buscó con la mirada a lord Ashford. Ahora que tenía lo que necesitaba, nada lo detendría en su empeño de cambiar el curso de la noche. Y de su vida.

Capítulo 24 La pareja perfecta

Alexandra se reprochaba que debía prestar atención a Kensington, sin embargo, sus ojos iban por libres y no dejaban de buscarlo. ¿Qué hacía con su padre? Ambos estaban serios, fuera lo que fuese, parecía importante.

—Alexandra, paseemos —pidió Kensington ofreciendo su brazo.

Mientras Kensington la conducía hacia el pasillo que daba a la parte trasera de la gran casa, Alexandra sentía el peso de la conversación pendiente, la presión de las expectativas. El aire en el oscuro pasillo era denso, cargado de la misma tensión que sentía. Caminaba al lado de Lord Kensington, sus pasos resonaban sobre el suelo de piedra mientras se adentraban más en el solitario corredor, iluminado solo por algunas lámparas. Las palabras no llegaban a salir de su boca, no sabía qué decirle. Sentía que la presión se acumulaba con cada paso.

Por fin, Kensington se detuvo, se volvió hacia Alexandra y tomó su mano con una sonrisa calculada.

—Alexandra —comenzó, su tono era suave y lleno de expectativas—, es evidente que nuestras familias han esperado este momento durante mucho tiempo. Lo que hemos compartido esta temporada no ha hecho más que confirmar lo que ya sabíamos. Somos la pareja perfecta.

Alexandra sintió un nudo en el estómago. La *pareja perfecta* a la que se refería Kensington era un matrimonio de conveniencia, un acuerdo que, aunque aseguraría el futuro de su familia, no dejaba espacio para sus propios deseos.

—Lord Kensington, yo… —intentó decir, pero él la interrumpió, acercándose un paso más sin dejarle espacio para respirar.

—No necesitas decir nada aún, Alexandra —continuó—. Sé lo difícil que puede ser para una mujer tomar una decisión de este calibre. Pero déjame facilitarte el camino: quiero que seas mi esposa más que nada en este mundo. —Su tono era firme, casi autoritario—. Te ofrezco seguridad, estatus y todo lo que puedas desear. Sé que no hay mejor elección para ti… ni para tu familia —añadió.

La cabeza de Alexandra daba vueltas, ¿sabía algo sobre la ruina que se cernía sobre su familia? ¿Había sido su padre el que le había pedido que se le declarara? Su madre estaba de acuerdo, se lo había dejado claro en su conversación anterior, pero ¿y su padre? El peso de la responsabilidad que cargaba en sus hombros parecía aplastarla. Su familia, sus hermanas… Si aceptaba, todo quedaría resuelto. Pero al mismo tiempo, una pequeña voz en su interior le gritaba que podía tener algo más allá del deber, algo que de verdad anhelaba.

—Lo sé, lord Kensington. Sé que es lo correcto —dijo, pero sus palabras sonaban vacías incluso para ella misma.

Kensington la miró con una sonrisa satisfecha, dando por sentado que su silencio era una aceptación tácita.

—Sabes que te cuidaré, Alexandra, que te daré todo lo que necesitas —añadió, su tono más persuasivo, presionándola—. No hay necesidad de dudar. Sabes que esto es lo que se espera de nosotros. Y, por favor, llámame William.

Alexandra apartó la mirada, su mente dividida entre la lealtad a su familia y el deseo que empezaba a crecer en su corazón. No podía negar lo que era correcto, pero tampoco podía ignorar lo que sentía, por muy peligroso que fuera.

Antes de que pudiera responder, Kensington dio un paso más cerca, invadiendo su espacio personal.

—Alexandra —dijo con un tono más íntimo—. No deberías esperar más. Dime que me aceptarás. Que te convertirás en mi esposa. —Al ver que Alexandra dudaba, alargó la mano para acariciar su mejilla—. No hay otra opción. Sabes que no.

Alexandra sintió su corazón acelerarse, una mezcla de nervios y rechazo ante su cercanía. La presión de Kensington aumentaba, pero algo dentro de ella no le permitía dar ese paso.

Alexandra sintió que el espacio entre ellos se reducía aún más y antes de que pudiera retroceder, Kensington inclinó la cabeza y, sin más preámbulo, presionó sus labios contra los de ella. Fue un beso firme, decidido, con el que Alexandra no sintió la chispa que había experimentado con Sebastian ni el fuego que esperaba encontrar.

El contacto era frío, calculado, muy diferente de lo que había sentido con Blackwood. Al principio, se permitió el beso, pensando que quizá el deber y la seguridad podrían despertar algún sentimiento en su interior, sin embargo, a medida que los segundos pasaban, la incomodidad crecía en su pecho hasta dar paso a algo más grande, a un rechazo profundo que nacía en sus entrañas.

Alexandra se apartó sintiendo el peso del beso en sus labios, pero sin el calor que habría deseado. La confusión y el desánimo la invadieron.

—Lord William, yo… —murmuró, apartando la mirada y llevando una mano a sus labios, como si tratara de encontrar una respuesta en lo que acababa de suceder.

Pero Kensington no parecía dispuesto a dejarla escapar con facilidad. Su expresión cambió, volviéndose más oscura y la tomó de la muñeca con una fuerza inesperada.

—No hay nada más que pensar, Alexandra —afirmó en un susurro frío—. Tú misma lo has dicho, sabes que esto es lo correcto. Tu familia necesita este matrimonio y no hay ninguna otra opción.

El tono de Kensington había cambiado; de persuasivo y seductor había pasado a uno casi amenazante. Alexandra sintió el miedo burbujeando en su interior. El aire en el pasillo se volvía tan denso que la asfixiaba.

—William… —intentó replicar, pero él no la soltaba. Se apartó con tanta brusquedad que se golpeó la cabeza contra la húmeda pared. El corazón le latía en la garganta. Kensington frunció el ceño, molesto y sorprendido por su resistencia.

—¿Qué sucede? —preguntó con un tono que mezclaba desconcierto y una sutil amenaza —. Creía que lo entendías, Alexandra. Esto es lo que debemos hacer. No puedes seguir huyendo de lo inevitable.

Alexandra respiró hondo, su mirada fija en el suelo. Su mente estaba nublada, pero había una cosa que sabía con certeza: no podía aceptar aquello.

—No estoy… segura —logró decir, aunque la voz le temblaba—. Necesito más tiempo.

La expresión de Kensington cambió, su rostro se endureció y sus ojos adquirieron un brillo frío. Tomó su mano con más fuerza de la que era necesaria, inclinándose hacia ella para que sus palabras no pudieran ser oídas por nadie más.

—No tienes tiempo, Alexandra —susurró, su tono suave pero cargado de amenaza—. Si no me aceptas ahora, las consecuencias serán nefastas. Para ti, para tus hermanas, para toda tu familia… Y, créeme, no quieres tenerme como tu enemigo. —Su mano rozó de nuevo la mejilla de Alexandra, pero esta vez su tacto no era amable, sino posesivo.

Alexandra trató de retroceder un paso, pero la dura pared se lo impidió acrecentando la sensación de claustrofobia que no dejaba de crecer a su alrededor. La amenaza implícita la dejó sin palabras y, por un instante, pensó que podría estar prisionera en una trampa de la que no había escapatoria.

Fue entonces cuando lo distinguió.

Desde las sombras, la figura de Blackwood emergió, su presencia imponente llenando el espacio entre ellos. La mirada de Blackwood era de acero, una mezcla de furia contenida y entereza, y fue en ese momento en el que Alexandra supo que estaba a salvo.

—Aléjate de ella, Kensington —ordenó Blackwood en voz baja y afilada.

Kensington se giró molesto por la interrupción.

—¿Lord Blackwood? —intervino con una sonrisa tensa—. Estamos en mitad de una conversación muy importante. Tal vez podría esperar su turno… si es que llega.

La burla en la voz de Kensington fue evidente, pero Blackwood ni siquiera parpadeó. En lugar de responderle, sus ojos se clavaron en los de Alexandra, ignorándolo por completo.

—Alexandra, ven —la llamó—. No puedes casarte con él —afirmó mientras avanzaba hacia ellos con una tranquilidad que contrastaba con la tormenta que reflejaban sus ojos.

Kensington se tensó, dando un paso adelante, intentando reafirmar su posición.

—Esto es absurdo —murmuró con desdén—. Alexandra ya ha tomado una decisión. Yo soy la mejor opción y ella lo sabe. Será mejor que se retire, lord Blackwood.

El aire en el pasillo se sentía pesado, como si todo se hubiera detenido para observar el enfrentamiento que estaba a punto de estallar entre los dos hombres. Alexandra se encontraba entre ellos, como una pieza que ambos disputaban.

Kensington mantenía su postura altiva, su mirada no se apartaba de Alexandra, como si Blackwood no representara más que un simple inconveniente

—Creo que el que debería retirarse eres tú, Kensington —murmuró Blackwood en voz baja, pero lo bastante cerca para que su tono amenazante fuera inconfundible.

Kensington soltó una risa burlona.

—¿Retirarme? —repitió con desdén—. No sé de qué estás hablando, Blackwood, pero te sugiero que dejes de entrometerte.

—Me temo que soy yo quien te sugiere algo. Y te aseguro que vas a seguir mi consejo —replicó Blackwood, su voz baja y afilada—. Alexandra no puede tomar una decisión basada en una mentira.

—¿Una mentira?

—Sí, una mentira, Kensington —dijo Blackwood, su voz se había convertido en un susurro peligroso—. Porque sé la verdad. Sé que estás arruinado y que lo único que te interesa es su dote.

—¿Qué… qué estás diciendo? —balbuceó sin rastro de su habitual arrogancia.

—Sé todo sobre las minas en las Indias —continuó Blackwood, con una frialdad que hizo retroceder a Kensington—. Sé cómo has estafado a otros nobles prometiéndoles riquezas que no existen. Eres un fraude y solo buscas salvarte a costa de ella.

Kensington trató de mantener la compostura, pero el miedo empezaba a asomarse en sus ojos.

—Eso es… ridículo. No puedes probar nada—. Su cuerpo y su voz temblaban.

—¿No? —Blackwood sonrió, sin humor—. Tengo todos los documentos. Y te aseguro que, si no desapareces ahora mismo, no dudaré en hacerlos públicos.

Kensington apretó los dientes, furioso, pero sabía que estaba derrotado. Con una mirada llena de odio hacia Blackwood, dio un paso atrás.

—Esto no ha terminado.

Blackwood, con una frialdad absoluta, lo observó retirarse en silencio, asegurándose de que Alexandra no viera la amenaza latente que acababa de intercambiarse.

Alexandra, que había permanecido en silencio durante todo el enfrentamiento, al fin encontró su voz.

—Lord Blackwood, ¿qué… qué ha pasado? —preguntó sin entender del todo lo que acababa de suceder.

Blackwood no respondió de inmediato. En lugar de eso, la tomó de la mano con una solidez que no admitía discusión y la guio, alejándola de los restos de la confrontación, adentrándose más en el solitario pasillo.

Se detuvieron antes de llegar a la salida, justo donde el mundo parecía quedarse atrás. Allí, bajo la tenue luz de una antorcha, Blackwood se volvió hacia ella.

—Te lo he dicho antes, Alexandra —murmuró, su voz cargada de emoción—. No puedo dejar que te condenes. No con él.

Alexandra lo miró sin saber qué decir. Había tanto que procesar…, y, sin embargo, lo único que sentía en ese momento era la cercanía de Blackwood. Su calor. Su intensidad. Antes de que pudiera protestar, los labios de Sebastian se encontraron con los suyos.

El beso la llenó de una pasión que le resultó difícil de contener, era un beso que llevaba demasiado tiempo esperando. Sus labios se abrieron de manera inconsciente, invitando a Sebastian a saborearla. El roce de su lengua lo hizo enloquecer y sin poder controlarse la tomó con fuerza por la cintura y la levantó, usando la pared como apoyo.

—No puedes mentirme, Alexandra —jadeó, su voz era apenas un murmullo mientras sus dedos seguían el contorno de su espalda—. Sé que lo sientes también.

Alexandra se quedó inmóvil, su mente luchaba por encontrar una respuesta que no llegaba porque su cuerpo la traicionaba. Sus susurros, su cercanía, el calor que nacía de su interior cada vez que la tocaba, sentir sus masculinas manos en su cintura, el frío de la pared en su espalda… todo era una estudiada trampa para hacerla perder el control de sí misma.

Blackwood la besó de nuevo con una intensidad que la dejó sin aliento, sin razón. Tan solo sentía como su corazón se aceleraba, como el calor la invadía hasta arrasarla por completo. Y se sintió culpable. ¿Cómo podía dejarse llevar así, cuando había tanto en juego? Trató de apartarse, sus manos se tensaron sobre el pecho de Blackwood, queriendo poner distancia entre ellos, pero su cuerpo no respondía a lo que su mente le decía.

—No… —murmuró, aunque su voz sonaba débil, sin convicción

Blackwood se apartó, sus ojos cargados de deseo y preocupación, buscando una respuesta en los de ella. Alexandra respiraba con dificultad, su pecho subía y bajaba aacelerado, como si hubiera estado corriendo. Quería hablar, decirle que aquello no podía seguir, tenía que estar mal ¡Debía estarlo! ¿Verdad? Pero su voluntad parecía flaquear bajo el peso de todo lo que sentía.

—Debemos detener esto… es lo correcto —logró articular.

—¿Estás segura de que es lo que deseas, Alex? —preguntó con la voz convertida en un suave susurro, llamándola como solo su familia hacía—. Porque creo que, esta boca que me vuelve loco, miente —confesó antes de inclinarse hacia ella.

Alexandra se olvidó de respirar, pendiente tan solo de la cercanía de ese hombre que la hacía… la hacía sentirse ella misma. Quiso alejarlo, decirle que se equivocaba, pero al rozar sus labios contra los de ella, el mundo desapareció a su alrededor. Todo el peso de la responsabilidad y del deber se desvanecieron en el aire, convertidos en cenizas por el fuego que él prendía cuando la tocaba.

Y se rindió. Esas manos con las que había tratado de alejarlo, se deslizaron hasta su cuello, atrayéndolo más cerca. Esa tormenta de incertidumbre que la había atormentado durante semanas se disipó en ese instante, dando paso a las emociones que ya no podía controlar.

—Lord Blackwood, ¿qué… qué está haciendo? ¿Qué me hace? —preguntó aturdida.

—Estoy haciendo lo que tú no te atreves a hacer —respondió. Y volvió a besarla con tal intensidad que el ruido del baile quedó atrás y todo lo que podía sentir era el sonido de sus respiraciones agitadas.

Capítulo 25 ¿Y si me arrepiento?

El pasillo oscuro donde se encontraban se sentía cada vez más encajado, como si las paredes estuvieran acercándose. El beso se intensificó, Blackwood la sujetaba con fuerza, como si temiera que pudiera escaparse. Pero Alexandra no tenía intención de huir. Lo rodeó con los brazos y lo acercó aún más, perdida en la pasión de ese momento. Sentía cada latido de su corazón, cada suspiro, cada roce, como una promesa de todo lo que había estado negando.

Sebastian la alzó con la fuerza de sus brazos y ella, por instinto, rodeó su cintura con las piernas. Sebastian notó el calor, la invitación inocente que le ofrecía, y se obligó a detenerse. No podía hacerla suya por primera vez en un pasillo oscuro y húmedo.

Dejó sus labios y se resguardó en el hueco de su cuello, respirando con agitación. Alexandra, confusa, no tenía palabras. No tenía ni idea de qué sucedía, solo era consciente de que su pecho subía y bajaba con una rapidez que la sumía en un estado de agitación que nunca antes había experimentado. Y fue consiente en ese segundo de que no podía ocultar por más tiempo lo que sentía por él.

Y, a pesar de la creciente necesidad que sentía en su interior, no podía evitar que una parte de su mente se resistiera. ¿Qué estaba haciendo? Todo aquello era una locura, una ruptura absoluta con todo lo que le habían enseñado sobre el decoro y el honor.

«¿Es esto lo que quiero?», se preguntaba mientras su cuerpo respondía con urgencia al contacto de Sebastian. «¿Es realmente deseo lo que siento o solo estoy siendo atrapada por el momento?».

La confusión se apoderaba de ella en los breves instantes en los que la razón parecía ganar la batalla a lo que sentía. A punto estaba de alejarse de él a la carrera cuando Sebastian la miró a los ojos. Y de nuevo se perdió en la intensidad de su mirada que lograba que el aire se volviera denso, caliente, irrespirable… Su voluntad se desvanecía poco a poco. Tal vez, por primera vez en su vida, se permitiera dejar de lado las expectativas ajenas y seguir lo que su corazón anhelaba. Pero ¿y si se arrepentía? ¿Y si lo que estaban a punto de hacer cambiaba todo? De repente, advirtió en su mirada algo diferente, algo que la hizo ponerse en guardia.

—¿Qué sucede? —preguntó, apenas su voz era perceptible.

Blackwood no respondió de inmediato. A cambio, tomó su mano con firmeza y sin decir nada la condujo hacia el exterior. Alexandra, desconcertada, lo siguió incapaz de detenerlo. Cruzaron las puertas y se internaron en el solitario patio, que se usaba para que los carruajes

esperaran, bajo la luz de la luna que brillaba esa noche con el mismo ardor que ellos.

—Sebastian —lo llamó por su nombre y él cerró los ojos un segundo, esa mujer no tenía ni la menor idea de lo que había provocado dentro de él tan solo por decir su nombre.

Se detuvo un segundo para observarla, verla con el pecho acelerado, el rubor bañando su delicada piel, sus labios inflamados por sus besos… fue demasiado para su propia cordura. Sin pensarlo, la tomó por las piernas y la cargó sobre su hombro.

Ella dejó escapar un grito de sorpresa y empezó a revolverse, inquieta.

—¿Qué estás haciendo? —demandó.

—Estoy aleándote de lo que no necesitas. No puedes casarte con él. No lo permitiré ni esta noche ni nunca —afirmó rotundo.

—Lo sé —susurró—. No voy a casarme con él.

Sebastian detuvo su paso y tomó aire.

—¿Vas a ser mi esposa, Alexandra? —preguntó.

—Aunque no es así como imagine mi pedida, supongo que la respuesta sigue siendo sí —farfulló.

—Perfecto —asintió antes de meterla en su carruaje.

El interior del carruaje estaba envuelto en sombras, iluminado apenas por la luz de las farolas que pasaban a través de las cortinas entreabiertas. Comenzó a moverse, el traqueteo de las ruedas sobre el empedrado rompía el silencio, pero dentro del coche, la tensión era palpable. Alexandra, sentada frente a él, tenía el corazón acelerado y las emociones a flor de piel. Él, en cambio, permanecía en calma, observándola con esa energía que parecía consumirla.

Alexandra no sabía qué hacer con las manos. Las apretaba contra su regazo, intentando controlar la agitación que sentía. Miraba a Sebastian de reojo, sabiendo que su mirada la quemaba cada vez que se cruzaban. Quería decir algo, romper la tensión, pero las palabras se quedaban atrapadas en su garganta. No había nada que pudiera decir que suavizara lo que estaba por venir. Y lo peor de todo era que, en lo más profundo de su ser, lo esperaba.

La idea de que estaba cometiendo un error la torturaba y lo que había estado a punto de suceder la aterrorizaba y a la vez la excitaba. Nunca antes había estado tan cerca de alguien como lo había estado de él. Por un momento, ninguno de los dos habló. Las palabras parecían innecesarias. Era como si todo el peso de lo que había ocurrido estuviera presente entre ellos, sin necesidad de ser expresado. Pero la cercanía, la intimidad del espacio reducido, hacía imposible que Alexandra ignorara lo que sentía.

—¿Señor? —escuchó la voz de su cochero desde fuera.

—A casa, George —pidió al cochero.

—¿A casa? —preguntó con dudas en la voz—. Estoy en casa, Sebasitan —aclaró.

—A la mía.

—¿A tu casa? ¡No puedo ir a tu casa! Eso sería… ¡Sería un escandalo!

—¿Acaso no me acusaste de canalla, Alexandra? Pues voy a hacer gala de mi reputación y te voy a llevar a mi casa.

—No puedes…

—Oh, sí puedo. Y lo haré. No voy a dejar que cambies de opinión.

—¿Cómo…? —se interrumpió pensando en lo que habían hecho en el pasillo, ¿habría más?

—Dándote lo que de verdad deseas.

Antes de que Alexandra pudiera decir algo, él se arrodilló frente a ella. Sus ojos no dejaron los de la mujer, quería ver todas sus expresiones. Su mano se colocó sobre su muslo, rozando la tela de su falda. El contacto la hizo estremecer y todo a su alrededor. Se volvió tan oscuro como el pasillo del que habían huido.

Alexandra no podía moverse. Quería resistirse, detener lo inevitable, pero su cuerpo ya no respondía a la razón, solo a la promesa de lo que Sebastian le ofrecía sin palabras. Cuando sus manos rugosas rozaron la piel bajo la falda, sus ojos azules se abrieron tanto por la sorpresa que lo excitaron más y, sin darle tiempo a que pensara en lo que iba a pasar, levanto la falda y hundió su cara entre las piernas de la única mujer que lo volvía loco en todas las formas posibles.

Quería protestar, negarse, rechazarlo, lo juraba a gritos en su mente, pero todo se desmoronaba cuando la miraba con esa pasión, de esa manera que parecía gritar que ella era lo único importante para él. Y cuando notó su lengua húmeda rozar su sexo, justo dónde palpitaba el deseo, no pudo decir nada. Tan solo tuvo fuerzas para agarrar la tela del vestido… para nada más.

—Esto no puede ser real —murmuró entre jadeos—. Todo está sucediendo tan rápido…

Sebastian levantó un segundo la cabeza hacia ella, mirándola con fijeza. Alexandra sintió un escalofrío recorrer su cuerpo. ¿Qué le sucedía? ¿Y ese orgullo del que tanto presumía? Ahora no había orgullo, no lo había en lo que hacía. Se comportaba… como una ramera.

—¿Demasiado rápido? —dijo él, con tono grave porque esas palabras solo estaban destinadas a ella—. Llevo demasiado tiempo esperando este momento. Tanto que pensé que iba a morir consumido por el deseo que despiertas en mí, Alexandra.

Las palabras de Blackwood la envolvieron, haciéndola sentir extraña, como si no fuera ella la persona que debería estar ahí. Pero, al mismo tiempo, había algo en su cercanía, en esa intimidad que compartían, que la hacía sentirse más viva que nunca. Y la idea de resistirse por más tiempo se esfumó cuando él comenzó a acariciarla de nuevo entre las piernas.

—No sabes, Alexandra —pronunció su nombre arrasando las sílabas de manera sensual —, la de noches que he soñado con tenerte así, para mí, en saborearte —susurró justo antes de volver a posar sus labios sobre su sexo húmedo—. Y tu sabor…, no, toda tú, me volvéis loco.

—¿Te vuelvo loco, Sebastian? No tanto como tú a mí —confesó entre jadeos.
Y esas palabras fueron la excusa perfecta para mostrarle que tan loco lo volvía.



Alexandra respiraba con dificultad, su pecho subía y bajaba mientras trataba de encontrar las palabras que le dieran sentido a lo que acababa de suceder. Pero no había lógica que valiera. Solo estaban ellos dos, el deseo latente y el roce de las manos de Blackwood que aún acariciaban su piel.

—No puedo dejar que te arrepientas de esto, Alexandra —murmuró él, mientras sus labios rozaban su oído—. Te lo advertí.

Alexandra trató de apartarse, aunque solo fuera un poco, pero su cuerpo no respondía a lo que su mente le suplicaba. Todo dentro de ella la empujaba hacia él, como si fuera una fuerza que no podía controlar. Como si aún necesitara más.

—No… esto no es lo correcto —jadeó, su voz sonaba débil, casi como si no creyera en sus propias palabras.

Blackwood sonrió, y el gesto fue tanto una advertencia como una promesa.

—Nunca he sido un hombre que siga las reglas, Alexandra. No voy a empezar ahora. No cuando se trata de ti.

El trayecto hasta la casa de Blackwood había sido breve, pero se sintió eterno para Alexandra. Cuando el carruaje se detuvo frente a la imponente mansión de Sebastian, todo en su interior le gritaba que debería detenerse, dar media vuelta y regresar a la seguridad de su hogar. Pero ya era demasiado tarde. Después de lo sucedido en el carruaje no había vuelta atrás.

—Ven conmigo —le dijo, su voz baja y cargada de promesas—. Te llevaré a casa.

La puerta del carruaje se abrió, Blackwood fue el primero en salir y extendió la mano para ayudarla a bajar. Alexandra dudó, la atmósfera alrededor de ellos era casi irreal, como si la noche misma supiera que estaban a punto de cruzar una línea de la que no habría retorno. ¿O ya la habían cruzado?

Al poner un pie fuera trastabilló, su cuerpo aún temblaba por las emociones que había vivido ahí dentro. Nadie, nunca, había hecho referencia a que lo que pasaba entre un hombre y una mujer pudiera ser… así.

—¿Estás bien?

—Solo un poco aturdida —atinó a decir.

Sin más, la tomo entre sus brazos y se encaminó hasta la gran mansión.

—¿Esa es tu casa, Sebastian? —interrogó con sorpresa—. ¿Blackthorn Manor es tu casa?

Sebastian no dijo nada, tan solo se encogió de hombros.

—Esto no está bien, no pueden verme llegar así… —farfulló ocultando su cara contra el pecho del hombre.

—No tienes nada de lo que avergonzarte, Alexandra, después de todo serás la señora de la casa, serás mi esposa, así que no te avergüences, tu orgullo sigue intacto.

—¿Mi… orgullo sigue intacto? Entonces, lo que ha sucedido en el carruaje…

Sebastian dejó escapar una risa cálida y ronca que vibró en su pecho, contagiándola.

—Oh, mi querida lady Soberbia —susurró llamándola por el sobrenombre que le habían dado—, lo del carruaje solo ha sido el aperitivo. Todavía queda el principal y todos los postres…

—La verdad, mi señor —susurró sin soltarlo—, es que no sé si sobreviré a los postres…

La risa de Sebastián rompió el silencio con el que la gran mansión los acogió. La luz de la luna que se filtraba por las ventanas iluminaba el vestíbulo, pero todo lo demás estaba sumido en penumbra. Blackwood no dijo nada mientras la conducía escaleras arriba, hacia su dormitorio. Cada paso resonaba en la madera y, con cada paso, Alexandra sentía cómo su corazón se aceleraba más.

Al llegar a la habitación, Blackwood cerró la puerta tras ellos, dejando el mundo exterior atrás.

—Ahora, Alexandra —susurró, mientras sus dedos rozaban la piel de su espalda—, ya no hay marcha atrás.

—¿Y si me arrepiento? —murmuró ella, su voz apenas un susurro.

Blackwood sonrió, pero no era una sonrisa amable. Era la sonrisa de un hombre que sabía exactamente lo que quería, y que no tenía intención de dejarla escapar.

—No lo harás —dijo él, mientras sus dedos acariciaban el dorso de su mano—. Porque voy a asegurarme de que no lo hagas.

Capítulo 26 Eres hombre muerto

Alexandra sintió un estremecimiento cuando la puerta de la habitación se cerró con un suave chasquido tras ellos. De pronto, el mundo exterior dejó de existir y tan solo estaban ellos.

El aire en la habitación estaba cargado de una tensión palpable. Las cortinas ondeaban levemente por la brisa nocturna que se filtraba por una ventana entreabierta, dejando que la luz de la luna bañara el interior en un resplandor plateado.

Blackwood caminó con ella todavía entre sus brazos, con pasos firmes, y sus ojos calvados en los de Alexandra, como si fuera el único punto de su mundo en ese momento. Y lo era. El latido acelerado del corazón de la mujer que amaba resonaba con estrépito por él. Y eso era todo lo que importaba.

Al llegar a la gran cama la dejó sobre ella y, sin decir nada, deslizó sus manos por los suaves brazos de Alexandra, rozando con premeditada lentitud cada centímetro de piel hasta que llegó a las muñecas, tomándola con fuerza para acercarla a él.

El calor que el rastro de sus caricias dejaba en su piel, contrastaba con el frío que sentía en su nuca. «Lo del carruaje solo ha sido el aperitivo. Todavía queda el principal y todos los postres…», resonó en su cabeza, logrando que sintiera vértigo, ¿de verdad podía haber algo más… de lo que había sucedido allí? El recuerdo de la lengua de Sebastian ente sus piernas, de los roces incasables sobre esa parte sensible hasta hacerla pensar que se rompería en mil pedazos…

—No tienes que temer, Alexandra —murmuró con una voz baja y grave, como un susurro que parecía acariciar sus sentidos—. No dejaré que te arrepientas. Nunca.

No supo que responder, estaba atrapada ente el deseo abrumador y la incertidumbre de eso más que podía haber entre un hombre y una mujer. Y eso la hacía sentir vulnerable y no les gustaba. Tanto que le habían enseñado, tantas obligaciones, tanta responsabilidad y nada de lo que sucedía entre un hombre y una mujer.

Pero, cuando su mirada se topó con la de Sebastian, se perdió en su intensidad, ahora, gracias a la oscuridad de la habitación lo veía con más claridad. Él la deseaba, a ella, más que a nada en el mundo. Y se rindió por completo a lo que sentía.

Sebastian deslizó un dedo por la línea de su mandíbula, bajó hasta su cuello, mientras ella cerraba los ojos y se concentraba en su respiración que se volvía cada vez más superficial. El roce de su piel bajo sus dedos era como un fuego lento que amenazaba con consumirla.

—Sebastian… —susurró con la voz apenas perceptible, una mezcla de deseo y ansiedad enredándose en cada palabra.

—Estoy aquí —respondió él, acercándose para besar con delicadeza su mejilla, un toque ligero que parecía prometer mucho más.

Sus manos, que la habían sostenido con tanta firmeza momentos antes, ahora acariciaban con sutileza la piel desnuda de sus hombros. El vestido de Alexandra caía con suavidad, deslizándose por su sedoso cuerpo a medida que Sebastian recorría su piel con caricias deliberadas.

—Sebastian… yo…

—Solo siente, Alexandra, no pienses, tan solo déjate llevar.

Y la boca del hombre comenzó a torturarla sin piedad, primero los labios, luego su cuello, luego sus pechos…

Cuando la boca de Sebastian se detuvo sobre ellos, cuando mordió y lamió sus pezones que se alzaban duros y firmes como cimas de montañas creyó que estallaría de nuevo en pedazos.

No debía, ¿verdad? No debía sentirse así, eso no era propio de una dama de su categoría. ¿O sí?

—Sebastian, yo… —balbuceó.

—Eres mía, Alexandra, y yo soy tuyo. Nací con el único propósito de adorarte y lo voy a hacer por el resto de mi vida.

El gemido de Alexandra fue todo el permiso que necesitó. Apoyó las manos sobre la cama y se dejó caer hacia atrás, entregándose por completo.

Sebastian siguió besando sus pechos, su abdomen, su sexo que volvía a estar húmedo. Cuando sintió cómo un dedo de Sebastian se colaba dentro de ella se incorporó y abrió los ojos, el gemido que escapó de su boca la sorprendió incluso a ella, y eso solo logró incitarlo a repetirlo y lo hizo. Una vez, otra vez. Y otra más.

La humedad era cada vez mayor, la sentía gotear entre sus muslos, escuchaba el gruñido de Sebastian cada vez que introducía el dedo y lo sacaba. Y cuando con el pulgar rozó la zona entre sus piernas que volvía sentir inflamada el grito llenó toda la habitación, sin dejar espacio para nada más que el placer que sentía.

—Alexandra, puede que te duela un poco, pero solo va a ser la primera vez —susurró colocándose sobre ella.

El calor que irradiaba envolvió a Alexandra como una marea imparable. Sentía la dureza de su pecho contra el suyo, la fuerza que contenía en cada movimiento. Notaba la ternura con la que sus dedos trazaban caminos invisibles por su piel, como si estuviera memorizando cada rincón de ella.

La respiración de Alexandra se volvió más irregular. Todo a su alrededor parecía

desvanecerse, dejando solo la presencia abrumadora de Sebastian y el deseo incontrolable que la dominaba.

—Alexandra… —murmuró contra sus labios, su aliento cálido mezclándose con el de ella—. No tienes que resistirte más. Déjame demostrarte lo que es realmente estar viva.

La observaba en silencio, no se atrevía a decir nada más, tal solo podía sentir el ritmo de sus respiraciones que comenzaban a sincronizarse. Tener bajo su cuerpo a la mujer que había deseado lo hacía sentir victorioso, aunque no podía evitar la chispa de incertidumbre que se instalaba en su pecho.

¿Había hecho lo correcto? Ella era suya, sí, pero el temor de que quizá no fuera suficiente, que su amor pudiera no estar a la altura de lo que ella merecía, lo hizo dudar por un segundo.

—Demuéstramelo, Sebastian —rogó.

Y, esas palabras, lo hicieron no ser dueño de su control, con una embestida firme la penetró. Alexandra jadeó por la invasión y el dolor que sintió. Mientras la miraba no dejó de besarla, de acariciar con sus manos las caderas de su mujer, sus pechos… y cuando ella lo reclamó abriendo las piernas para acogerlo más adentro, sintió que ella lo completaba de una menea que jamás había creído posible. Y, aunque no lo admitiría en voz alta, estaba tan perdido en ella como ella lo estaba en él.

Sebastian se movía dentro de ella y esa leve incomodidad había dado paso a un placer que nunca hubiera imaginado. Sus uñas se clavaron en la espalda de su amante, necesitaba algo a lo que agarrarse, que la ayudara a seguir anclada a la realidad, porque eso que sentía no podía ser real, no podía ser real…

El aire en la habitación estaba cargado de la mezcla de sus respiraciones entrecortadas. Los suaves gemidos de Alexandra, mezclados con el latido incesante de su propio corazón, llenaban el espacio en una sinfonía que solo ellos podían escuchar. Los tejidos de la cama crujían bajo su peso, la madera del suelo susurraba al compás de sus movimientos y la luz de la luna, que iluminaba sus cuerpos desnudos, parecía darles su bendición cubriéndolos en silencio.

—¿Te hago daño? —preguntó con temor.

—No, Sebastian, no…

—¿Quieres que me detenga?

—Si lo haces, Sebastian Blackwood, eres hombre muerto… —amenazó.

Dejó escapar una suave carcajada ante esas palabras antes de volver a besarla. Sus envites se volvieron más fieros, ella necesitaba más y él estaba dispuesto a darle todo. A darle lo que nunca antes había entregado; su alma.

Y cuando el clímax los arrastró a los dos a aguas más profundas, ella se sintió más perdida que nunca y, al mismo tiempo, encontrada. Los latidos de su corazón comenzaban a

calmarse, pero su mente estaba en completo desorden. El peso de lo que acababa de suceder, el abandono total de todas sus reglas y restricciones, flotaba sobre ella como un velo. Alexandra intentó entender lo que eso significaba.

¿Qué acababa de hacer? Todo lo que le habían enseñado sobre la responsabilidad y el decoro había quedado destrozado por lo que acababa de sentir. Pero ¿acaso importaba? Ahí, en brazos de Sebastian, con su cuerpo aún temblando por el placer, no podía negar que había cruzado la línea y no había marcha atrás.

Respiró profundamente, intentando organizar sus pensamientos. Podría haberse sentido avergonzada, pero no lo estaba. Podría haber sentido miedo, pero lo que sentía era… una calma profunda, la certeza de que todo había sucedido tal como debía suceder. Como si por primera vez en su vida, hubiese encontrado algo, o a alguien, que la completaba. Él la hacía sentir más viva de lo que jamás había estado. De lo nunca creyó que pudiera estar. Y lo tuvo claro, estaba enamorada del canalla de Sebastian Blackwood. No había vuelta atrás.

Capítulo 27 Lady Soberbia

El carruaje avanzaba a buen ritmo por las calles adoquinadas, mientras la madre de Alexandra, Lady Ashford, se agitaba en su asiento, murmurando y protestando sin parar. Los nervios la estaban consumiendo, y su indignación había alcanzado niveles descomunales.

—¡Esto es inaceptable! —exclamaba, alzando una mano al aire, como si pudiera detener al mismísimo destino con su sola voluntad—. ¡Mi hija, la flor más preciada de la nobleza, mancillada por ese… ese Blackwood! ¿Cómo osó llevársela sin siquiera pedir permiso? ¡Una carta! ¡Una simple nota ha enviado! ¡Escandaloso! ¡Escandaloso! —. Su discurso parecía interminable, su furia, desatada—. «Alexandra está a salvo bajo mi cuidado… me aseguraré de que su honor permanezca intacto y estoy dispuesto a formalizar la situación en el menor tiempo posible» —leyó en voz alta, indignada—. ¡Por supuesto que debe formalizarse esto! ¡Este comportamiento es inaceptable!

A su lado, Lord Ashford, que había estado en silencio durante todo el trayecto, suspiró y se ajustó el sombrero con evidente desgana.

—Querida, estoy seguro de que Alexandra está bien —dijo con calma—. Lord Blackwood es muchas cosas, pero no es tonto. Si ha hecho esto, es porque tiene un plan.

—¡Un plan! ¡Claro que tiene un plan! ¡Llevarse a mi hija y hacerla suya sin siquiera una ceremonia digna! —Lady Ashford se volvió hacia su marido con una mirada fulminante—. ¿No vas a hacer nada? ¿No vas a defender el honor de tu hija? ¡Oh, Dios mío! ¿Qué dirán las vecinas? ¿Qué dirá la alta sociedad? ¡Mi pobre Alexandra, arrastrada por un… por un canalla! —continuaba.

Lord Ashford levantó las cejas y, encogiéndose de hombros, respondió con un tono casi indiferente:

—A decir verdad, querida, no puedo pensar en un partido mejor para Alexandra. Lord Blackwood es… bueno, es lord Blackwood. Tiene propiedades y riqueza, y aunque su reputación sea algo dudosa, no veo cómo esto nos perjudicaría.

Lady Ashford lo miró como si acabara de decir la cosa más absurda del mundo.

—¡Lord Benedic Ashford! —exclamó, llevándose una mano a la frente—. ¿Cómo puedes hablar con esa calma? ¡Estamos a punto de entrar en la boca del lobo! ¿Sabes lo que dirán de nosotros en Londres? ¡El escándalo será… monumental!

Lord Ashford se inclinó hacia adelante, mirándola con una sonrisa divertida.

—Oh, estoy seguro de que, gracias a tus gritos, todo Londres ya está hablando de esto —dijo, relajado—. Pero, querida, si Alexandra termina casada con Blackwood, la situación se resolverá por sí sola. Y, además… —añadió, mirando por la ventanilla—, creo que Blackthorn Manor tiene un encanto que seguramente te hará reconsiderar tus protestas.

Las palabras de Lord Ashford detuvieron las quejas de su esposa por un momento. Se aproximaban a la mansión y cuando la enorme edificación apareció ante sus ojos, el aire de indignación de Lady Ashford comenzó a disiparse. Sus ojos se abrieron de par en par mientras contemplaba la impresionante fachada de Blackthorn Manor, iluminada por los primeros rayos de sol.

—Oh… cielos —susurró, su tono pasando de indignación a sorpresa—. No… no me imaginaba que la casa de lord Blackwood fuera tan… majestuosa. Bueno… debo decir que la casa… es impresionante, más de lo que imaginaba. Quizás… quizás no sea tan terrible después de todo.

Lord Ashford sonrió para sí mismo y se recostó en el asiento.

—Lo que decía, querida. No parece tan mala idea, ¿verdad?

—Bueno, eso no cambia nada, Benedic —intentó corregirse, aunque su tono ya no era tan firme—. ¡Sigue siendo un escándalo! ¡Esto no es lo que tenía planeado para mi hija!

Pero su mirada seguía pegada a la mansión, como si no pudiera apartar los ojos del lujo que emanaba cada detalle de la propiedad. Cuando el carruaje se detuvo, ella salió con menos prisa de la que había mostrado al principio del trayecto.

—¡Pero, Benedic! —murmuró, ajustándose el vestido—. ¿Te imaginas qué tipo de fiestas podríamos organizar aquí? ¡Sería el lugar más comentado de la temporada!

—¿No estabas preocupada por el escándalo? —preguntó Lord Ashford, divertido.

—Bueno… sí, claro. Pero… tal vez… —hizo una pausa mientras miraba la imponente mansión—, tal vez no sea tan terrible.

Sebastian apareció en lo alto de los escalones de la entrada. Su figura alta y segura de sí misma la hizo detenerse un momento, pero enseguida recuperó su aire de autoridad.

—¡Lord Blackwood! —exclamó Lady Ashford, con un tono de voz más alto de lo necesario—. ¡Este comportamiento es imperdonable! ¡Mi hija! ¡Arrastrada hasta aquí de una forma tan… tan impropia! —Sus ojos seguían recorriendo la elegante estructura de la mansión, claramente distraída por el lujo que la rodeaba—. Pero, claro, Blackthorn Manor… es una propiedad magnífica. No puedo negar que tiene… buen gusto, Lord Blackwood.

Sebastian bajó los escalones con elegancia, con una leve sonrisa curvando sus labios, mientras se acercaba a Lady Ashford. No parecía ni remotamente intimidado por su arrebato.

—Lady Ashford —dijo con una inclinación de cabeza, su tono bajo y sereno—. Le aseguro que no era mi intención causarle ninguna angustia. Alexandra está muy bien cuidada

bajo mi techo, como siempre lo estará en el futuro… —Hizo una pausa, observando el rostro de la madre—. ¿Puedo ofrecerle una copa de vino, dentro, para hablar sobre el asunto más tranquilos? Después de todo, esto se puede resolver de manera civilizada.

Lady Ashford frunció los labios, como si estuviera considerando qué respuesta era la más adecuada. Quería seguir mostrándose firme, pero el ofrecimiento de vino y el entorno de lujo la descolocaron.

—Bueno… no suelo beber vino a estas horas tempranas, lord Blackwood—respondió con falsa modestia, aunque sus ojos traicionaban su curiosidad—. Pero… tal vez, tal vez en esta ocasión sea necesario para… calmar los nervios, ¿no es cierto?

Sebastian sonrió y con un gesto amable, la guio hacia la entrada de la mansión.

—Por supuesto, Lady Ashford. Le aseguro que, después de ver lo que tenemos preparado, sus preocupaciones quedarán atrás.

Lord Ashford observaba la escena con una sonrisa en los labios, notando cómo su esposa, a pesar de sus protestas, ya había empezado a ceder ante el lujo que la rodeaba.

—Parece que ha descubierto mucho antes que yo la forma de tranquilizarla, Blackwood —dijo en tono bajo, mientras caminaban hacia la casa—. No sé si debería agradecerte o preocuparme.

Sebastian rio bajo.

—Quizás un poco de ambas.

Alexandra, que había estado observando la escena desde lo alto de las escaleras, sintió una mezcla de vergüenza y asombro. No podía creer lo rápido que su madre había pasado de estar furiosa a aceptar una copa de vino en casa de Blackwood. Pero claro, tratándose de Blackthorn Manor, no tenía porqué sorprenderle.

—Madre, padre —los saludó cuando pasaron a su lado.

—Ya hablaremos más tarde, Alexandra. Ya hablaremos… —masculló.

Mientras caminaban hacia el salón, la madre de Alexandra echaba miradas furtivas a los detalles de la casa: los altos techos decorados con molduras, las lámparas de araña, los retratos de antepasados que colgaban en las paredes.

—Supongo que este lugar es digno de nuestra familia… tal vez no sea… tan terrible que mi hija se quede aquí —murmuró para sí misma—. ¡Pero, claro! ¡Esto no cambia lo que sucedió! —se corrigió en voz alta, al ver que Sebastian la miraba con una sonrisa complaciente.

—Por supuesto, Lady Ashford. Su hija estará… más que bien —dijo Sebastian, mientras abría la puerta del gran salón donde ya esperaba una botella de vino.

Lady Ashford suspiró y se dejó caer en uno de los sillones, el drama de la situación parecía disiparse con cada segundo que pasaba en esa mansión de ensueño.

—Blackthorn Manor… es… impresionante —dijo Lady Ashford, ajustando su vestido

mientras trataba de mantener una postura altiva.

Sebastian no hizo ningún esfuerzo por disimular su pequeña sonrisa, inclinándose hacia ella mientras le ofrecía una copa de vino.

—Me alegra que lo considere así, Lady Ashford. Sin embargo, supongo que estamos aquí para discutir algo más que la arquitectura de mi casa.

Lady Ashford lo miró con suspicacia, pero aceptó la copa con la dignidad que le correspondía.

—Ciertamente, Lord Blackwood. Estoy segura de que entiende la gravedad de la situación —respondió, tomando un sorbo del vino—. Mi hija… su reputación… lo que ha hecho es…

Sebastian la interrumpió con una tranquilidad calculada.

—Lo que he hecho, Lady Ashford, es lo que todo hombre honrado haría al amar a una mujer como Alexandra —sus palabras estaban cargadas de intención—. La amo, y estoy dispuesto a hacer lo que sea necesario para asegurarle un futuro digno. Esa es la única razón por la que me atreví a tomar decisiones… algo precipitadas.

Lord Ashford, que hasta ese momento había permanecido en silencio, se aclaró la garganta y acto seguido intervino.

—Lo que mi esposa quiere decir, Blackwood, es que esto debe resolverse de manera adecuada y rápida. Alexandra no puede quedar en medio de habladurías y rumores sin que haya un compromiso claro. Necesitamos asegurarnos de que todo el asunto sea tratado con la mayor discreción posible.

Sebastian asintió, entendiendo lo que estaba en juego.

—Por supuesto, Lord Ashford. Mi intención es clara: deseo casarme con Alexandra lo antes posible. Entiendo las preocupaciones de la familia y estoy más que dispuesto a cumplir con todas las formalidades necesarias para que este matrimonio se lleve a cabo sin demoras. —Hizo una pausa y luego añadió—. De hecho, tengo la intención de formalizar nuestra unión de inmediato.

Lady Ashford lo miró con una mezcla de sorpresa y alivio.

—Supongo que eso suaviza un poco la situación, pero… las apariencias, Lord Blackwood. El escándalo que podría surgir si no actuamos rápido…

—Le entiendo a la perfección —interrumpió Sebastian, con una firmeza que dejó claro que había pensado en todos los detalles—. Es por eso que propongo que la boda se celebre en un plazo muy corto, en dos semanas, si están de acuerdo. Podría llevarse a cabo aquí mismo, en Blackthorn Manor, en una ceremonia privada, con los miembros más cercanos de ambas familias. De esa manera, evitamos cualquier rumor malintencionado.

Lady Ashford, que había estado a punto de replicar algo más, se detuvo en seco,

impresionada por la meticulosidad de los planes de Blackwood. Giró la cabeza hacia su esposo, buscando su aprobación.

Lord Ashford, en cambio, parecía ya convencido de que esto era lo mejor que podían obtener de la situación. Asintió despacio, como si meditara cada palabra antes de hablar.

—Es una propuesta sensata, Blackwood. Y, por lo que veo, Alexandra está en buenas manos. Pero quiero asegurarme de que está de acuerdo con esto. No tomaré ninguna decisión sin consultarla con ella antes.

Sebastian asintió una vez más.

—No lo estoy —interrumpió Alexandra, tajante.

—¿No… no lo estás? —preguntó confuso y asustado. El rostro de Blackwood se tensó al instante, como si hubiera recibido un golpe inesperado. Sus ojos, que hasta hacía un momento reflejaban seguridad, se oscurecieron por la incertidumbre. —¿No lo estás, Alexandra? —repitió, su voz baja, con un deje de incredulidad—. Creí… creí que querías convertirte en mi esposa.

Alexandra asintió, pero la sombra de la duda aún estaba presente en sus ojos.

—Y lo deseo, Sebastian —aclaró—, pero no podemos casarnos si el resto de mis hermanas no están comprometidas. Tenemos un pacto —señaló.

Sebastian frunció el ceño, respirando hondo. Cada fibra de su ser le pedía protestar, persuadirla de que renunciara a ese acuerdo ridículo, pero sabía que no podía. Alexandra siempre había sido una mujer de palabra, y ese era uno de los aspectos que amaba de ella. Sin embargo, aquello no hacía que el nudo en su estómago fuera más fácil de ignorar. Ni que las ganas de meterla en su cama y no dejarla salir durante días desaparecieran.

—¡Eso son bobadas! —exclamó su madre.

—No lo son, madre, no para mí. Di mi palabra y la cumpliré.

—¿Así que me estás diciendo, Alexandra, que no podremos casarnos hasta que tus otras hermanas no estén, al menos, comprometidas? —interrogó solo para tener clara la situación.

—Exacto…

—Querido… —pidió ayuda lady Ashford a su marido.

—Estuviste de acuerdo con este tema, querida, ¿te arrepientes ahora? —puntualizó.

—Bueno… no creí que las niñas lo llevaran a cabo…

—Pues así es madre, así que voy a cumplir mi parte del trato.

—Lord Blackwood, ¿no tiene nada que decir?

—Si esto es lo que de verdad deseas, Alexandra —dijo con un tono grave—, lo aceptaré. Pero será lo más difícil que haya hecho jamás.

Afirmó sin dejar lugar a dudas de que lo cumpliría hasta el final.

—¿Va a permitir que mi hija elija? —preguntó lady Ashford con sorpresa.

—Siempre, lady Ashford, siempre —dejó claro.

—Es consciente de que mientras no estén casados lo que sea que sucediera anoche… no se repetirá, ¿verdad? —amenazó, o para él sonó a amenaza.

—Lo soy —afirmó apretando los dientes—, por eso me pongo a su disposición para ayudarle en su cometido.

—¿Vas a ayudar a mis hermanas a desposarse? —preguntó Alexandra con sorpresa.

—No me has dejado elección, querida. Es eso o morir…

La risa de Alexandra se escuchó por toda la sala y su madre disimuló la que apareció en su cara, su hija se veía feliz y en el fondo eso era lo más importante, aunque aparentara otra cosa.

—Siempre podemos elegir a William para…

—William Kensington es un canalla, lady Ashford. Está en la ruina, ha estafado a tantos lores que no sé cómo tiene la desfachatez de aparecer en fiestas… y solo quería la dote de Alexandra.

—Sebastian, lo interrumpió… la dote… no hay.

—No hay, ¿qué?

—Dote, no te lo he dicho, pero mi familia está arruinada.

—No quiero tu dote, Alexandra, contigo me basta.

—Y así va a tener que ser, Sebastian, porque no hay dote. Estamos arruinados.

Lord Ashford se levantó de repente, su rostro rojo y una capa de sudor lo bañaba.

—¿Qué estamos arruinados, hija? ¿En qué momento nos ha sobrevenido esa desgracia?

—¿No lo estamos, padre?

—¿Lo estamos, hija?

—No lo sé, fue lo que madre me dijo…

Todas las miradas fueron hacia lady Ashford…

—Bueno, solo fue para darle un empujón a las niñas… para que se casaran.

—¿Madre, era…, era mentira?

—Una mentira piadosa, hija —se excusó.

—Madre, ¡me iba a casar… no, me iba a sacrificar casándome con ese ruin de Kensington solo por salvarlos de la ruina!

—Pero te vas a casar con lord Blackwood.

—Pero podía haber terminado casada con un hombre que me provocaba… rechazo.

—A veces una madre tiene que hacer lo que tiene que hacer por el bien de sus hijas.

—¿Nunca has sentido nada por él? —intervino Sebastian.

—Por supuesto que no, Sebastian, de alguna forma que no logro comprender solo he sentido algo por un hombre: tú.

Sebastian se acercó a ella, pero se detuvo al recordar que no estaban solos. Las ganas de besarla apretaron bajo sus pantalones y tomó una decisión.

—Yo, lord Sebastian Blackwood, duque de Blackthorn…

—¿Es duque? —susurró lady Ashford a su hija.

—Acabo de enterarme también, madre —. Alexandra parpadeó, sintiendo una ola de asombro mezclada con algo más. ¿Cómo podía haber desconocido ese detalle tan importante sobre el hombre que amaba? Pero ahora que lo sabía, no importaba. El título no cambiaba nada de lo que sentía por él.

—No os enteráis de nada —puntualizó su padre con una sonrisa.

—… me comprometo a ayudar con los futuros esposos de mis futuras cuñadas.

—¿De verdad vas a ayudarnos?

—Como he dicho, las opciones son ayudaros o morir de ganas por hacerte mi esposa, Alexandra. Así que me centraré en buscar perfectos candidatos para tus hermanas.

—Me parece correcto, duque —dijo recalcando la palabra—. Aunque todos tienen que tener mi visto bueno.

Sebastian sonrió, entendiendo que la madre de Alexandra ya había aceptado la situación, aunque no lo admitiera.

—Por supuesto, Lady Ashford. Contaremos con su buen juicio para los detalles.

—Que nuestro señor misericordioso ayude a los solteros de Londres —rezó lord Ashford.

—Y a los de más allá… —añadió Alexandra provocando una risa suave y ronca en Sebastian.

Alexandra lo miró a los ojos y sintió cómo el amor y la gratitud crecían en su interior. Blackwood no solo estaba dispuesto a esperar por ella, sino también a poner en pausa sus deseos para cumplir los de ella. Y esa, se dio cuenta, era la mayor prueba de amor que podía esperar.

Capítulo 28 A la caza de… pretendientes

Alexandra tomaba aire, nerviosa. Esperaba que todo lo planeado saliera bien. Necesitaba que saliera bien. Sus manos temblaban mientras intentaba calmar los nervios. Sentía el peso de la mentira que estaba a punto de decir, sabiendo que su confesión cambiaría la vida de sus hermanas para siempre. Se llevó una mano al pecho, intentando controlar el rápido latido de su corazón.

—Os he reunido a todas aquí para daros una noticia importante —comenzó a decir.

Sus hermanas la miraban sin entender qué sucedía, y ese era el efecto que quería lograr. Miró a su madre, sentada a su lado, mantenía la cabeza recta, dándole ánimos en silencio.

—¿Qué sucede, Alex? —preguntó Ivy.

—Tengo que confesaros algo, me he comprometido con lord Blackwood…

—Duque de Blackthorn —añadió en voz baja su madre.

El silencio en la sala fue abrumador por un instante. Luego, la tensión se rompió.

—No me extraña, está para darle… un bocado, o dos —afirmó con tono divertido Clementine, sin embargo, ese tono no pudo ocultar del todo su sorpresa.

—No puede ser verdad… —susurró Ophelia, llevándose una mano a la boca que se había abierto hasta lo imposible.

—Ya sabía yo que sería la primera en caer —señaló Scarlett con una sonrisa de medio lado.

—Por una vez algo que no me parece aburrido… —puntualizó Serena, aunque, en el fondo, quería ocultar la desazón que la confesión de su hermana había provocado en su apacible interior.

Sin embargo, fue Rowena la que rompió por completo el ambiente con una furia que sorprendió a todas.

—¿Cómo has podido?

—No he tenido elección, Rowena… —replicó Alexandra, sintiendo el nudo en su garganta crecer.

—Ninguna la tenéis, niñas —intervino su madre, en voz tan baja que apenas era un susurro.

Las hermanas se volvieron hacia Lady Ashford, confusas.

—¿Qué… qué quiere decir, madre? —interrogó Ivy con tono preocupado.

Lady Ashford levantó la mirada, su rostro reflejaba una tristeza profunda.

—Estamos al borde de la ruina, solo os queda la opción del matrimonio si no queréis veros mendigando. Un buen compromiso es la única salvación para nuestra familia.

El silencio fue tan denso que parecía llenar toda la habitación. La realidad de la situación comenzaba a asentarse en ellas.

Alexandra se permitió un momento para estudiar los rostros de sus hermanas. Sentía cómo cada una de ellas luchaba por asimilar la realidad que acababa de compartir. Ruina**,** esa palabra que nunca había formado parte de su vocabulario, ahora las envolvía a todas.

—Esto es una locura —repetía Rowena, pero esta vez su voz se quebró un segundo, como si estuviera a punto de perder el control. Por primera vez, sus ojos mostraron algo más que furia: miedo. Un miedo que todas compartían.

Scarlett, con su sarcasmo característico, intentaba ocultar su propio temor con una sonrisa burlona, pero su tono era más tenso de lo habitual.

—A decir verdad, no sé qué es peor… casarnos o saber que nos han dejado sin nada —dijo, su risa seca resonando en la habitación. Sus palabras, aunque duras, no pudieron evitar el impacto emocional de la situación.

—Yo… no sé si puedo hacerlo —susurró Ophelia, quien había permanecido en silencio hasta entonces, su voz temblaba mientras jugaba con su collar de zafiros—. No puedo imaginarme casándome solo por dinero.

—Ya, claro, nosotras tampoco podemos —dijo con ironía Clementine.

—Lo bueno de la ruina es que al fin Clementine perderá esos kilos de más… —atacó en respuesta.

Antes de que la pelea siguiera, Rowena continuó.

—¿No es suficiente con que *la traidora* se case?

Alexandra cerró los ojos, intentando no dejarse llevar por la culpa. ¿Se les había ido de las manos la mentira?

—No, porque el trato fue que o todas o ninguna. Así que si queremos salvar a la familia tenéis que estar todas comprometidas, Rowena—respondió su madre con voz grave, sabiendo que la respuesta solo provocaría más resentimiento.

—¡Pues yo no lo haré! —gritó Rowena, cruzando los brazos con una mirada desafiante —. No voy a casarme solo para salvar la fortuna de una familia que nos ha fallado. Si queréis sacrificaros, hacedlo vosotras —rugió señalando a las demás con un resto de su mano—. Yo no tengo por qué cargar con esto.

Alexandra se esperaba una reacción similar de Rowena, no en balde era la más rebelde e inconformista de todas. Su pecado, la ira, era de lo más acertado, tenía un carácter voluble que se incendiaba con la menor chispa. Y era consciente de que, si no lograba convencer a Row, todo su

plan se derrumbaría como un castillo de naipes.

—Rowena, por favor —pidió, tratando de calmar la situación—. Este no es el momento de rebelarte. Si no lo hacemos, perderemos más que solo la fortuna… lo perderemos todo.

—Prefiero perderlo todo antes que ser forzada a un matrimonio sin amor —afirmó en sus trece.

—No tiene que ser un matrimonio sin amor, Row, mira Alexandra… —señaló Scarlett.

—No me lo creo, madre. Si fuera cierto la noticia se habrá extendido como la pólvora —interrumpió Ophelia a su hermana.

Alexandra miró a su madre, esa afirmación les había pillado desprevenida, sin embargo, reaccionó con rapidez.

—Todavía no se ha hecho público, por lo que os ruego que os mostréis discretas. Lord William Kensington ha estafado a muchos nobles ofreciéndoles inversiones que no eran rentables, se ha quedado con el dinero de todos ellos, incluido nuestro padre y ha huido… —añadió, rezando porque se lo creyeran y estuvieran dispuestas a colaborar.

—Eso es… horrible…

—No puede ser cierto…

—¿Cómo ha podido padre caer en algo así?

—¿Y lo hemos perdido todo? —preguntó Ophelia agarrando con fuerza el gran collar de zafiros y diamantes que lucía en el cuello.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Serena. Alexandra sintió que era la primera vez que veía a su hermana menor… inquieta.

—La única solución es que encontréis marido esta temporada, niñas, igual que ha hecho Alexandra.

—¿Cómo sabremos cuáles de ellos están en la ruina como nosotras? ¿Y si solo quieren escapar de esa catástrofe usándonos sin saber que nosotras estamos en su misma situación?

—No hay que temer eso porque, gracias a Sebastian, tenemos una lista de los nobles implicados —añadió Alexandra recordando que él tenía los documentos que acreditaban la estafa y los nombres de los afectados.

Las hermanas intercambiaron miradas de incredulidad y miedo. Scarlett fue la primera en romper el silencio, su voz estaba impregnada de sarcasmo, pero era fácil notar el deje de amargura impreso en sus palabras.

—Así que ahora tenemos que andar con cuidado, como si estuviéramos paseando entre lobos hambrientos —comentó con una sonrisa de medio lado—. Y todos esos lobos quieren un pedazo de lo que ya no tenemos.

—Eso es injusto, Scarlett —replicó Ivy—. No todos los hombres son así.

—¿No lo son? —preguntó Rowena, alzando una ceja—. Mira a nuestro padre… ¿Dónde está ahora? Oculto tras su vergüenza mientras nosotras pagamos por su estupidez.

Alexandra se removió incómoda. Sabía que su hermana tenía razón en parte, pero no podía permitir que esas emociones se desbordaran. No ahora.

—Debemos ser inteligentes —dijo Alexandra, tratando de poner orden en la conversación —. No estamos solas. Sebastian se ha asegurado de que tengamos la información que necesitamos. Sabemos quiénes están en la misma situación que nosotros, y podemos evitar que nos utilicen.

—¿Y qué haremos si ninguno de ellos nos parece adecuado? —preguntó Ophelia, con su habitual tono de preocupación—. ¿Nos casaremos por obligación?

—No hay otra opción, Ophelia —dijo Serena, en un tono inusualmente serio—. Si no lo hacemos, nos quedamos sin nada. No creo que tengamos otra alternativa.

Rowena cruzó los brazos, su mirada aún llena de furia.

—Esto es una locura. Casarnos para salvar una fortuna que ni siquiera es nuestra culpa que se haya perdido. Es humillante.

—No es solo por la fortuna, Rowena —dijo Alexandra con suvidad, acercándose a ella—. Es por la familia. Por todas nosotras. Nos comprometimos a esto juntas, y ahora es el momento de cumplirlo.

Rowena miró a Alexandra, sus ojos llenos de desafío.

—¿Y qué pasa si me niego?

Alexandra tomó aire antes de responder.

—Entonces no solo perderemos la fortuna. Lo perderemos todo.

El silencio volvió a caer en la sala. Las hermanas sabían que no tenían más remedio que enfrentarse a esa realidad. La gravedad de la situación comenzaba a calar hondo en cada una de ellas.

—Lo haremos juntas —dijo Ivy, su voz calmada, pero firme—. Y lo haremos bien. Nadie más va a usarnos. Elegiremos a los hombres que nos convengan, no a los que solo busquen escapar de su propia ruina o nos vean como simples objetos decorativos.

Alexandra sonrió, agradecida por las palabras de Ivy.

—Exacto. Esto no será fácil, pero no estamos indefensas, niñas. Contamos con la verdad, y eso nos da ventaja —añadió lady Ashford.

Mientras sus hermanas murmuraban entre ellas, todavía asimilando la situación, Alexandra se permitió un momento de respiro. Sabía que los próximos días serían complicados, pero con Sebastian a su lado todo saldría adelante. Aunque, antes, todas tendrían que superar el mayor de los retos: elegir al hombre con el que compartirían sus vidas.

Epílogo

Ivy había encontrado un momento de paz, lejos de las luces del baile y de las miradas inquisitivas de la alta sociedad. El jardín, sumido en la penumbra, ofrecía un refugio que rara vez encontraba en su vida pública. El aire fresco de la noche acariciaba su piel mientras caminaba entre los setos. Le gustaba recrearse en el aroma de las flores. Para ella, cuando la oscuridad las abrazaba, era cuando mejor olor desprendían.

—Curioso lugar para una dama —dijo una voz que le sonaba familiar desde el otro lado del alto seto.

Eso la pilló por sorpresa, no esperaba encontrar compañía en ese apartado lugar.

—Y más curioso aún para un caballero, que debería estar cumpliendo con sus obligaciones en el salón —respondió ella, con una ligera sonrisa en los labios. Sabía que él no podía verla.

Algo la hacía pensar que era ese joven de la puerta de la modista, pero no estaba segura.

—No todas las obligaciones merecen ser cumplidas, ¿no le parece? —replicó Declan, su tono ligero, pero con una profundidad que la hizo prestar más atención.

Su corazón dio un pequeño vuelco cuando volvió a hablar, no tenía dudas, era su voz. Era él.

—Eso depende de lo que uno considere una obligación —dijo ella, acercándose un poco más al seto que los separaba—. A veces, cumplir con ellas es lo que nos define.

Declan guardó silencio por un instante, como si sopesara sus palabras.

—¿Y si no se desea ser definido por las expectativas de los demás? —preguntó, su tono más bajo, más íntimo—. ¿Qué pasa si uno desea ser visto por lo que en verdad es, más allá de las apariencias y los títulos?

Ivy sintió que esas palabras resonaban en su interior. Por un momento, se olvidó de las máscaras sociales que solía portar.

—Es difícil escapar de las expectativas cuando uno ha sido educado para cumplirlas —dijo, casi en un susurro—. Pero, tal vez… a veces deseamos que alguien nos vea por lo que somos y no por lo que representamos.

Declan emitió un leve sonido, una especie de risa seca, sin burla, solo entendimiento.

—Es irónico, ¿verdad? —murmuró—. Pasamos nuestras vidas rodeados de gente y, sin embargo, muy pocos nos ven en realidad.

—¿Y a usted? —preguntó Ivy—, ¿quién le ve a usted?

Hubo un silencio, como si Declan considerara su respuesta con cuidado. Ivy esperaba con el corazón latiendo a mil en sus oídos, había recogido un vestido de la modista, estaba segura de que estaba comprometido… o casado.

—Hasta ahora, nadie —dijo por fin—. Pero he aprendido que, a veces, uno debe dejarse ver para ser comprendido.

Ivy sintió una conexión inesperada. Había algo en las palabras de Declan, en la sinceridad de su tono, que la hizo sentir que, por primera vez en mucho tiempo, alguien estaba hablando con ella, no con Lady Envidia, la mujer que todos querían tener, pero nadie conocía.

—Quizá, después de todo, no sea tan malo ser visto —dijo con suavidad, apenas un susurro.

—Depende de quién esté mirando —respondió él.

Hubo una pausa e Ivy supo que el momento estaba a punto de terminar. Pero antes de que él pudiera retirarse, ella decidió que quería saber más, no solo de sus palabras, sino de su identidad.

—¿Cómo debo llamarlo, milord? —preguntó.

Hubo un leve crujido de pasos sobre la grava antes de que él respondiera.

—Conde Declan De Rosse —dijo con una reverencia invisible—. A su servicio, milady —. Su nombre, resonó en su interior. Conde Declan De Rosse, no era de Londres, estaba segura y por su acento se aventuraba a adivinar que era de Irlanda. Un noble de tierras lejanas que en ese instante estaba más cerca de ella de lo que cualquier otro hombre había estado jamás—. ¿Y el vuestro…?

Ivy iba a presentarse, pero el ruido de pisadas los advirtió de que alguien llegaba y si los encontraban allí solos y sin carabina… su madre pondría el grito en el cielo. El susurro de los setos al ser rozados fue la pista que le indicó que el joven Declan la había dejado sola, y lo agradeció porque su respiración, por alguna extraña razón, se había vuelto irregular.

El jardín volvió a quedarse en silencio, pero Ivy no pudo ignorar el eco de su voz y el deseo de volver a escucharlo. Por primera vez en mucho tiempo, alguien había visto más allá de su belleza, y ahora, más que nunca, deseaba que la volviera a ver.

Epílogo Dos

«Querida lady Alexandra,

El orgullo es una virtud que solo es valiosa cuando no se convierte en un muro que nos aísla de los demás. A veces, en la vida, nos encontramos con personas que, a pesar de su apariencia exterior, tienen más que ofrecer de lo que en un principio percibimos. Quizás sea hora de mirar más allá de las primeras impresiones y ver lo que de verdad podría estar a su alcance si permite que su corazón guíe tanto, o más, que su mente.

Con afecto,

Alguien que solo desea lo mejor para usted».

Sebastian releyó la carta otra vez y bufó como un animal salvaje.

—¿«Con afecto»? ¿Quién te la envió?

—Pensé… que tú —murmuró desconcertada—. Pensé que era tuya, que me animabas… ya sabes…

—No, no sé…

—A darte una oportunidad. Por eso de ver más allá de la apariencia exterior…

—¿Acaso mi apariencia exterior te desagrada, Alexandra? —preguntó sin ocultar que estaba molesto.

—Claro que no, Sebastian, creo que tu apariencia exterior es muy… atractiva —susurró acercándose a él más de lo que estaba permitido.

—Si das un paso más, lady Soberbia, voy a cargarte sobre mi hombro y meterte de nuevo en mi carruaje —amenazó.

—Me gustaría tanto… —confesó—. Pero no podemos, tenemos maridos que cazar.

—Vas a matarme, querida, vas a matarme.

—Sabes cuál es la solución.

—Lo sé, aunque me parece cada vez más complicado, estoy por tomar a todas tus hermanas como esposas…

Alexandra lo calló con un beso profundo, un beso que le dejaba claro que su prisa por encontrar marido para sus hermanas era igual de apremiante que la de él.

—Ni se te ocurra, Duque, eres solo mío.

—Lo soy, lady Soberbia. Aunque si sigues castigándome así, no creo que dure mucho tiempo.

—Se lo compensaré, mi duque. Una vez logremos nuestro objetivo, seré suya… para

siempre.

—No voy a dejarte salir de la cama en dos meses. Ni para comer.

—Está bien, durante dos meses solo te comeré a ti.

—Vamos, date prisa. A cazar maridos.

FIN